

10/ 27-2-1935 170-6

CIVIDAD

REVISTA DE MADRID PARA TODA ESPAÑA

*Este número
contiene*

CUATRO MASCARAS
POR MANUEL ABRIL

♦
EL JIBOSO DE LA GADITANA
POR VICTOR DE LA SERNA

♦
PSICOLOGIA DEL LORO
POR FELIX DEL VALLE

♦
EL CARNAVAL EN EL MUNDO
POR RAMÓN MUÑIZ LAVALLE

♦
LOS SOMBREROS
DE PRIMAVERA
POR MADELEINE MILLET

♦
CUENTOS, NOTAS, ARTICULOS,
CRONICAS, POEMAS, MODAS

20 CENTIMOS



F O T O D E A N G E L A R A C I L

Ayuntamiento de Madrid



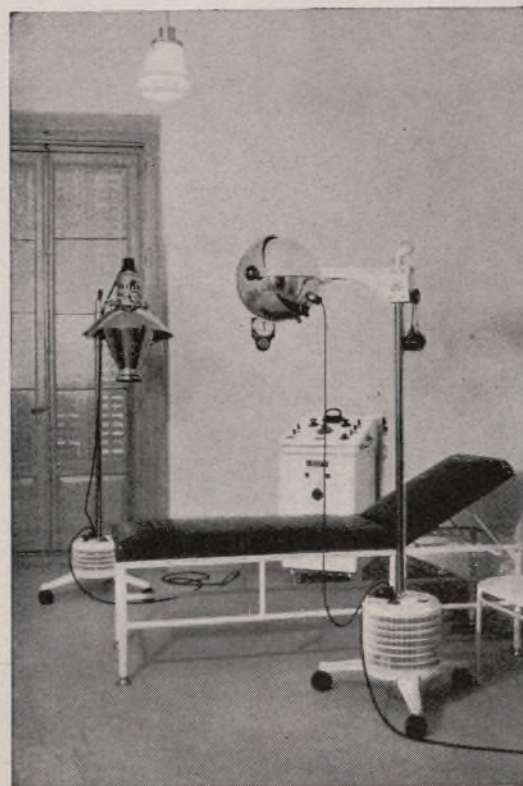
Una fricción de la concentrada Colonia Añeja, cada mañana, sola o precedida del baño, da bienestar al cuerpo, evita los resfriados y protege contra la gripe.

AGUA DE COLONIA AÑEJA

LITRO, 15 PTAS. - FRASCO, 2,50. - TIMBRE APARTE

"HERMES"

MUTUALIDAD INDUSTRIAL Y MERCANTIL DE
SEGURO CONTRA ACCIDENTES DEL TRABAJO



Vista de la Sala de Electricidad Médica del Consultorio de "Hermes"

Marqués de Valdeiglesias, 8

TELEFONOS { Oficina: 27916-17
Dirección: 27914
Clínica: 27915

COMPañIA TELEFONICA NACIONAL DE ESPAÑA



AL SERVICIO DE NUESTROS ABONADOS

Para que nuestros abonados presentes y futuros encuentren la máxima comodidad y rapidez en sus relaciones con esta Compañía, hemos creado el nuevo Servicio de Unidades, implantándolo de momento en nuestras oficinas comerciales de Madrid y Barcelona.

Este Servicio de Unidades consiste en un grupo de señoritas, cada una de las cuales tiene a su cargo 2.000 números de teléfono, con la exclusiva misión de atender a los abonados correspondientes, cooperando con ellos y facilitándoles la resolución de cualquier asunto relacionado con esta Compañía.

La actuación de estas empleadas se refiere principalmente a asuntos de índole comercial, aunque están capacitadas para recibir reclamaciones o suministrar informes sobre nuestros servicios.

Para ponerse en comunicación verbal con el Servicio de Unidades, los abonados deben marcar 04 y dar su número de teléfono a nuestra operadora.

El Servicio de Unidades no substituye a los Servicios de Información, 03, y Averías, 02, que deberán seguir usando los abonados en la forma acostumbrada.

Ayuntamiento de Madrid



Director: VICTOR DE LA SERNA

Redactor-Jefe: EDUARDO BLANCO-AMOR

Dirección, Redacción y Administración:

PALACIO DE LA PRENSA.—MADRID

Teléfono núm. 20860

APARECE TODOS LOS MIERCOLES

Año II.

27 de Febrero de 1935

Núm. 10

Victor de la Serna firma un relato de Carnaval titulado EL GIBOSO DE «LA GADITANA», que por haber sido tomado su argumento de un hecho real, su autor se niega a llamarle francamente cuento. Lo cierto es que nuestro director debuta como cuentista en este número de CIUDAD. ¡Ojalá que le tome gusto!

Enrique Azcoaga prosigue sus ensayos, titulados, CARTAS A BRUTO, siendo el tema del que publicamos a continuación un juicio sobre la pintura de Moreno Carbonero, que le da ocasión para establecer una serie de objeciones marginales a la pintura española del pasado siglo.

DE TRIESTE HA VENIDO UN BARCO es una deliciosa crónica evocadora de una Málaga finisecular vista desde una intimidad vivida, a través de algunos tipos y escenas de gran realismo. Firma la prosa y los dibujos Sancha, que se está revelando como un escritor digno del dibujante: aptitudes que en nuestro colaborador siguen un adecuado paralelismo estético.

CUATRO MASCARAS se titula el notable trabajo de Manuel Abril que figura en esta edición, sólido, documentado y espiritual como todos los suyos.

Manuel Coello firma una nota, LOS DESPILFARROS DE LA DAMA DE LAS CAMELIAS, en la cual la figura romántica de la Duplessis es recordada mediante algunas anécdotas de su vida, sumamente curiosas.

Jaime Menéndez, siguiendo sus comentarios internacionales—que tan grata acogida han tenido entre nuestros lectores—, publica en este número una nota titulada, UNA GUERRA COLONIAL EN PUERTA. Menéndez es uno de los periodistas españoles más especializados en esta clase de temas, y nos halaga que el criterio de nuestros seriamente lec-

tores coincida con el de CIUDAD al incorporarle a su nómina de colaboradores fijos.

Nuestro redactor en París, Eduardo Avilés Ramírez, firma una nota titulada MANUEL UGARTE SE NOS VA..., en la cual la figura del gran hispanófilo argentino aparece dibujada con gran precisión de contornos y dotada de una atmósfera sentimental, equivalentes a una presencia viva. Manuel Ugarte dice en este reportaje cosas muy patéticas y muy hondas sobre las relaciones de España con los pueblos americanos, y saluda a CIUDAD con un cariñoso autógrafo que, desde aquí, le agradecemos.

Madeleine Millet, también de nuestra redacción en París, nos anuncia, con el cautivante estilo de su prosa, nada menos que la aparición de los sombreros de primavera: noticia fundamental para nuestras lectoras, a quienes la transmitimos velozmente, desde nuestra doble página central, junto con los modelos de Jean Patou, exclusivos para CIUDAD.

La parte poética de este número está destinada a la presentación de un nuevo poeta, Fernando Hernández Esposité, quien firma una estilizada estampa venatoria, ágil de gesto y rica de imágenes, como corresponde a un lírico de las encendidas tierras del Sur.

En sus notas hípicas trata «El Pájaro» esta semana sobre LA PROXIMA SELECCION ESPAÑOLA PARA EL CONCURSO HIPICO DE NIZA. Bajo este sudónimo se esconde un jinete, capitán del ejército, que fué uno de los campeones mundiales de la Olimpiada de Amsterdam y que es uno de los teóricos del hipismo más enterados de España.

Contiene además esta edición nuestras habituales secciones, traducciones especiales, comentarios de teatro, cines, etcétera.

LA SEMANA

LA Naturaleza, aficionada incorregible a montar grandes espectáculos, nos ha ofrecido durante la semana un montaje calderoniano de los vientos. Con una riqueza orquestal casi wagneriana, el ventarrón de la meseta ha aparecido, desmelenado y gesticulante, por los ámbitos de las dos Castillas. En la Nueva, tan pródiga en caletres desmesurados, ha barrido campos, caminos, cumbres y montes. En general, el estropicio ha sido considerable. Pero donde ha ocasionado más serios perjuicios ha sido en la imaginación de las gentes. Verdaderos torbellinos disparatados se han producido en las tertulias y en los cenáculos de toda especie. Sobre todo, en lo que se ha dado en llamar círculos políticos.

En todo caso, el viento, personaje castellano, ha querido adelantarse a la celebración del centenario de Lope de Vega, y pide su plaza en los festivales, sin aspirar a premio alguno. Es un hidalgo un poco loco, como todos los hidalgos, y hace las cosas sin cobrar. Aunque esto les parezca mentira a los «pirriquis», todavía hay quien trabaja por el fuero. El viento, nuestro amigo, que peina bosques de pinos y cabezas románticas, que revuelve barbechos y levanta nubes de polvo en los horizontes de Castilla, se ha despedido desde los escobios serranos lanzando su último «búu» ululante hacia el mar donde ha nacido. Le lleva al Atlántico recuerdos de la altiplanicie que lo desveló. El Atlántico nos devolverá el saludo con templados y perfumados alisios, que harán brotar yemas tiernas y meladas en las olmas matriarcales de las plazas castellanas y en las pobedas ribereñas del Tajo, que ya no «saca el pecho fuera» ni habla como un dios, pero que todavía riega el huerto para la menestra del celtíbero y todavía hace reverdecer el prado para la res que ara tierras de pan llevar.

Las locuras de los hidalgos nunca son inútiles. Y ahí queda, detrás del viento, la lluvia mansa, laboriosa dueña que pone en orden los estropicios del vendaval.

POR entre las columnas de los periódicos se mueve estos días nerviosamente una noticia que no es banal.

En una orilla toda signada de onomástica castellana, se agita un airón dramático. Argelia, lejana provincia, rebulle y jadea, azotada de un destino inquieto. Nadie sabe qué es, a punto fijo, lo que quiere Argelia. Algo quiere, no obstante. Algo que

no es lo que tiene ahora. Alguien creo que ha dicho—y si no lo ha dicho nadie, lo digo yo ahora—que, si bien es cierto que Europa termina en los Pirineos, también es cierto que España termina en el Atlas.

Aquí, en este punto, de pura diversión geográfica, debe uno dejar las cosas. Y las deja, porque uno no quiere líos.

Y a propósito de cañonazos—dicho sea sin el menor ánimo belicista—. Al autor de las presentes líneas le ha sucedido una ocurrencia. Hace pocos días, en una capital europea asistió a una cosa llamada *déjeuner politique*. Concurrían periodistas y escritores de casi todos los países europeos. De casi todos, porque España estaba únicamente representada por el modesto autor que suscribe.

Se trató de que cada uno expusiera cuál era el punto de vista de política internacional más agudo de su país. Opinaron ilustres figurantes del periodismo internacional, entre ellos Elías Erenburg, el ilustre autor de *Julio Jurenito*, y actual propagandista de los Soviets. Opinó el gran barbazas Rappoport, opinó De Korab, Schiff, etc.

Cada uno iba dotado de una doctrina internacional ortodoxa en su país. El autor de las presentes líneas tuvo que salir del paso con una ingeniosidad deslavada y paliducha. De pronto advirtió que España no le había provisto de una doctrina internacional. ¿Qué quiere España en el mundo? Parece, sencillamente, que no quiere nada. Tal vez, que no le quiten el sol. Cínica doctrina, muy graciosa para dicha por un griego de la decadencia ante el empuje de Alejandro.

Amarga doctrina y despreciable, para un país que ha dictado normas al mundo.

EL primer almendro que florece en Madrid está en el jardín del Convento de San Manuel y San Benito, calle de Alcalá, donde escribe versos clásicos y donde monta ensayos de profunda crítica el Padre Félix García.

Está bien que el almendro florezca en el huerto de los poetas. Y en el jardín de los frailes, hecha sea esta observación en homenaje a uno de los mejores escritores de nuestro tiempo, a quien uno no hubiera querido ver salir jamás del ámbito de las letras.

Desde París MANUEL UGARTE SE NOS VA... por EDUARDO AVILES RAMIREZ



Manuel Ugarte delante del retrato pintado en París por el pintor valenciano Francisco Merenciano.
(Foto Vizzavona, París.)

*Para la bella revista madrileña
Ciudad, con toda simpatía
París, 1935 Manuel Ugarte*

Cuando un hispanoamericano golpeaba en su casa de Niza, diz que dicen que Manuel Ugarte exclamaba:

—¿Usted también? ¡Ah, pero si están llegando todos, uno por uno!
Ugarte se refería a los intelectuales hispanoamericanos que, «desterrados sin decreto», abandonaban el suelo americano por insuficiencia de éter intelectual, por estrechez atmosférica, por ahogo y asfixia en ambientes cargados de electricidad política, de indisciplina parroquial, de tiranía y de pobreza de medios. Unos por la puerta de la diplomacia, otros por el puente del periodismo, los más echándose heroicamente a nado, todos se exilaban. Un libro hay por escribir. Un libro en el que se recojan las siluetas de los escritores y poetas latinoamericanos que «se refugiaron» en los Estados Unidos o en Europa, como desterrados sin decreto, para decirlo con el mismo Manuel Ugarte. Cuando uno de estos hombres arrojados por América vuelve a América, es por ley ineludible de la resaca o por miseria. Así hemos visto venir una legión de intelectuales, desde Gómez Carrillo hasta Alfonso Reyes, pasando por Carlos Vicuña, Alcides Arguedas, Amado Nervo, Torres Ríos, José Vasconcelos, Gabriela Mistral, los hermanos García Calderón, Rubén Darío, Urbina, Zaldumbide, Blanco-Fombona, Rezende, sin contar una constelación de intelectuales jóvenes, entre los cuales Torres-Bodet, César Arroyo, César Vallejo, Barbagelata, Lascano-Tegui, Leonardo Pena, Zérega Fombona, Teresa de la Parra, Asturias y Mariano Brull...

—Y no por la ley de la resaca—me dice el autor de «El Destino de un Continente», que prepara ya su viaje—, sino por miseria. Voy a tener que volver...

Esta vez es serio. Manuel Ugarte se nos va. Siguiendo ese movimiento de resaca de que hablaba anteriormente, el gran hispanoamericanista vivió en Europa desde chico. La primera vez estuvo diez años. La segunda, diez también. Y ahora se va, después de haber vivido dieciséis años junto al Mediterráneo o en París.

—Como desde un balcón—me dice—, yo contemplaba mejor los problemas de nuestra América desde París. La vastedad panorámica me permitía seguir atentamente los progresos de nuestra enfermedad o sus reacciones juveniles. El «climax» espiritual de nuestras tierras me entregaba sus secretos. Cuando tuve veinte años yo recorrí aquel Continente a pie, a caballo, en tren, en barco, en sus montañas, en sus ríos, en sus abismos, en sus volcanes... Cuando no tuve veinte años, no pude sino refugiarme en Francia, como quien se instala en una terraza para ver mejor lo que pasa enfrente. Pero en el fondo he seguido allá, mi alma y mi pensamiento continuaron siempre en mi gran patria...

Ugarte se emociona. Este hombre, cuya juventud no concluirá jamás, cuya vitalidad no declina un ápice, vuelve a la Argentina después de haber cumplido uno de los más tenaces, iluminados y heroicos apostolados de que tiene memoria el suelo americano. Su prédica y su gesto conmovieron y despertaron de su letargo al coro de nuestras dieciocho repúblicas. Toda la fortuna material de Ugarte fué comprometida y utilizada, hasta el último céntimo, en la aplicación de ese apostolado.

—Ya no tengo ni un centavo—me dice—. Y si volviera a tener la fortuna que tuve la volvería a gastar de la misma manera.

El no habla de su fortuna intelectual, de su mentalidad rica, despilfarrada y comprometida en la lucha americanista, como sus dineros. No habla tampoco de que su nombre sea

ya símbolo materializado para las juventudes de América, símbolo de fuerza, de cultura, de independencia, de ideal y de trabajo.

—¿Las juventudes de América? Hacia ellas voy. Regreso a la Argentina con el deseo de intervenir y de aplicar mi ideología en el campo de las realidades. Es preciso que pasen los períodos teóricos y que abordemos la práctica, comenzando por sacar a la política de su cuadro mezquino y vigorizarla con amplitud idealista.

—¿Y para eso cuenta usted con la juventud?

—La juventud dará siempre la forma a la América, la forma que ella quiera darle.

La charla de Manuel Ugarte es una asombrosa y fácil lección de filosofía. Siempre me da la sensación de que su palabra va tocando fondos. Yo era muy chico cuando él pasó por nuestras tierras a manera de un búfalo de fuego, aclarando el concepto americanista, fijando la carta de la raza, resumiendo nuestro derecho, desde Méjico hasta la Patagonia. Ignoro si sus discursos, si aquellas arengas que quedaron clavadas en el alma americana como flechas de claridad, fueron pronunciados con violencia oratoria. Lo que es hoy, Ugarte dice las cosas más apasionadas con palabra simple, aborda los temas más inflamados con verbo reposado. La tempestad misma queda prisionera de fórmulas precisas. Es la labor filosófica de los años, que proyecta las cosas en su madurez.

—Todo ideal debe ser obsesionante. El individuo debe dejarse poseer sin oponerle reparos, ni intelectuales ni de ninguna otra clase. Es la única manera de ser fuertes. Para que nuestra gran patria escape a los peligros del futuro, será preciso crearle un carácter, integrarla y apretarle los tejidos. Y hay que comenzar por amarla mucho, dolorosamente si es posible, con renunciamentos y todo. Hay que solidificar la nacionalidad en todos sus órdenes...

Cuando, hace dieciséis años, Manuel Ugarte vino de la Argentina echado por la atmósfera cálida, de horno encendido, en que se chamuscaban sus mejores ilusiones, muchos profetas de mal augurio creían que su labor había terminado. «Es un hombre al agua—cuchicheaban—. Ya se le acabó la garra.» La «decadencia» de Ugarte hizo milagros en cuanto encontró la libertad de los medios europeos. Como al pegaso de la fábula de Heine, que echó a volar en cuanto lo desuncieron del buey, con el que le tenían labrando la tierra. Los pájaros de mal augurio—según nos cuenta el maestro—no estaban conformes con que brotara vida allí en donde ellos habían decretado la aridez.

—Aquellos profetas—me dice, plegando el labio irónicamente—, que veían al enfermo muy jarifo, me gritaban: «¡Es un escándalo! ¿Cómo puede seguir viviendo si hemos decretado que no exista?... Vamos a ver qué dicen cuando me vean regresar, sobre todo cuando sepan que voy dispuesto a entrar de plano en los problemas vitales de mi patria y a arremeter contra los Sansones con mi pluma en ristre, como si fuera una honda...

Yo insinúo:

—Dicen que los Estados Unidos...

—Sí. Ya lo sé—me responde—, los Estados Unidos han aceptado la práctica de una política menos intransigente, más lógica y más humana para con los países hispanoamericanos. La Enmienda Platt (ha sido un triunfo de Hispanoamérica); al ser abolida, ha sonado una hora para el Continente entero: la hora de la dignidad política, de la libertad de las Cancillerías, del libre albedrío de los pueblos. Cada una de nuestras dieciocho Repúblicas debe poner mucha atención en lo que hace ahora.

—¿Y la guerra del Chaco?

—La más triste de las guerras, querido Avilés Ramírez. Porque no se trata de una simple guerra de intereses bolivioparaguayos, sino de un conflicto de intereses extranjeros..., en la piel, en la mentalidad, en la dolorosa experiencia de dos pueblos iberoamericanos...

Ugarte sabe los secretos más herméticos de las Cancillerías. No por casualidad se ha colocado, a todo lo largo de su apostolado, en el punto crucial de las rutas vulnerables. El historiador futuro tendrá necesariamente que revisar sus libros, sus artículos de Prensa, sus discursos, en donde queda constancia de los misterios y del proceso de nuestra evolución política, cultural y humana. Ugarte me ha dado siempre la impresión de tener entre sus manos los hilos escondidos que mueven los Gobiernos todos de Hispanoamérica. Por eso su palabra es preciosa y su consejo inapreciable.

Le pregunto:

—¿Qué ve usted como necesidad inmediata para el futuro americano?

—Antes que todo—me dice sin titubeos—, acercarnos a España. Acercarnos a las fuentes de nuestra cultura. Por el puente de plata de España nos llegó la cultura grecolatina, el Derecho romano y la sensibilidad cristiana. Si tenemos una civilización, ésta es grecolatina, es decir, antisajona. Las generaciones se han sucedido en una intensiva nutrición de Dante, de Calderón, de Hugo, de San Francisco, de Cervantes, de Montaigne, de Cicerón, de Santa Teresa, de Platón, de Voltaire, de Horacio, de Lope de Vega, de Rousseau, de Petronio. Formamos parte de la familia grecolatina gracias a España. Profundizar, enraizar en nuestra psicología los dictados y las grandes líneas de esta cultura es nuestro deber inmediato, ya que se encuentran en oposición con los dictados y las grandes líneas de la cultura anglosajona, perfectamente extranjera a nuestro espíritu y a nuestro carácter.

Es todo un programa, sobre todo en estos momentos en que el materialismo yanqui se infiltra en la psicología criolla como un veneno neutralizador de nuestro propio ser.

—En la Argentina—me dice—voy a continuar la batalla pro española, no sólo porque de ella depende un poco nuestra libertad política y nuestra fuerza, sino porque a ella se inclinan, naturalmente, mi corazón, mi familiaridad, mi simpatía y mis gustos personales.

—¿Y Francia?

—¡Ah, le debemos mucho! Ha sido bajo la inspiración de ideas francesas como la América española libró sus más grandes batallas. Nuestras sociedades se organizaron sometiéndose a los principios de 1789. Y en lo literario, resulta una redundancia decir que Darío, que Rodó, que Lugones, que Nervo, que Herrera y Reissig, que los demás, han salido directamente de la sensibilidad francesa. Pero toda esa cultura de las letras, nosotros no debemos agradecerla directamente a Francia, que es depositaria del tesoro grecolatino, sino a la lengua española, que nos permitió el acceso de esa cultura...

Como los hombres, los pueblos tienen también su Camino de Damasco. ¡Felices los pueblos que producen Pablos capaces de decirles en dónde se encuentra ese camino! Ugarte ha sido, ante todo, un profeta. Después, un héroe de la batalla hispanoamericanista. En esta batalla morirá...

—La revista madrileña CIUDAD—le digo—es un lazo de unión entre España y la América española. ¿Quisiera usted dedicarle una fotografía?

—Nada me place tanto como demostrar mi amistad a esa clase de publicaciones—me responde—. He visto varios números de CIUDAD, que es, sin duda alguna, una de las mejores revistas de lengua castellana. Llévela usted el testimonio de mi simpatía...

Después busca un retrato. Se cala los lentes—por la primera vez en la conversación—y escribe una dedicatoria. El maestro de «Visiones de España» se va a combatir a tierras de Martín Fierro, animado de quijotismo modular y vital. La batalla continúa. Los intereses primordiales de la raza, del idioma, del futuro hispanoamericano andan, en un trajín sin descanso, entre su cerebro y su corazón, entre su corazón y sus labios, entre sus labios y su pluma... No olvidemos que la suprema virtud de Ugarte es su hispanoamericanismo integral. Para vergüenza nuestra, fué un periódico anglosajón el que mejor lo supo decir en estas palabras: «Este hombre—decía The Times, de Londres, refiriéndose a Ugarte—habla como ciudadano de la América del Sur y defiende el conjunto de esos países con tanta elocuencia, que no sabemos a qué República pertenece.»

Después de esa consagración, ya tenemos derecho de escribir, a propósito de este Caupolican bien criollo y bien nuestro, la palabra «paladín». ¡Profeta y Paladín de la América española!

No todos pueden esperar, sobre el inevitable mármol futuro, esas palabras grabadas en letras de oro, ya que no es posible esculpir las en letras de sangre, como él hubiera querido...



Poned cualquier año de los primeros del siglo, y situaos en una ciudad marítima del Norte de España, que empezaba a sentir la pérdida de las colonias. Todavía se veían trajes de rayadillo sobre las carnes flacas de los militares poco antes repatriados; se hablaba mucho de los créditos de Ultramar, y tronitona, desde su retiro de Graus, como un gigante barbado, D. Joaquín Costa, vociferando: "¡Escuela y despensa!" Todas las tertulias de liberales agrios y pesimistas respetaban desde los cafés del muelle: "¡Escuela y despensa!... ¡Escuela y despensa!..."

Había un joven abogado en esta ciudad que traducía a Heine; andaba en puntillas, porque era muy chiquitín, y escribía unos feroces artículos en un periódico que se llamaba *El Atlántico*. Se llamaba así porque hasta entonces el Atlántico significaba un drenaje de España. Murió el periódico, y se fundó otro que se llamaba *El Cantábrico*, porque España reducía su ámbito marítimo a un mar local. En uno y otro periódico escribían unos diablitos anticlericales, que traían a mal traer a su ilustrísima el obispo de la diócesis. Se empezaba a saber que existía Pablo Iglesias, y daba mítines doña Rosario de Acuña, que escandalizaba a las damas de la sociedad provinciana. Había quien tenía libros de Bakunin, y a estos sujetos se les llamaba "ácratas". Nadie ha sabido por qué se les llamaba así, y sigue sin saberse. Pero todo esto ocurría, como digo, en los primeros años del siglo, cuando empezaban los tranvías de vapor y se cantaba esta copla con aire de habanera:

"Abelardo,
en la Punta del Muelle te aguardo,
y verás
y verás
el tranvía que han puesto
a la orilla del mar."

Los Carnavales, por entonces, conservaban aún un personaje muy importante: Maceo. Como un sueño borroso de la infancia conservo el recuerdo de una comparsa que quemaba un muñeco en la plazuela de Arcos, donde estaban

El giboso de "La Gaditana"

Relato de Carnaval que parece cuento

Por VÍCTOR DE LA SERNA

A José Valdor Donoso

los escritorios de los comerciantes con Ultramar, mientras se cantaba a grito pelado esta otra copla patriótica:

"Los de San Quintín mataron a Maceo;
no revivirá, no revivirá.
Mira que aquel tiro fué certero;
no revivirá, no revivirá..."

En la melopea de aquel baile feroz había una reminiscencia de danzón. Porque todavía los habitantes de la ciudad marítima eran muy guajiros y había entre ellos excelentes intérpretes del "Sama-la-culé", una especie de danza negra que hizo furor en tiempos de nuestros abuelos capitanes de barco o comerciantes de esas mercaderías coloniales que perfumaron nuestra infancia: cacao, canela, café, vainilla.

En uno de aquellos Carnavales, sucios de barro y mojados de cierzo, ocurrió el suceso que voy a relatar, y que parece cuento. Un amargo cuento digno de la pluma de Poe.

Había una confitería en el muelle que se llamaba "La Gaditana". No se llamaba así en vano, sino por mantener una tradición: "La Sevillana", "La Gaditana", "La Malagueña" eran nombres de confitería entonces porque en la ciudad marítima había muchos emigrantes a Andalucía, que traían la tradición de la golosina. Y, además, traían la afición a las flores, a los balcones con geranios. Todavía hay por aquella comarca muchas casas donde hay esos tientos colgantes de los patios andaluces, y donde hay rejas en los soportales y un perfume andaluz en la vida aldeana.

En "La Gaditana" despachaba caramelos "de los Alpes" un giboso. Era un hombre feo y desconcertante. Tan pronto tenía para sus minúsculos clientes dulzuras inefables y mimos que nos hacían temblar, como se desataba en improperios, y nos llamaba "raqueros", y nos tiraba con una abominable pesa de media libra. Los muchachos no sabían cómo conducirse frente a aquel hombre atrabiliario. Unas veces entrábamos muy comedidamente, y otras veces le gritábamos desde la puerta, con esa crueldad que sólo tienen los niños y las mujeres:

—¡Gibolín! ¡Giboleta!

Y él salía como un ogro a lanzarnos los peores insultos y a correr con sus patucas zambas y su pesa de media libra, que ya estaba abollada de tanto caer sobre las losas húmedas del muelle.

Los raqueros, ya a salvo, por la distancia, del giboso y de la pesa de media libra, le repetían implacables:

—¡Gibolín! ¡Giboleta!

Echando espuma el pobre giboso, se metía en su tienda, y solamente los valientes se atrevían, en unos días, a ir a comprarle una perra gorda de caramelos.

Aquel Carnaval ocurrió algo de espanto. Por la estrecha calle comercial de la ciudad marítima apareció una máscara espantable, disfrazada con una giba, con las pa-



tas zambas y una careta horrible. Llevaba sobre la giba un cartel que decía: "Soy el giboso de 'La Gaditana'."

Inmediatamente toda la chiquillería rodeó a la máscara, que nos daba vejigazos y se ponía a bailar una diabólica danza y a dar unas risotadas como truencos. El barro de la calle le salpicaba los zancajos. Más de un centenar de muchachos le rodeaba cuando abocó la rampa de la Ribera, camino del muelle. La seguridad de que al pasar frente a la confitería saldría el giboso y se armaría una trifulca, nos regocijaba insantemente. La máscara avanzaba por el muelle. Frente a la puerta de "La Gaditana" bailó, como azotada de una epilepsia demoníaca. Gritó, rió, sacudió cien vejigazos, se tiró al suelo y, finalmente, cuando ya la angustia de la tragedia cercana nos ganaba a todos, pisó los umbrales de la confitería. Se hizo un silencio dramático. La máscara avanzó. Cien sabecitas le espían desde la calle.

Ante el terror de todos, sacó una perra gorda, la arrojó sobre el mostrador de la confitería y gritó con voz canija:

—¡Giboso! ¡Diez de caramelos!

Entonces, con una trágica pirueta, dió un salto sobre el mostrador, se colocó en la otra parte y se arrancó la careta.

Era él mismo. Era el giboso de "La Gaditana".

Nunca más, nunca más los raqueros del muelle volvieron a insultarle. Cada vez que entrábamos a comprar caramelos, le llamábamos "don José". Y nunca un hombre tuvo más cara de gnomo bueno para los niños de la ciudad marítima. Y nunca nadie quiso a los niños como él. Y ningún niño se sintió más protegido que a su lado. Aquel episodio y el sistema métrico decimal arrinconaron la pesa de media libra para siempre. Los que recordamos al "giboso de 'La Gaditana'" guardaríamos un trozo de aquella pesa de hierro negro como un tesoro y una reliquia.

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

Por si abril viene o no viene,
la hierba de Riofrío
se esponja en lunas de nieve.

Entre las encinas verdes
saltan los gamos en celo.
Hocicos de rosa y fiebre.

Cara al amor, se acometen:
el asta ardiendo de brisa
y el invierno entre los dientes.

Sólo un gamo no se mueve.
Aquel que se está a la orilla
mirándose en la corriente.

En tres patas se sostiene.
Le hirió una bala de plomo.
Sobre tres patas se muere.

EL GAMO INMÓVIL

Por FERNANDO HERNANDEZ ESPOSITE



Porque el llanto no le queme,
le riega un lucero blanco
la canela de la frente.

Un cuervo volando viene.
—Te trae un muletín de plata
con regatón de claveles...

—Antes de que el cuervo llegue,
ya ha hecho el barro de Segovia
la almohada para mi muerte.

El río deshoja el relente,
y en los puñales del viento
sangra la luz que amanece.

¡Ay, qué funeral de pólvora,
gamo mío, cuando te encuentren
los perros del guardabosque
muerto debajo del puente!

Ayuntamiento de Madrid

DIBUJO DE SANTONJA

MOTIVOS DE LA CIUDAD

Por MAESE BUSCÓN

Sueño de una noche "carioca"

MAESE Buscón" tiene que decirle al lector que la omisión de estos "Motivos" "aparecida" en el número anterior fué completamente involuntaria. "Maese Buscón", ¡el pobre!, estuvo ocho días en su casto lecho con la "carioca" ardientemente, furiosamente abrazada a sus carnes flacas, temblando como un higo maduro, crujendo los dientes como un condenado y soñando por momentos bellas e incongruentes fantasías. "Maese Buscón" estrena ahora, por vez primera, la gripe, y como es de natural observador y analítico, y siente, además, graves preocupaciones por el progreso de las ciencias, cree muy del caso comunicar al Cuerpo médico español sus auto-observaciones, por si creen los distinguidos facultativos que pueden ser aprovechables para el alivio futuro de la humanidad doliente.

FUE un viernes por la noche cuando, después de varios estornudos a toda orquesta, expedidos durante el curso de una de las más delicadas escenas de una "comedia para hablar" del señor Benavente, se sintió súbitamente atacado por el avieso microbio. Fué a la cama. Tomóse la temperatura: 39 grados a la som-

EL calenturiento subconsciente de "Maese Buscón" se encargaba, por su cuenta y riesgo, durante el sueño, de completar la comedia benaventiana, que no pudo terminar de oír, arrojado del teatro por el vendaval de sus propios estornudos. A continuación, comenzaron a salir volando de los palcos, guirnalda de angelitos, provistos de caretas contra los gases, llevando unas cornucopias, por cuya boca abocinada caían millares de tabletas de aspirina. Otros eran portadores de doradas ánforas, empenachadas por una llama azul violeta, de las que servían abundosos y grandes vasos de coñac al quemadillo. Anchas solfataras invisibles llenaban el recinto de templados vapores de ictiol, eucaliptol, gomenol y fenol. Luego, los acomodadores le envolvían a uno en mantas zamoranas y, con unos recipientes para pediluvios portátiles, le enviaban a su casa. Las damas se quedaban hablando con los caballeros. Y aquí despertó "Maese Buscón", casi asfixiado por los ocho cobertores, dos gabanes viejos y una maleta que se había puesto sobre el lecho, en el cual se había metido ataviado como para jugar al "basse-ball" en el puesto de portero.

TODAVIA en días sucesivos, soñó otras fantasías, como ser con un decreto publicado por el señor Lerroux, cuyo artículo primero prohibía la gripe en todo el territorio nacional, amenazando al microbio con aplicarle las leyes de excepción, y un discurso del señor Gil Robles diciendo que retiraría su confianza al Gobierno si, en el término de veinticuatro horas, no resolvía el conflicto gripal, para lo que, si era necesario, se votaría un crédito de tres mil millones y se celebrarían sesiones nocturnas; y otro discurso del señor Ruy Villanova, en el que insinuaba, con su fina ironía habitual, la posibilidad de que la gripe fuese una consecuencia lógica de la aprobación del Estatuto Catalán.

YO ya sé que todo esto no tiene maldita la gracia. Pero yo no escribo por la gracia que pueda tener, sino para contribuir con estas experiencias vividas y sudadas al progreso de la ciencia médica, que así podrá enterarse cómo reacciona ante el bacilo de Pfeiffer el cerebro calenturiento de un intelectual.

Sobre el presunto confort

SEÑORAS y señores: Yo estoy francamente indignado ante la idea que las dueñas de las casas de pensión tienen del confort. Se ha substituido la palabra comodidad por la más moderna de confort, y en el trasiego se ha perdido todo cuanto de bueno tenían la una y la otra, con evidente demérito del idioma y para eterno baldón y tormento de esos tristes seres que somos los pensionistas. En efecto: Usted descubre un día en la casa donde vive un grupo de chinches juerquistas que se aprestan a organizar un "cock-tail-party" o un "souper-danzant" a cuenta de su muslo izquierdo, y para los cuales han repartido numerosas invitaciones. Ya en días anteriores, había usted visto flotar en las claras ondas de la sopa una película transparente color café muy aguado, la que, sometida a prolija consulta con los compañeros de ayuno, diera por resultado ser el ala de uno de esos graciosos y vivaces insectos, verdadera alegría de los hogares, que transitan por las cocinas y que son conocidos con el nombre científico de "cucarachandas matritenses nocturnales", y que ahora, con el advenimiento de la República, han perdido la vergüenza y circulan a todas horas, por lo cual, en los tratados de entomología, habrá que agregarles a lo de "nocturnales" un "diurnales" y un "vesperales". La patrona afirma, muy suelta de lengua, que se trata de la inocente cáscara de un ajo, y el opositor a la cátedra de Ciencias le demuestra, con gran agobio argumental, que se trata de un élitro interno de ornóptero y de ninguna manera de una película de liliácea (¡Mire usted que los ajos ser liliáceas!). Oído todo esto, usted se decide a mudarse de casa, y empieza su peregrinación por los anuncios de los diarios, hasta que encuentra: "En casa de matrimonio sin hijos, magnífica pensión, baño caliente, calefacción central, teléfono. Aire y sol gratis. Regio confort." Y visita la tal casa, donde se encuentra con una señora bastante cuarentona y exageradamente oxigenada, que resulta ser hija de un general de división venida a me-

nos. Le enseña su posible habitáculo. ¡Psch! Claro está, falta la butaca de lectura, no hay cortinajes, los visillos presentan algunos contornos de mapa, el artefacto eléctrico es del tiempo de la nana, cubierto con un pedazo de tarlatán, constelado de "aquellos" de las moscas; en la mesa de luz no hay luz para leer... La moralidad de la casa está acreditada por una gran estampa del Perpetuo Socorro, puesta en la cabecera de la cama, y el criterio estético, denunciado por unas reproducciones de marinas del señor Verdugo Landi y la inevitable estampa china "made in Barcelona". Pero, en fin, la casa tiene un aspecto tranquilo y bonachón, y usted se muda, con sus dos baúles, cuatro maletas, máquina de escribir, unos cientos de libros y el consiguiente lote de los papelorios y demás impedimento. Y cuando usted tiene todo ordenado en la nueva casa, el matrimonio solo resulta un "matrimonio moderno", compuesto de nueve personas; cada habitación es un hormiguero de chicos que berrean y patean; el baño es un lavadero mugriento, lleno a todas horas de sábanas y calzoncillos chorreando jabón; que la calefacción no es central, sino apenas lateral, y que durante diez minutos, cada veinticuatro horas, arden lánguidamente allí unas astillas y los periódicos viejos de los pensionistas; que la luz es una lamparilla de cuarto de moribundo; que la sopa está llena de ajan-



cias, liliáceas y ornopterancias, y que el "regio confort" se refiere a una otomana coja y llena de pulgas, que, en cuanto se sienta en ella, disminuye usted dos libras de su peso y aparece en medio de una nube de polvo, como Moisés en el Sinaí. En resumen: que le han estafado, que le han robado su tiempo y su dinero. ¿Y a quién reclama usted por este verdadero delito? Porque si usted entra en una Comisaría o en el Juzgado con semejante denuncia—bastante más grave que el robo de unos guantes o de una estilográfica—, se le reirán en su mismísimo apéndice nasal.

SI fuésemos un pueblo serio y celosos administradores de los derechos y de los deberes, inventaríamos un castigo ejemplar para estos traficantes del falso confort, que consistiría en meterlos en una celda húmeda, sucia, fría, llena de pulgas y cucarachas, dándoles a comer sopa de pajas e insectos, y, por una mirilla practicada en el adusto muro, estarían viendo, durante dos años, una verdadera habitación confortable, con alfombra, butaca, chimenea de leños, luz indirecta y biblioteca, donde sus víctimas, servidas por criados mudos, aunque no sordos, se pasarían la vida comiendo cocidos de gallina, jugosas tortillas de jamón, paellas en su plenitud de forma y gurgulleantes pots gallegos aviados con succulenta vaca y con el decoro pastoril de la honrada nabiza de breve digestión y bucólico gusto...

Ayuntamiento de Madrid



bra. Durmióse arrullado por el suave abejorreo de la fiebre. Casi de inmediato, su sueño se pobló de señoras frizando en los cuarenta años, bastante descotadas y rollizas, que dialogaban con caballeros de barba, como en un decamerón burgués, diciendo cosas bastante anodinas, pero de enunciación acalamburada y retorcida, lo cual las dotaba de cierto engolamiento filosófico. De pronto, un criado, con áspero acento palentino y chaleco a rayas, citaba a Platón a propósito de que la señora marquesa no vendría a cenar. Las damas organizaban un juego de palabras altamente irónico a cuenta de la subversión de costumbres del pueblo bajo, y un magistrado con cabeza de peluquero francés decía entre sonrisas satánicas: "El amor, señoras mías, es como los niños; y el que con niños se acuesta, etc., etcétera." A lo cual replicaba una duquesa, blandiendo un impertinente sin cristales: "No estoy de acuerdo, señor de la Piripendenga y Rodríguez. Más bien creo que el que, hallándose enamorado, de desenamorarse trate, será porque el amor no lo ha enamorado de cierto. Porque lo cierto es que quien enamorándose piensa en que ha de desenamorarse, etc., etc." Estas frases profundas eran acogidas con un remusmús aprobatorio por el nutrido concurso, y hasta un señor que estaba a mi lado, y que era el último representante de una raza desaparecida de portadores de puños postizos, las anotaba en el puño postizo de la izquierda, con muy notable fruición.

Una tarde, al volver de caza, el terrateniente Nilov—hombre grueso, robusto, famoso en toda la gobernación por su extraordinaria fuerza física—y el juez instructor Kupriánov, se dirigieron al molino del viejo Maksim. Para llegar hasta la casa de campo de Nilov faltaban sólo dos millas; pero los cazadores estaban tan cansados que no tenían deseos de seguir caminando, y decidieron tomarse en el molino un prolongado descanso. Esta resolución era tanto más cuerda cuanto que en el de Maksim encontrarían té y azúcar, y los cazadores llevaban con ellos una respetable reserva de aguardiente, de coñac y de cosas variadas para comer.

Después de la colación, los cazadores se dedicaron al té y empezaron a charlar.

—¿Qué hay de nuevo, abuelo?—preguntó Nilov a Maksim.

—¿Qué hay de nuevo?—contestó, sonriendo, el viejo—. Hay de nuevo que me dispongo a rogarle a su señoría que me preste la escopeta.

—¿Y para qué quieres la escopeta?

—¿Para qué? La escopeta, en verdad, no me servirá para nada. La pido, este... por darme importancia solamente. No veo como para tirar ni un balazo. Ha aparecido, el diablo sabrá de dónde, un lobo rabioso. Este es ya el segundo día que ronda por aquí... Ayer por la tarde, cerca de la aldea, destrozó a un potrillo y a dos perros. Y esta mañana, con las primeras luces, ¡otra vez, el maldito!, apareció bajo un sauce; estaba echado y se restregaba el hocico con las patas. Le hice «¡Shuuu!», y él me miró como un demonio... Le tiré una piedra, y él hizo rechinar los dientes, y los ojos le brillaron como dos llamas... Corrió enseguida a la maleza... ¡Me pegué un susto!...

—¡Al demonio!—murmuró el juez instructor—. Un lobo rabioso ronda por aquí, y nosotros salimos tranquilamente de paseo...

—¿Y qué hay con eso? Tenemos las escopetas... Pero ni siquiera hace falta tirar. Se lo voltea de un culatazo, no hace falta más.

Y Nilov empezó a demostrar que nada es más fácil que matar a un lobo con la culata de la escopeta. Y contó un caso personal: cierta vez había matado, con un simple bastón, a un enorme perro rabioso que quiso echársele encima.

—¡Usted, claro que puede hablar así!—susprió el juez instructor, mirando con envidia las anchas espaldas del compañero—. Tiene una fuerza que, gracias a Dios, vale por la de diez hombres. Y no con un bastón, sino con un dedo, podría liquidar a un perro. Pero un simple mortal... mientras se dispone a levantar el bastón, y mientras se fija dónde debe dar el golpe... y demás, le deja al perro tiempo para morder una docena de veces. Y las consecuencias no son nada agradables... No hay enfermedad más terrible y tremenda que la hidrofobia. La primera vez que vi a un hombre atacado de rabia, un hombre que vagó cinco días seguidos como un endemoniado, oí a todos los aficionados a los perros y a todos los perros del mundo. Más que nada, es tremenda la subitaneidad, la improvisación del mal... Un hombre anda lo más sano, lo más tranquilo, y, de pronto, sin ninguna razón lo muerde un perro rabioso. El hombre está obsesionado inmediatamente por la idea de que no tiene salvación, de que no hay remedio para su mal... Y, después de esto, pueden imaginarse ustedes el oprimiente y angustioso temor de la enfermedad, un temor que no lo abandona a uno ni un minuto. A ese temor sigue la enfermedad. Y lo más horrible de todo es que la enfermedad resulta incurable. Si: en cuanto uno se enferma de rabia, ya pueden darlo por muerto. En medicina, que yo sepa, no se insinúa siquiera la posibilidad de curarla.

—Pero en la aldea la curan, señor—dijo Maksim—. Miron cura a todos los rabiosos.

—¡Historias!—susprió Nilov—. En cuanto a Miron... no tiene más que charla. El verano pasado, un perro mordió a Stiopka, y ningún Miron apareció para curarlo... Por más que le dieron a beber toda clase de porquerías, la rabia le vino lo mismo. No, abuelo: no hay nada que hacerle. Yo... si me sucediese eso, si un perro me mordiera..., me metería una bala en la cabeza.

Aquellos terroríficos relatos sobre la hidrofobia producían su efecto. Poco a poco, los cazadores se fueron callando, y empezaron a beber en silencio. Cada uno meditaba, involuntariamente, en la fatal dependencia que existe entre la vida, el destino del hombre y las pequeñas casualidades, las miserables casualidades que en sí no valen, como se dice, ni un pepino. Y todos se sentían inquietos y tristes.

Después de tomar el té, Nilov se desesperó y se puso de pie... Tenía ganas de salir al aire libre. Dió unos pasos cerca de las aristas, abrió una puerita y salió. En el patio, el crepúsculo había sido desalojado por la noche. Desde el río llegaba un respiro de sueño quieto y profundo.

En el muelle, inundado por el claro de luna, no había siquiera una mancha de sombra. El gólete de una botella rota brillaba en el suelo como una estrella caída. Las dos ruedas del molino, semicólicas por un gran sauce, ofrecían un aspecto severo y melancólico.

Nilov respiró a plenos pulmones y miró hacia el río. Nada se movía. El agua y las orillas dormían. Ningún pez asomaba en la superficie haciendo borbotear el agua. Pero, de pronto, a Nilov le pareció que en la orilla opuesta, entre los mimbres, algo semejante a una sombra rodaba como una pelota negra. Miró fijo. La sombra dejó de mostrarse, para enseguida reaparecer y dirigirse en zigzag hacia el muelle.

—¡El lobo!—se acordó Nilov; pero antes de que se le ocurriese pensar en la necesidad de huir hacia el molino, la pelota negra corría ya sobre el muelle, no directamente hacia él, sino en zigzag.

—Si huyo, me atacará de atrás—imaginó Nilov, sintiendo que el cuero cabelludo se le helaba—. ¡Dios mío! ¡Y no tengo siquiera el bastón!... Bueno; me quedaré quieto, ¡y lo destruiré!

Y Nilov empezó a seguir atentamente con la mirada los movimientos del lobo y la expresión de su rostro. «Seguiré de largo», pensó. Pero en este instante, el lobo, sin mirarlo y como contra su voluntad, lanzó un grito agudo y lastimero, volvió la cabeza hacia Nilov y se detuvo. Parecía reflexionar: «¿Lo ataco? ¿No le hago caso?»

Y Nilov pensó: «Pegarle una trompada en la cabeza... Aturdirlo...»

Estaba tan asustado, que no hubiera podido decir quién fue el que inició la lucha. Sólo sabía que llegó un momento



UNA F I R M A R U S A

HIDROFOBIA

Por ANTON CHEJOV

crítico, terrible, en que debió aunar todas sus fuerzas en la mano derecha y aferrar al lobo por el cuello. Entonces sucedió algo extraordinario, que resulta difícil de creer y que, al mismo Nilov le pareció un sueño. El lobo, aprisionado, gimí dolorosamente, y se debatió con tanta fuerza, que el pliegue de la piel, fría y mojada, empezó a deslizarse entre los dedos de Nilov. Tratando de libertarse, el lobo se paró sobre las patas traseras. Entonces Nilov, con la mano izquierda le asió la pata derecha, por la axila; retiró luego rápidamente de la nuca la mano derecha y, tomando también por la axila la pata izquierda del lobo, levantó a éste en el aire. Todo fué cuestión de un instante. Para que el lobo no le mordiese las manos ni moviera la cabeza, Nilov le hundió los pulgares en el cuello, junto a las clavículas, como espuelas. El lobo apoyaba sus patas delanteras en los hombros de Nilov; y, obtenido ese punto de apoyo, se debatía con una fuerza tremenda.

«La cosa se pone fea», pensaba Nilov, echando hacia atrás la cabeza todo lo que podía. «La baba del lobo ya me ha caído en los labios. Así que, de cualquier manera, estoy perdido, aun cuando, por un milagro, consiga desembarazarme de él.» Y gritó:

—¡Socorro! ¡Maksim! ¡Socorro!

Los dos—Nilov y el lobo—se miraban en los ojos, pues sus cabezas estaban al mismo nivel. El lobo hacía rechinar sus dientes, emitía sonidos agudos, salpicaba baba; sus patas posteriores, buscando apoyo, resbalaban contra las rodillas de Nilov. En los ojos le brillaba la luna; pero no había en ellos nada que se pareciese a la rabia: aquellos ojos lloraban, impresionando, como ojos humanos.

En el molino no oían. Nilov comprendía, instintivamente, que un grito demasiado fuerte podía aflojar la tensión de sus músculos; por eso no gritaba mucho.

«Retrocederé», se dijo. «Iré hasta la puerta, y gritaré allí.» Empezó a retroceder; pero había apenas hecho dos metros, cuando sintió que su brazo derecho se debilitaba e hinchaba. Luego, oyó su propio grito, un grito que desgarraba el alma; y sintió un agudo dolor en el brazo derecho y un calor húmedo que le chorreaba por todo el brazo y el pecho; oyó enseguida la voz de Maksim, y adivinó la expresión de terror en la cara del juez, que también acudía.

No abandonó a su enemigo sino cuando aquellos dos le abrieron los dedos a la fuerza y le demostraron que el lobo estaba muerto. Atontado por las fuertes sensaciones experimentadas, casi delirante, y sintiendo en sus flancos y en el interior de su bota derecha tibieza de sangre, regresó al molino.

El fuego, la presencia del samovar y de las botellas le hicieron volver en sí y le recordaron los terribles momentos que viviera poco antes y el peligro que ahora empezaba para él. Pálido, dilatadas las pupilas y dolorida la cabeza, se sentó y dejó caer los brazos, extenuado. El juez y Maksim lo desvistieron y se ocuparon de la herida, que resultó grave. El lobo le había desgarrado la piel del hombro y hasta los músculos.

—¿Por qué no lo arrojó al río?—repetía el pobre juez, preocupándose por contener la hemorragia—. ¿Por qué?

—No se me ocurrió. ¡Dios mío, no se me ocurrió!

El juez trató de animarlo y consolarlo; pero, después de

su descripción, con colores, de la hidrofobia, cualquier consuelo hubiera sido inoportuno; de ahí que prefiriera, por fin, callarse. Vendada la herida como se pudo, el juez mandó a Maksim a sus tierras, en busca de caballos; pero Nilov no se quedó esperando, y resolvió irse a su casa a pie.

A la mañana siguiente, a eso de las seis, pálido, despeinado, demacrado por el dolor y por la noche de insomnio, estaba ya de regreso en el molino.

—Abuelito —dijo a Maksim—, llévame a casa de Miron. ¡Pronto! ¡Vamos! Sube al coche.

Maksim—que también estaba pálido y no había cerrado los ojos en toda la noche—quedó confundido, miró a su alrededor dos o tres veces, y dijo en un bisiesto:

—No hace falta ir a ver a Miron, señor... Yo también sé curar.

—Bueno, ¡pero rápido, por favor!

Y Nilov, impaciente, pateó contra el suelo. El viejo le colocó, rígido, de cara a Oriente; murmuró algunas palabras y dióle a beber, en un cubilete, cierto líquido nauseabundo que tenía gusto a ajeno.

—Pero Stiopka se murió...—dijo Nilov—. Supongamos que la gente conozca el remedio; pero, entonces... ¿por qué se murió Stiopka? ¡Llévame igual donde Miron!

De la casa de Miron, en quien no tuvo fe, se dirigió al hospital para ver al doctor Ovchinnikov. Allí recibió píldoras de belladona y el consejo de meterse en cama. Cambió de caballos, y, sin reparar en el atroz dolor de su brazo, fué a la ciudad para ver a otros médicos.

Tres o cuatro días después, de noche, entraba corriendo en el consultorio de Ovchinnikov y se arrojaba sobre el diván.

—¡Doctor!—empezó, jadeando y enjugándose con la manga el sudor del pálido demacrado semblante—. ¡Gregorio Ivanich! ¡Haga de mí lo que quiera, pero yo no puedo seguir más así! Cúreme o envenéname, ¡pero no me deje así! ¡Por el amor de Dios! ¡Me vuelvo loco!

—Usted debe acostarse—dijo Ovchinnikov.

—¡Pero déjeme en paz con su cama! Yo le pregunto claramente, en idioma ruso: ¿Qué tengo que hacer? Usted es médico, y tiene la obligación de ayudarme. A cada rato me parece que me vuelvo rabioso. No duermo, no como; cuando quiero trabajar, las cosas se me caen de las manos. Mire; ¡llevo el revólver en el bolsillo! A cada rato lo saco con ganas de meterme una bala en la cabeza. ¡Vamos, Gregorio Ivanich: ocúpese de mí, por el amor de Dios! ¿Qué debo hacer? ¿No le parece bien que vaya a casa de algún profesor?

—Es lo mismo. Vaya, si quiere.

—Escuche... ¿Y si yo, por ejemplo, abro un concurso prometiendo dar cincuenta mil rublos a la persona que me cure? ¿Qué opina, eh? Pero... mientras lo imprimen, mientras lo... ¡tengo tiempo para volverme rabioso diez veces! ¡Y estoy dispuesto a regalar toda mi fortuna! ¡Cúreme, y le daré cincuenta mil rublos! ¡Ocúpese de mí, por el amor de Dios! ¡No comprendo esta indiferencia, que me subleva! Mire, doctor: ¡yo envidio ahora hasta a las moscas!... ¡Qué desdichado soy! ¡Qué desdichada es mi familia!

Un estremecimiento le sacudió los hombros. Y Nilov se echó a llorar.

—Escuche—empezó a consolarlo Ovchinnikov—. No comprendo a qué viene esa excitación. ¿Por qué llora? ¿Por qué exagera tanto el peligro? Entiéndalo bien: usted tiene muchas más probabilidades de no enfermarse que de enfermarse. En primer lugar, de cien personas mordidas, sólo treinta se enferman. Además—y esto es muy importante—, el lobo le mordió a través de las ropas; así que el veneno se quedó en las ropas. Y aun cuando hubiese penetrado en la herida, el veneno tiene que haber salido con la sangre, ya que usted sufrió una fuerte hemorragia. En lo que respecta a la hidrofobia, yo estoy tranquilo; y si algo me inquieta, es la herida. Con tanto descuido, puede sobrevenir una erisipela o cualquier otra cosa semejante.

—¿Usted cree eso? ¿Quiere consolarme o habla en serio?

—Palabra de honor: hablo en serio. Mire. Tome... Lea.

Ovchinnikov tomó de un anaquel un libro y, pasando por alto los puntos impresionantes, empezó a leerle a Nilov el capítulo sobre hidrofobia.

—Así que... usted se inquieta inútilmente—dijo, cuando hubo terminado la lectura—. Agréguele a todo eso, que ni usted ni yo sabemos si el lobo estaba hidrófobo o sano.

—¡Ah... sí!—admitió Nilov, sonriendo—. Ahora empiezo a comprender. Esto es una pavada...

—Claro: una pavada.

—Bueno... Gracias, amigo—dijo Nilov, y se echó a reír, restregándose alegremente las manos—. Ahora, merced al talento de usted, estoy tranquilo... Estoy contento... Feliz. De veras. Hasta feliz, sí; ¡palabra de honor!

Nilov abrazó a Ovchinnikov y lo besó tres veces. Después fué presa de uno de esos arranques infantiles que caracterizan a los hombres bondadosos y físicamente fuertes. Tomó de sobre la mesa una herradura y trató de enderezarla; pero, debilitado por la alegría y por el dolor en el hombro, no lo consiguió; limitóse entonces a estrechar al médico con el brazo izquierdo, levantándolo enseguida y llevándolo al hombro desde el consultorio hasta el comedor. Por fin, salió de la casa de Ovchinnikov, alegre, dichoso; y hasta parecía que con él se alegraban las pequeñas lágrimas que resplandecían en la ancha y negra barba. Al bajar la escalera, empezó a reírse con una voz profunda, y sacudió la baranda con tal fuerza, que una pilastra, al desprenderse, hizo agitar el piso de la casa bajo los pies de Ovchinnikov.

—¿Qué gigante!—pensó el médico, mirando con ternura la poderosa espalda de Nilov—. ¡Qué hombre!

Acomodándose en el coche, Nilov empezó una vez más, y con lujo de detalles, a contar cómo había luchado en el muelle con el lobo.

—¡Había que ver!—concluyó, riendo alegremente—. ¡Me voy a acordar de esto hasta cuando sea viejo! ¡Dale, Trishka: látigo a los caballos!

MI PRIMO ALBERTO

Por ISIDORO NATANSON

—¡Diablos!—la exclamación de loco escapa espontánea de mis labios antes de que mi cerebro pueda detenerla y contemplo, contrariado, las redondas y brillantes manchas de barro que adornan mi flamante traje.

A mis pies, con el mismo aspecto inocente que presenta antes de pisarla, la baldosa falsa se disimula humildemente entre las demás, dispuesta a salpicar de nuevo a cualquier incauto, en general a los de traje obscuro y muy especialmente a los que, como yo, deben concurrir a algún sitio donde la corrección es indispensable.

—¡Diablos!—vuelvo a repetir, mientras trato de sacudir el barro que tenazmente se pega a mi traje.

Bien merecido lo tengo. Así no se me ocurrirá más caminar después de una lluvia y antes de una fiesta. Pero, a pesar de tenerlo merecido, me irrita; como lo irritaría a cualquiera. Pero no hay remedio, y sigo.

Al paso me sale un mendigo o alguien que pretende serlo. —¡Una limosna, caballero!—un halo de alcohol emana de él. Me repugna el olor y apuro el paso. Pero él no cede.

—¿Puede ayudarme en alguna cosita, caballero?

El caballero soy yo. Pero no me tocan sus palabras; demasiado despierto, demasiado rápido de palabra, y ese halo de alcohol, que dice que si le doy limosna se la doy al almacén y bar de la vuelta. El sigue.

—Gracias igual, caballero—dice, quemando su último cartucho, queriendo tocar mi amor propio.

Pero, con eso, sólo se ha dado el golpe de gracia; pronuncia palabras de profesional consumado. Yo, victorioso de esa lucha interna entre ayudar a un hombre y ser víctima de un engaño, sigo andando.

Las aceras mojadas reflejan los haces luminosos, los «autos» producen un ruido peculiar sobre la calle resbaladiza. Tengo que dar un salto para evitar un charco.

—Sólo 30 centavos el magnífico peine.

De nuevo se me ha acercado alguien; parece que hoy no llegaré tranquilo.

—Muy buen peine, primera calidad.

Estoy por sacarme el sombrero y mostrarle mi calva relumbrante, pero me contengo; creo que, cuanto menos palabras, mejor.

—Señor, cómpreme uno, quiero comer...

Su voz lastimera me conmueve; y después de todo, él no pide, trata de ganarlo, y voy a comprarle uno.

—Sea.

Y me detengo.

—¿Cómo no, señor, cómo no!—dice, y revuelve apresuradamente la caja donde tiene los peines—. El mejor, señor, especialmente para usted, y muchas gracias—continúa, alargando el peine.

Yo busco monedas en mi bolsillo y se las doy. El otro busca la vuelta apresuradamente.

—Déjelo no más, guárdelo—y lo miro para ver el efecto que le produce. Y quedo helado.

¡Ese rostro! Esa barba de dos semanas, esa boca desdénosa y rígida, esas arrugas como surcos, no pueden hacer olvidar una fisonomía tan familiar, o, mejor dicho, que fué tan familiar. También el otro me mira; lo veo abrir los ojos y retroceder. Algo debe pasar por su mente.

—¡Usted!—exclama con voz ronca.

Usted... ¿Qué raro suena esa palabra entre primos, y más entre nosotros, que habíamos sido como hermanos!

Usted... ¿Cómo extraño esa palabra en sus labios!

—¡Alberto, tú!—el otro baja la cabeza. El silencio se cierne sobre nosotros; aquí estamos yo, un elegante desocupado; él, un pobre andrajoso, en esta calle mojada, tan distintos y alejados los que un día fuimos hermanos.

Y como un relámpago veo ante mí mis primeros años. La muerte de mi madre, cuando yo la creía dormida y no entendía por qué los demás lloraban; el abrazo de mi padre cuando salió un día para no volver; recuerdo como ahora que veía en el diario un tren roto y la fotografía de mi padre y corría a mostrarla a todos «Mi papá salió en el diario»... y no entendía que era la última vez que salía ahí o en cualquier otro lado. La soledad que me embargó, mi tía, Alberto... ¡Alberto! Ese mismo que ahora se encontraba tembloroso y avergonzado ante mí había sido para mí el modelo de hombre. Aún veo el momento en que juntos dejamos el colegio; recuerdo la voz, sólo la voz del abogado que nos leyó el testamento de mi tía, y después nos separamos. Ambos ricos, ambos poderosos, ambos jóvenes.

—¡Tú, Alberto!...

—Sí, yo soy, aunque te extrañes—responde con amargura.

—Ya lo creo que me extraña. ¿Qué ha sido de ti todo este tiempo; qué te ha pasado?

—¿Qué me ha pasado..., qué me ha pasado?—murmura como para sí mismo.

Dos o tres gotas sobre mi sombrero indican que la lluvia empieza a caer, y también me vuelven a la realidad. Miro el reloj: ya es tarde.

—Mira, Alberto, dime dónde vives, que mañana voy a verte.

—Te vas a avergonzar.

—Estaré preparado; ¿dónde es?

Me da la dirección; es una calle del suburbio. Y de nuevo quedamos en silencio.

Un vocinazo nos sobresalta. Cerca de nosotros se ha detenido un coche. Son conocidos que van a la fiesta que yo.

—¡Eh! Carlos, ¿qué haces ahí? Vamos, que es tarde.

—Hasta mañana, Alberto—murmuro, y me dirijo al «auto».

—¿Desde cuándo te dedicas a la beneficencia?—me gritan desde el «auto».

Partimos. Y por el espejo retroscópico veo a Alberto perderse en la noche.

La lluvia cae con más fuerza.

Al día siguiente voy a ver a Alberto. Mi «auto» cruza con estrépito el arrabal, provoca la curiosidad general. Llegamos. Me bajo y llamo.

Puerta baja, pobre, de casas de vecindad. Siento el taconear de suecos y aparece, ocupando todo el umbral, una mujer de obesidad linfática y gestos duros. Detrás de ella asoman dos o tres cabezas despeinadas de comadres.

—¿Vive aquí Alberto?... Alberto Peryuan—. Me cuesta trabajo pronunciar mi apellido entre esta gentuza.

—¿Don Alberto? Si—y se queda callada.

—¿Está ahora?

—No está.

—¿Puedo esperarlo?

—Pase.

Parece que me trata deliberadamente con rudeza para demostrarme que no se va a suavizar ante el dinero; pero cuando me doy vuelta y entro, de reojo veo la mirada que le lanza al coche.

Patio largo, sucio, con dos filas de puertas a ambos lados, con un poco de presidio y otro poco de cuartel.

—Pieza 23, al fondo, de este lado—y me señala con la mano. No sabe decir: *a la derecha*.

Y a la pieza 23 voy yo. Golpeo; no responden. Vuelvo a golpear; y nada. Empujo el picaporte y cede; entro. Una cama vieja y un ropero antiguo con flores y guiraldas talladas en madera; dos sillas desvencijadas y nada más. ¡Ah!, dos clavos en las paredes desempeñando el oficio de perchas; de uno de ellos cuelga una vieja americana; quizás restos de los buenos tiempos.

Me siento y espero. Afuera los chicos corren y gritan. Me distraigo viéndolos.

Al fin llega Alberto. A la luz del día aparece más pálido y avejentado. Viene pensando quién sabe en qué. Parece que se olvidó de nuestro encuentro.

—¡Oh! ¿Has venido?—exclama asombrado cuando me ve.

—¿No te dije?

—Sí, pero me pareció una mentira piadosa. ¡He oído tantas cosas! Ya ves cómo me han dejado.

—¿Cómo has venido a parar acá?

—¿Cómo he venido a parar acá? Casi yo mismo no sé. Sabes que trabajar nunca necesité y mis deseos eran todos satisfechos. Todos. Pero cuando Alicia se fué...—y crispas los puños—no sé lo que pasó. Me sentí inquieto, algo... algo me faltaba, y bebía y jugaba sin ver nada, sin saber nada, y esos ladrones de frac, ¡amigos!, me robaron todo. Y ahora —abre los brazos—¡soy un fracasado!

Yo lo miro y no sé por qué recuerdo ese día que, en el colegio, me golpeó un grandullón y yo me eché a llorar. Cuando Alberto me vió, me llevó aparte: «Se pelea y no se llora, cobarde», me dijo. Y ahora han cambiado los papeles.

El sigue jugueteando nerviosamente con los peines.

—Bueno, Alberto, te imaginarás que no he venido aquí sólo de visita. Quiero que vengas conmigo y vuelvas a la gente.

El me mira asombrado y habla con amargura.

—¡Gente!—parece que le brotara el odio desde muy hondo—. ¡Gente!

—Vendrás a casa, Alberto.

—¡No!...

La voluntad del Alberto que yo conocía sale de la palabra. Algo queda de antes.

—¿Por qué no?

—Porque no. Porque el dinero lo quiero conseguir yo solo. Solo, ¿comprendes? Ya he tenido otro que no gané, y no podría vivir ahora sabiendo que vivo del tuyo. ¡Y pensar que estaba igual que vos...! Mira, Carlos. Hazme el favor: vete. No haces más que traerme malos recuerdos. Te agradezco todo, pero vete.

Me levanto y me toca hondo la voluntad de este hombre.

—Adiós, Alberto...

—Adiós.

Me voy. Las comadres comentan animadamente.

—Uno con «auto» al lado de don Alberto; ¿qué raro, no? Cuando salgo del «conventillo», siento una opresión. La opulencia me hace olvidar a veces la vida. No veo más que mi bienestar. Pero casos como éstos vuelven a la realidad, y por mucho tiempo. Pero Alberto no quedará así. Trataré de ayudarlo en lo que pueda. Una cantidad de dinero, que a mí no me afecta, puede hacerle bien y ayudarlo a subir. Y le escribo: «Querido Alberto: Para que te sirva como el primer peldaño, ahí va el cheque. Carlos.»

Y de vuelta recibo: «Querido Carlos: Te agradezco. Ahora empiezo una nueva vida. Seré hombre de bien, pero te juro que me vengaré de todos los que me han hundido y les sacaré, gota por gota, toda la sangre que me han sacado. Alberto.»

Cuando termino de leer la carta, la leo de nuevo por tercera vez. Y sólo entonces me pongo a pensar qué he hecho. ¿Lo habré salvado de la miseria? ¿Lo he hecho hombre de bien, o lo he hundido inconscientemente en el crimen? Y cuanto más pienso, más me enredo.

Salgo para despejarme, pero no me despejo.

Dos días después, en un auto que cruza la noche con un cargamento de borrachos, me parece ver el rostro de Alberto. No transcurre mucho, y me parece volverlo a ver en la ventana de un chalet suburbano. Pero no he logrado saber nada de él, por más que he preguntado y averiguado. No sé si el del auto era él, como tampoco sé si lo era el de la ventana. Y el dilema subsiste, y está y vive.

—¡Oh! Dios mío... ¿He salvado o he hundido a mi primo?



El nuevo embajador de Méjico a su llegada a Madrid

Méjico nos envía su nuevo embajador

Una especial significación ha tenido siempre para nosotros la Embajada de Méjico. Y es que, de las Repúblicas americanas salidas de nuestro seno, pocas como la de Méjico han estado más espiritualmente identificadas con España. Ya sabemos que esto podrá sonar a audacia a quienes recuerden el áspero sentimiento de rebeldía de los mejicanos, lo violento de su nacionalismo y, de consiguiente, el desprecio por lo que no sea auténticamente territorial. De este sentimiento negativo no han escapado, naturalmente, los «gachupines». Pero todas estas circunstancias no son más que la exteriorización, un poco ruda, como la tierra en que se fermenta, de un anhelo de encontrar en sí mismos un sentido nacional: es el deseo fervoroso e impaciente de hallar la ruta de su futuro, revolviéndose contra todos aquellos factores en los que, equivocadamente o no, creen encontrar un lastre para su libre vuelo.

¿Pero, acaso, no son esas características también un poco las nuestras? También nosotros, en los orígenes de nuestra nacionalidad, debimos mantener una lucha enconada y cruel contra factores que, luego de asimilados, fueron los depositarios más fieles de nuestra tradición y de nuestro sentido étnico, moral e histórico.

El nuevo embajador acreditado ante nuestro Gobierno, cuyas credenciales serán presentadas dentro de breves días al presidente de la República, es el Sr. Manuel Pérez Treviño, una de las figuras más conspicuas del partido revolucionario mejicano, que es el que gobierna la nación amiga desde hace ya varios años. De acuerdo con la sana tradición mejicana de seleccionar el personal diplomático y consular, el nombramiento ha recaído también esta vez en una figura de relieve intelectual.

Palabras del presidente de Méjico.

Creemos oportuno el momento para reproducir las siguientes palabras, pronunciadas por el presidente de la República de Méjico al prestar juramento al pueblo, y que se relacionan con la política exterior:

Con respecto a nuestras relaciones exteriores, Méjico seguirá conservando su política de cordialidad y buen entendimiento, ajustándose, como hasta ahora, a mantenerse dentro de los estrictos cánones que marca el Derecho Internacional, estrechando los fuertes lazos de amistad que le unen con las demás naciones del mundo.

Tanto más cuanto que el más caro deseo que podemos abrigar está en que se nos comprenda en nuestra calidad de pueblo joven, que propugna por concluir con la supervivencia de un régimen de explotación, y que está fincando los basamentos de una sociología más justa y más humana, en donde se remedien las miserias de nuestras clases laborantes, y muy especialmente de las clases indígenas.

Comprendo, como dije al principio de mi campaña política, que sólo una consciente estimación de los grandes problemas nacionales del pueblo y una íntima unión del gobernante de la nación pueden constituir el secreto del éxito, y deseo declarar en estos momentos que, para conservar el contacto con los ciudadanos, el lazo de unión y la fuerza de opinión que me permita conducir al país por un sendero de adelanto y tranquilidad, estableceré una hora fija diariamente para que, mediante el radio de un hilo telegráfico directo de las dependencias presidenciales, me dirijan los ciudadanos o las agrupaciones sus quejas, sus necesidades, sus conflictos, y así poder concurrir en su auxilio, solidarizándome con su situación.

"ESPAÑOLADE"

Gran baile de máscaras,
que celebrará la "Unión
de Dibujantes españoles"

el día 6 de marzo. ==

(U. D. E. Carrera de San Jerónimo, 5)

Ayuntamiento de Madrid

TURISMO

PRIMAVERA EN ANDALUCIA

FOTOGRAFÍAS DEL P. N. T.

De Despeñaperros para abajo, las ocho hermanas españolas del Mediodía peninsular se preparan alborozadamente para recibir la primavera. Las rutas del turismo, amplias y cordiales para todas las nobles exploraciones del viajero, bloquean al sol andaluz sus itinerarios y se disponen para la ilustre misión de cultura y de belleza que encauzan a lo largo de su recorrido.



Sevilla.—Vista panorámica.

El mapa andaluz ha tenido siempre una fácil proyección espiritual para los felices perseguidores de emociones estéticas. En su breve geografía encierra este viejo recinto meridional de España, una enorme vena caudalosa de inimitable contenido histórico y típico; de un tipismo peculiar único en el mundo y ajeno por completo a ese pervertido concepto que se le suele dar fuera de nuestra tierra. La Andalucía española es algo diverso y enorme, imposible de sujetar en un relato oficioso cualquiera, ni de caber en el breve espacio de un comentario.



Sevilla.—Palacio de San Telmo.



Málaga.—Vista general.

Hay que rodar por ella, hay que pasearle los caminos encendidos por el sol más propicio del mundo, para que le entren al viajero por los ojos y por todas sus ávidas potencias de percepción, toda la luminosidad colorida, toda la tibieza perfumada de su ambiente y de su paisaje, y todo el insigne contenido monumental que guarda con celo secular.

Encierra el campo andaluz en sus escasos límites, como una muestra sabrosa y única de toda una perspectiva mundial, los caracteres geográficos más dispares. Desde la blanca cima del Mulhacem, cumbre máxima de la Penibérica—ese escalón orográfico me-



Sevilla.—Jardines del Alcázar.

ridional de España—hasta la vega de Motril, en la costa mediterránea de Granada, se suceden en vertiginoso descenso todos los climas del globo. Desde el líquen de la tundra y las coníferas de la estepa, hasta el naranjo y el plátano de la Alpujarra en la tibia vega granadina, la flora andaluza es un admirable compendio de matices. Y el llano de Andalucía, regado por el agua pródiga de las sierras y manchado irregularmente por

el blanco encalado de infinitos pueblos de maravilla, es otro vivero hirviente de emociones.

Adornan esta página unas fotografías sugeridoras de toda la enorme belleza y del prestigio ornamental



Ronda.—El Puente Nuevo.

de nuestra Bética. Al lado del tajo de Ronda, prodigado ya gráficamente en todo el ámbito turístico del mundo, pero no por eso menos virginal y admirable, la blancura perpetua de Sevilla al sol, a ese sol meridional que baña con una contumacia inigualada las ilustres y limpias paredes de nuestra capital del Sur. La portalada barroca de San Telmo, punto de partida de la edificación colonial hispanoamericana de su tipo. (El sentido barroco suramericano, particularmente el de Perú y Colombia, donde aún se veneran edificios de esta raza arquitectónica, estupendo en solemnidad andaluza.) Los jardines del Alcázar sevillano, maravilla que se nos quedó en España, con toda su recóndita pureza, cuando se fueron los árabes. La perspectiva de Málaga, desde Gibralfaro; el puerto mediterráneo de clima más suave del mundo...

Andalucía toda prepara su gran feria anual de primavera. Pronto caerán sobre ella, desde las fronteras más insospechadas y distantes, toda esa nube de gentes ansiosas de luz y de paisaje, "baedeker" en mano y "kodak" en bandolera.



Por sobre los techos de un hotel del siglo XVIII, la torre y la flecha de Notre-Dame...

El relato que propongo hacer aquí pertenece a ese género en el que Edgar Poe fué maestro y al cual se ha dado en llamar "historias extraordinarias". Baudelaire, amigo de lo raro y de lo extraño, nos ha restituido la atmósfera de ellas, la que no es perceptible sino para aquellos cuya sensibilidad, más allá de "las" realidades mismas del misterio, presenta "su" realidad profunda, lo que, en términos de ocultismo, podría llamarse su "aura". Pues hay grados diversos en el misterio. En el primer estado, nuestro espíritu crítico llega a introducir algo parecido a la lógica, lo justo como para dejar en paz a las conciencias tranquilas. Pero hay un segundo estado, en que el secreto no es ni puede ser percibido. El misterio entonces reside menos en los hechos y en su disposición desconcertante que en las atmósferas—el aura—que los envuelve. Hay instantes en que la sola perspectiva de los focos a lo largo de una avenida nocturna basta para causar un vértigo en el espíritu. Hay rostros de mujeres que, en una multitud, pasan y desaparecen y en un segundo nos impresionan en lo más íntimo. Hay segundos que parecen como suspendidos e irremplazables, en los que el simple transcurso del tiempo nos llena de una angustia que nada nos permite vencer. El verdadero misterio es aquel que no dilucida nada, es aquel que, por ser siempre rebeide a las deducciones, no deja en nuestro espíritu sino un deseo irritante de descubrir algo y la incertidumbre de nuestra ignorancia. Pero ninguna aventura me ha parecido tan absurda y llena de sentido a la vez como la que voy a referir aquí, después de muchos años de ocurrida. Y no lo hubiese hecho, sin duda, a no ser por la insistencia de mi amigo C..., a quien apasionan estas cuestiones. ¿Por qué? Es necesario que confiese todo, desde luego: porque yo no me he sentido herido por la pena que he experimentado con ella y que, antes de impedirme evocar su recuerdo, me estimula a hacerlo.

Yo expondré, pues, con la mayor exactitud posible, todos los detalles de que se compone esta historia. Si alguien puede darme una explicación plausible de ellos, yo me sentiré lleno de reconocimiento. Por mi parte, yo no la he hallado y permanezco aún con ese deseo.

La casa que yo habito está situada casi a la entrada de la calle de Pontoise, a la izquierda, un poco hacia atrás viniendo del puente. Por sobre los techos de un hotel del siglo XVIII, la torre y la flecha de Notre-Dame dibujan el fondo del cuadro más admirable que pueda soñarse. Hablo de esto como pintor. Pero esto no tiene más objeto que el de precisar un punto de mi relato. Saliendo de mi casa, llego todos los días al puente de la Tournelle. Atravieso la calzada, que es estrecha. Sobre el parapeto del puente empiezan a alinearse los primeros puestos de los chamarreros de libros y otros objetos. Entre un vendedora de música y un hombre viejo, cuya mercadería no era sino una mezcla absurda de objetos en desorden, yo había visto siempre una caja cerrada. Yo conocía bien por fuera aquella caja: sólida, robusta, forrada de cuero. Pero nunca había visto su interior.

Pues bien: hace de esto una media docena de años, una ma-

ñana de octubre había salido yo temprano conduciendo debajo del brazo una tela terminada, que llevaba a un mercader de la calle La Boétie, cuando observé a lo largo del puente un detalle muy sorprendente. Hacía frío; el viento del Oeste soplabla húmedo. Todos los puestos estaban aún cerrados; uno sólo estaba abierto, y cerca de él había un hombre desconocido. Un hombrecillo que llevaba un gran sombrero de paño peludo, que debió de haberle costado muy caro cuando lo compró, hacía sin duda muchos años, puesto que ahora no tenía ni forma ni color. Una gran bufanda de lana tejida le cubría la parte baja de la cara. Erguido sobre las puntas de los pies, arreglaba, en su caja, objetos que yo no distinguía.

Sorprendido de encontrar allí a aquella persona desconocida, aminoré el paso; el mercader se dió vuelta, me miró y me hizo una especie de saludo discreto. Tenía los ojos pitafiosos, muy colorados y como llenos de lágrimas. Me miró fijamente durante un instante, después me dirigió un segundo saludo y se hizo a un lado para, si yo lo deseaba, dejarme revolver en su caja. Yo dirigí una mirada a la izquierda y otra a la derecha e hice memoria. Aquella era, ciertamente, la caja que yo había visto siempre cerrada.

Me incliné y miré. Lo que vi me sorprendió más de lo que podría expresar. No había dentro más que pequeños cuadros, de una antigüedad que yo podría establecer, bastante cubiertos de polvo y llenos de grasa. El más grande no llegaba tal vez a las dimensiones de una tela común; los más pequeños podrían tener quince centímetros por veinte. Pero, cosa sorprendente, todos representaban rostros. Los había de hombres y mujeres, de jóvenes y de viejos. Algunos, bajo la grasa de la pintura, reían todavía a la vida, y otros tenían la expresión de esos retratos de muertos que se ven en los museos. Esta acumulación era ya, de por sí, angustiosa. Pero lo que más me asombró fué el comprobar que todos aquellos cuadros tenían cierta semejanza, como si todos ellos hubiesen sido ejecutados por el mismo pincel, lo que, sin embargo, era improbable.

Si se me obligara a caracterizar el aspecto de aquellos cuadros—que no carecían de mérito—, yo diría que reflejaban, para nuestra época, lo que fué la modalidad de Lucas Cranach. Bajo la realidad precisa del retrato, se distinguía el rasgo de una realidad, en cierto modo secundaria, pero también más verídica. Si se recuerda lo que Cranach ha expresado de bestial, de supremamente revelador en sus retratos de Federico de Sajonia y del doctor Schewing, se comprenderá lo que yo quiero dar a entender. Van Gogh habla en una de sus cartas de "aquella categoría especial en que el retrato de un ser hu-

EL MERCADER DE ROSTROS

FOR

DANIEL ROPS

DIBUJOS DE GORI MUÑOZ

mano se transforma en un yo no sé qué de luminoso y de consolador"; pero hay también una categoría en que el parecido, iluminado por una llama sombría y atroz, expresa los secretos más funestos del corazón humano. Todos los retratos contenidos en la caja confesaban sus pecados. Y era eso lo que me asombraba.

¿Quién era el pintor desconocido que había acumulado todas aquellas obras? No podía decirse exactamente que su pintura fuese correcta: el dibujo era a menudo torpe, y el color, en la medida en que el polvo me permitía juzgarlo, era chillón. Pero aquí no se trataba de técnica.

—¿De dónde diablos ha sacado usted todo esto?—le pregunté al viejo.

Y cuando yo me di vuelta para dirigirle la palabra, me di cuenta que hizo un movimiento rápido para bajar los ojos al suelo, lo que me reveló que me había estado mirando sin interrupción mientras yo revolvía en su caja.

—Un poco de todas partes, mi buen señor—me respondió—. Los he adquirido algunos en París y otros durante mis jiras por las provincias.

—¿Cómo! ¿No son todos del mismo autor?

Me dirigí una mirada rápida, que duró lo suficiente como para que yo pudiera ver sus pupilas, de un azul penetrante, inyectadas en lágrimas alcohólicas.

—¿Del mismo autor?...—preguntó, a su vez, con asombro—. ¿Por qué? ¿Por qué han de ser del mismo autor?

Y como yo no dijera nada, continuó, bastante sorprendido:

—Veo que el señor es pintor. Si mi colección le interesa, tengo otras muchas.

Hurgó en su bolsillo, sacó un envoltorio de tela encerada, que él desenvolvió. De entre ellas, eligió una tarjeta, que me ofreció.

Yo leí: "Silvio Petrus.—26, calle Chanoinesse."

El patio de la calle Chanoinesse, número 26, no es más que una triste callejuela, sobre la cual dan los negocios de los cardadores. El suelo, hacia el fondo, está embaldosado de losa sepulcral antigua, donde se leen todavía jirones de inscripciones.

Eran las tres de la tarde, más o menos, cuando llegué allí, aquel mismo día. No había logrado reprimir mi curiosidad. Ha-



Penetré hasta el fondo del patio sin observar ningún indicio.

En el relato que propongo hacer aquí pertenece a ese género en el que Edgar Poe fué maestro y al cual se ha dado en llamar "historias extraordinarias". Baudelaire, amigo de lo raro y de lo extraño, nos ha restituido la atmósfera de ellas, la que no es perceptible sino para aquellos cuya sensibilidad, más allá de "las" realidades mismas del misterio, presenta "su" realidad profunda, lo que, en términos de ocultismo, podría llamarse su "aura". Pues hay grados diversos en el misterio. En el primer estado, nuestro espíritu crítico llega a introducir algo parecido a la lógica, lo justo como para dejar en paz a las conciencias tranquilas. Pero hay un segundo estado, en que el secreto no es ni puede ser percibido. El misterio entonces reside menos en los hechos y en su disposición desconcertante que en las atmósferas—el aura—que los envuelve. Hay instantes en que la sola perspectiva de los focos a lo largo de una avenida nocturna basta para causar un vértigo en el espíritu. Hay rostros de mujeres que, en una multitud, pasan y desaparecen y en un segundo nos impresionan en lo más íntimo. Hay segundos que parecen como suspendidos e irremplazables, en los que el simple transcurso del tiempo nos llena de una angustia que nada nos permite vencer. El verdadero misterio es aquel que no dilucida nada, es aquel que, por ser siempre rebeide a las deducciones, no deja en nuestro espíritu sino un deseo irritante de descubrir algo y la incertidumbre de nuestra ignorancia. Pero ninguna aventura me ha parecido tan absurda y llena de sentido a la vez como la que voy a referir aquí, después de muchos años de ocurrida. Y no lo hubiese hecho, sin duda, a no ser por la insistencia de mi amigo C..., a quien apasionan estas cuestiones. ¿Por qué? Es necesario que confiese todo, desde luego: porque yo no me he sentido herido por la pena que he experimentado con ella y que, antes de impedirme evocar su recuerdo, me estimula a hacerlo.

Yo expondré, pues, con la mayor exactitud posible, todos los detalles de que se compone esta historia. Si alguien puede darme una explicación plausible de ellos, yo me sentiré lleno de reconocimiento. Por mi parte, yo no la he hallado y permanezco aún con ese deseo.

La casa que yo habito está situada casi a la entrada de la calle de Pontoise, a la izquierda, un poco hacia atrás viniendo del puente. Por sobre los techos de un hotel del siglo XVIII, la torre y la flecha de Notre-Dame dibujan el fondo del cuadro más admirable que pueda soñarse. Hablo de esto como pintor. Pero esto no tiene más objeto que el de precisar un punto de mi relato. Saliendo de mi casa, llego todos los días al puente de la Tournelle. Atravieso la calzada, que es estrecha. Sobre el parapeto del puente empiezan a alinearse los primeros puestos de los chamarreros de libros y otros objetos. Entre un vendedora de música y un hombre viejo, cuya mercadería no era sino una mezcla absurda de objetos en desorden, yo había visto siempre una caja cerrada. Yo conocía bien por fuera aquella caja: sólida, robusta, forrada de cuero. Pero nunca había visto su interior.

Pues bien: hace de esto una media docena de años, una ma-

ñana de octubre había salido yo temprano conduciendo debajo del brazo una tela terminada, que llevaba a un mercader de la calle La Boétie, cuando observé a lo largo del puente un detalle muy sorprendente. Hacía frío; el viento del Oeste soplabla húmedo. Todos los puestos estaban aún cerrados; uno sólo estaba abierto, y cerca de él había un hombre desconocido. Un hombrecillo que llevaba un gran sombrero de paño peludo, que debió de haberle costado muy caro cuando lo compró, hacía sin duda muchos años, puesto que ahora no tenía ni forma ni color. Una gran bufanda de lana tejida le cubría la parte baja de la cara. Erguido sobre las puntas de los pies, arreglaba, en su caja, objetos que yo no distinguía.

Sorprendido de encontrar allí a aquella persona desconocida, aminoré el paso; el mercader se dió vuelta, me miró y me hizo una especie de saludo discreto. Tenía los ojos pitafiosos, muy colorados y como llenos de lágrimas. Me miró fijamente durante un instante, después me dirigió un segundo saludo y se hizo a un lado para, si yo lo deseaba, dejarme revolver en su caja. Yo dirigí una mirada a la izquierda y otra a la derecha e hice memoria. Aquella era, ciertamente, la caja que yo había visto siempre cerrada.

Me incliné y miré. Lo que vi me sorprendió más de lo que podría expresar. No había dentro más que pequeños cuadros, de una antigüedad que yo podría establecer, bastante cubiertos de polvo y llenos de grasa. El más grande no llegaba tal vez a las dimensiones de una tela común; los más pequeños podrían tener quince centímetros por veinte. Pero, cosa sorprendente, todos representaban rostros. Los había de hombres y mujeres, de jóvenes y de viejos. Algunos, bajo la grasa de la pintura, reían todavía a la vida, y otros tenían la expresión de esos retratos de muertos que se ven en los museos. Esta acumulación era ya, de por sí, angustiosa. Pero lo que más me asombró fué el comprobar que todos aquellos cuadros tenían cierta semejanza, como si todos ellos hubiesen sido ejecutados por el mismo pincel, lo que, sin embargo, era improbable.

Si se me obligara a caracterizar el aspecto de aquellos cuadros—que no carecían de mérito—, yo diría que reflejaban, para nuestra época, lo que fué la modalidad de Lucas Cranach. Bajo la realidad precisa del retrato, se distinguía el rasgo de una realidad, en cierto modo secundaria, pero también más verídica. Si se recuerda lo que Cranach ha expresado de bestial, de supremamente revelador en sus retratos de Federico de Sajonia y del doctor Schewing, se comprenderá lo que yo quiero dar a entender. Van Gogh habla en una de sus cartas de "aquella categoría especial en que el retrato de un ser hu-

mano se transforma en un yo no sé qué de luminoso y de consolador"; pero hay también una categoría en que el parecido, iluminado por una llama sombría y atroz, expresa los secretos más funestos del corazón humano. Todos los retratos contenidos en la caja confesaban sus pecados. Y era eso lo que me asombraba.

¿Quién era el pintor desconocido que había acumulado todas aquellas obras? No podía decirse exactamente que su pintura fuese correcta: el dibujo era a menudo torpe, y el color, en la medida en que el polvo me permitía juzgarlo, era chillón. Pero aquí no se trataba de técnica.

—¿De dónde diablos ha sacado usted todo esto?—le pregunté al viejo.

Y cuando yo me di vuelta para dirigirle la palabra, me di cuenta que hizo un movimiento rápido para bajar los ojos al suelo, lo que me reveló que me había estado mirando sin interrupción mientras yo revolvía en su caja.

—Un poco de todas partes, mi buen señor—me respondió—. Los he adquirido algunos en París y otros durante mis jiras por las provincias.

—¿Cómo! ¿No son todos del mismo autor?

Me dirigí una mirada rápida, que duró lo suficiente como para que yo pudiera ver sus pupilas, de un azul penetrante, inyectadas en lágrimas alcohólicas.

—¿Del mismo autor?...—preguntó, a su vez, con asombro—. ¿Por qué? ¿Por qué han de ser del mismo autor?

Y como yo no dijera nada, continuó, bastante sorprendido:

—Veo que el señor es pintor. Si mi colección le interesa, tengo otras muchas.

Hurgó en su bolsillo, sacó un envoltorio de tela encerada, que él desenvolvió. De entre ellas, eligió una tarjeta, que me ofreció.

Yo leí: "Silvio Petrus.—26, calle Chanoinesse."

El patio de la calle Chanoinesse, número 26, no es más que una triste callejuela, sobre la cual dan los negocios de los cardadores. El suelo, hacia el fondo, está embaldosado de losa sepulcral antigua, donde se leen todavía jirones de inscripciones.

Eran las tres de la tarde, más o menos, cuando llegué allí, aquel mismo día. No había logrado reprimir mi curiosidad. Ha-



Yo tomé un retrato, lo examiné largamente: era el de un joven de frente baja y de mirada maligna.



Un hombrecillo que llevaba un gran sombrero de paño peludo...

ción de que estaba siendo su juguete, y, sin embargo, lo que veía ejercía sobre mí la más singular fascinación. No podía sustraerme a aquella sucesión de retratos, de miradas que se posaban sobre mí, que buscaban la mía. Por fin, no pudiendo contenerme más, le dije:

—Explíqueme, pues...

Luego, teniendo la incertidumbre inexplicable, pero asombrosa, de que mi pregunta (admitiendo que yo había podido formularla) no tendría respuesta, me interrumpí, y con una voz más clara:

—¿A cuánto los vende?—le pregunté.

—No sé—me respondió la voz blanca y quebrada—. Esto no tiene precio, ¿no es verdad?

En este momento sacó del fondo del cofre un nuevo retrato, ennegrecido, ahumado, y me lo alcanzó sin decir nada. Durante un instante lo tuve delante de mí, examinándolo sin verlo bien. Me percaté de que mis manos temblaban. Y enseguida vi que, sin levantarse, el viejo había dirigido hacia mí sus pupilas claras, por sobre su hombro, medio dado vuelta.

—Cincuenta francos—le dije, con una voz febril.

Guardó mi billete sin darme las gracias, y en el momento en que, sin demorarme demasiado, me dirigía hacia la puerta:

—¿No es verdad—me dijo—que esto no tiene precio?

Me detuve para no entrar corriendo en mi casa. Tenía prisa por examinar el retrato que el viejo me había puesto en las manos. Lo que había visto había sido suficiente para hacerme temblar de curiosidad y de turbación.

El retrato estaba pintado sobre un tablero de madera, formado por diversas láminas encoladas (se las distinguía de través), y la madera parecía vieja, como frotada por innumerables manos. Cuanto más miraba yo aquel retrato, más evidente aparecía la semejanza que me había sorprendido tanto.

He aquí lo que, en cierto modo, me había inducido a adquirir aquel retrato: yo me había reconocido en él. Maquinalmente, me miré en un espejo. Luego coloqué al lado de mi rostro el retrato y examiné uno y otro en el espejo. El resultado de la comparación no dejaba lugar a dudas. Era yo. Y, sin embargo, no era yo. Había en la expresión de los ojos y de la boca algo que yo no quería reconocer para mí. Para ser franco, algo de lo que yo sentía horror. Descubrí en aquel retrato una imagen mía que denunciaba realidades escondidas, una imagen que confesaba.

Y, además, tenía otra cosa: el retrato era el de un hombre bastante barbudo. Hoy yo estoy rasurado. Pero en algún tiempo yo llevé barba. Este detalle parece absurdo; me explicaré. Me dejé crecer la barba en una época de mi vida de la que me acuerdo con desagrado. Era un momento en que, incapaz de dominarme a mí mismo y a mi oficio, oscilaba, flotaba al impulso de solicitudes contrarias. Era también en el tiempo en que vivía con Cristina: malgrado su nombre, era una judía desconcertante, egoísta, cuyo solo contacto fué suficiente para que yo me hundiera en la contradicción interior y en el disgusto de mí mismo. Los dos años que pasé con ella permanecen en mi memoria como una de esas zonas opacas sobre las cuales, para lo sucesivo, no se experimenta sino el arrojar el manto del olvido.

Fué en esa época que yo llevé la barba y Cristina decía que me amaba más. La misma noche en que nos separamos, después de una escena violenta, me trasladé a la casa de un peluquero desconocido, en la calle de Rivoli, y me hice cortar la barba.

Delante de aquel retrato me parecía como si estuviera delante de una vida anterior a mí mismo, en un momento de mi personalidad fijada para la eternidad. Razoné. No era posible que aquel cuadro me representara realmente a mí. ¿Cómo podría ser eso? No conozco ningún retrato mío fuera del que yo mismo me acabo de hacer delante de un espejo, a título de estudio. ¿Alguno de mis compañeros había hecho aquel diseño de memoria, a pesar mío? Estudié atentamente la obra después de haber limpiado la superficie bituminosa. Desde luego, el cuadro parecía mucho más viejo: a primera vista, de hacia 1906, tal vez antes. En cuanto a la técnica, era rigurosamente la misma de todos los retratos de que estaban llenos el puesto de la calle Chanoinesse y el puesto del puente: torpe, inhábil y, sin embargo, de una gran fuerza de evocación.

A partir del momento en que estuve en posesión del retrato, en mi vida se operó algo muy difícil de definir, pero muy neto. No me había atrevido a colocar el retrato en mi estudio. Temía que alguno de mis compañeros lo viera y me preguntara algo. Había desocupado uno de los cajones de mi escritorio y lo había colocado en él. Me bastaba entreabrirlo para contemplar aquella fascinante imagen. Ni a mi mujer se lo mostré nunca.

Pero lo que hubo de más grave—y de lo que me di cuenta muy pronto—fué que aquel retrato, al cabo de poco tiempo, influyó sobre mí. Es casi imposible seguir al detalle la evolución que se produjo en mí. ¿Cómo decir? Yo añadí al mío otro ser, el ser del retrato. Y sí, como me ocurría pensarlo, el retrato me representaba a mí, sino a otro hombre que tenía respecto a mí la semejanza más fortuita, yo sabía demasiado lo que ese hombre hubiera podido ser con sólo examinarle su mirada y el pliegue de sus labios.

Algo resurgía en mi consciencia que yo creía haber desalojado para siempre. Y con él, volvían aquellas dudas, aquellas aspiraciones negativas, todo aquel inquieto frenesí, del cual yo había sido casi la víctima y en el que mi arte pareció ensombrecerse. Si en este momento yo volviese a encontrar a Cristina, ¿qué habría hecho?

Quise llevar la experiencia al extremo. Me dejé crecer la barba, a pesar de las tiernas chanzas de Jacqueline. Y cuanto más mi rostro se cubría de pelos, más me parecía al retrato, más me parecía al hombre que yo había sido antes. Y comprobé esta evolución con un terror que no me atreví a confesarme. Llegó un día en que sentí que iba a perder el dominio de la presión interior de mí ser. Por un motivo fútil, entre mi mujer y yo estalló una escena cuya violencia, tan odiosa como absurda, me recordó aquellas de que se compuso mi vida con Cristina. Y cuando volví a encontrarme solo, experimenté tal confusión, tal terror a parecerme de nuevo a aquel que yo había sido antes, a aquel a quien yo no quería parecerme, que me precipité afuera y me fui en busca del mercader.

“Silvio Petrus, latino de cocina, latino macarrónico, porque-ría de viejo brujo repugnante...”

Corrí a la calle Chanoinesse. Me había olvidado del número. Entré en el patio de un hermoso hotel antiguo; no pude orien-



—¿Dónde ha adquirido ese cuadro? Hace ya bastante tiempo que lo ha hecho...

tarme y salí de nuevo. Di por fin con el pasadizo del viejo, que me recordaba, por su embalsado, las losas funerarias. La inscripción con tiza no estaba: ni siquiera había rastro de ella. En el hueco donde yo creía encontrar la puerta claveteada con el llamador de bronce había algunos toneles apiados hasta la altura de un hombre.

Volví a mi casa en un estado de gran exasperación. Abrí el cajón de escritorio y saqué el retrato; arrojé el cuadro al suelo y me fui corriendo al baño, donde me puse a preparar mi máquina automática de afeitar. Mis dedos estaban torpes y me corté en el pulgar. No importa. Doñosamente, difícilmente, caía la barba: mi piel iba quedando desnuda. Y a medida que esto iba ocurriendo, sentía una sensación de liberación indescriptible.

Cuando hube terminado, me precipité en mi estudio. Quería, una vez más, examinar aquella asombrosa semejanza. Ya he dicho que había arrojado el retrato al suelo. ¿Había caído sobre el canto mismo? El tablero se había abierto en dos, en el sentido de su espesor. Se veía el interior, la cara donde se le había aplicado la cola fuerte para unir una a otra las dos débiles láminas de madera. Examiné con atención: era evidente que aquellas maderas no eran tan viejas, que en todo caso no tendrían más de treinta años. Algunos fragmentos de cola quedaban aún adheridos, y yo los hice saltar con la uña. Al hacer este ademán, descubrí un pequeño espacio, donde me pareció distinguir una inscripción. Levanté el tablero hacia la luz. Era la impresión de uno de esos sellos de goma, de modelo corriente, como los que se emplean en los escritorios. Aun cuando la tinta, antigua, estaba debilitada, yo leí en caracteres de escritura gótica:

“PEDRO LAFOREST.—Antigüedades. Restauración de cuadros antiguos.—33, calle Fernel, Amiens.”

Me puse a reír. “Silvio Petrus. Pedro Laforest. El viejo bandido, el viejo brujo.”

Yo conocía apenas aquella ciudad grande y banal que es Amiens. Una sola vez había ido a ver la catedral y el pequeño Latour del museo. Pero desconocía aquel barrio de las orillas del Somme, el arrabal Saint-Leu de las calles estrechas, de los múltiples canales. Y experimenté placer al descubrir este barrio.

El hombre a quien buscaba vivía en una casucha del siglo XV, ligeramente inclinada adelante, hacia la calle.

Me aproximé a un vidrio, detrás del cual vi a un hombre que estaba reclinado sobre una gran mesa llena de colores, de bote- cillos, de ampollitas, bajo el cono verde de una gran lámpara que pendía del extremo de un hilo. Lo veía de frente, pero muy mal.

Llamé a la puerta; el buen hombre se levantó. Tenía exactamente la misma talla que el que yo buscaba.

—¿Es usted el señor Silvio Petrus?—pregunté, con una fingida seguridad.

El hombrecillo tartamudeó (y me pareció que su tartamudeo no era natural):

—¿Qué desea usted, señor? ¿En qué puedo servirle?

Le observé en silencio. Yo no había visto al famoso Silvio Petrus sino cubierto con su sombrero y abrigado con su vieja bufanda. Y éste tenía sobre el cráneo un pequeño mechón blanco, que le daba un aspecto caricaturesco, y la parte baja de su rostro estaba, ¿cómo decir?, “escamoteada”. Casi no tenía mentón. De la línea inferior de los labios hasta el cuello, una línea casi recta. Delante de aquella cabeza extraordinaria me sentí completamente desconcertado. Evidentemente, los ojos no había que dudar. Pero lo demás del rostro... En fin, yo no sabía...

Desenvolví el retrato, que había llevado conmigo, y le presenté al viejo la parte en que yo había leído su dirección.

—Este trabajo, ¿no es suyo?

El se inclinó y lo examinó con una gran atención.

—Sí, es mi sello—dijo.

Y, sin dar vuelta al cuadro, como si supiera por adelantado lo que él representaba, me preguntó con una voz humilde, la de un viejo servidor bastante deteriorado:

—¿Dónde ha adquirido este cuadro? Hace ya bastante tiempo que lo ha hecho...

—¿Que dónde lo ha adquirido?—respondí con seguridad—. Usted lo sabe tan bien como yo.

Me miró en los ojos. Aquel rostro sin mentón me causaba un horror singular. Como él no decía nada, le pregunté:

—¿Y el puesto del puente de la Tournelle? ¿Y la gran sala de la calle Chanoinesse?

—Yo no conozco esos nombres por aquí—respondió muy humildemente.

Me encontré tan ridículo delante de aquel gnomo, en aquel taller en desorden, sin tener nada de preciso que decir, que, como en el tiempo de mi infancia, torcí mi pañuelo entre los dedos.

—¿Necesita algún arreglo este cuadro?—me preguntó.

—¿Cómo lo hizo usted? ¿De qué modelo se sirvió?

—¿Modelos?... No, yo no los uso nunca, ¿comprende usted? Voy a explicarle. Yo veo los rostros por la noche, en el momento en que voy a dormir. Después, durante toda la noche, en el sueño, los penetro, los comprendo, y al día siguiente no hago más que transportarlos a mis pequeños tableros. Y ellos son, como lo ve usted, de un parecido... De un parecido...

—¿Parecido a qué?—pregunté con furor.

—Pues—me dijo el viejo simplemente—a los que yo he visto la víspera por la noche, antes de dormirme.

Me callé. Un silencio siguió largo entre ambos. Yo desempeñaba en ese momento una parte perdida. Sabía que no comprendería nunca.

Pronuncié algunas palabras desprovistas de importancia y enseguida me preparé para irme.

—Espere, señor, voy a envolverlo. Estoy muy contento de haber recibido esta pequeña cosa... Muy contento... ¿Es usted feliz de poseerla?

Si él hubiera hecho alusión, con esas solas palabras, al parecido que era mi obsesión, yo creo que le hubiese roto la cara. Pero él apresuró el paso, yendo hacia un rincón, se afanó en la tarea y volvió hacia mí con el paquete bien atado.

Volví a encontrarme en la calle Saint-Leu, húmeda y populachera, más confuso que cuando había llegado.

En el tren que me conducía de nuevo a París quise volver a ver el retrato. No había decidido aún lo que haría con él, pero me parecía que algo en mí mismo, en mi asiento, me decía que debía ser destruido para mi tranquilidad, para mi liberación. Corté de mala manera los apretados nudos que había hecho el hombrecillo, y, por último, me vi obligado a cortar toda la atadura. Desplegué dos papeles, un cartón y luego un papel de seda. Y lancé un grito de sorpresa. Lo que yo tenía ahora entre mis manos no era ya mi retrato: era un pequeño tablero, intacto, sin el menor rastro de pintura, tan nuevo que hasta se sentía el olor a fresco de la madera cortada. Cuando volví de mi asombro, juzgué que aquello estaba bien así, y bajando el vidrio del compartimiento, arrojé por la ventanilla el tablero, las ataduras y el papel.



ITALIA Y ABISINIA

Una guerra colonial en puerta

Por JAIME MENENDEZ

EXCLUSIVO PARA "CIUDAD"

A toda costa, Italia quiere ser una nación imperialista. En teoría lo es desde hace bastantes años, pero muy especialmente desde la unificación nacional. De hecho empieza a serlo ahora. Sin una aceptación categórica e incuestionable de esta tesis, imposible es descubrir los móviles que alientan la movilización de fuertes unidades de combate, dispuestas con todos los adelantos de la moderna ciencia guerrera—sin olvidar algunos centenares de aviones de bombardeo—para avanzar sobre los dominios del "rey de reyes", el emperador Haile Silassie I de Abisinia o Etiopía, pues de las dos maneras se llama a este "imperio" africano.

En su actual aspecto, la política imperial de Italia puede decirse que tuvo su comienzo real hace justamente medio siglo, cuando, el 5 de febrero de 1885, ocupó Massowa, entonces un puerto egipcio en el Mar Rojo, hoy punto de partida para una política agresiva en la Eritrea italiana. Su expansión imperial en aquellos años era, sin embargo, una labor de titanes. Si bien es cierto que Italia gozaba del favor y tolerancia de alguna gran potencia europea, no lo es menos que la penetración en Africa se hacía extremadamente difícil, porque otras naciones se habían adelantado y era poco lo que quedaba para los "advenedizos". Si a esto se añade que en Italia misma la oposición a una política de este género era casi imposible de vencer, se comprenderá con facilidad por qué en sus comienzos esta política imperial fué vacilante y condujo a desastres tan dolorosos como el de Adowa, donde Menelik derrotó decisivamente los ejércitos italianos y puso fin a la carrera política de Crispi el 1.º de marzo de 1896.

Desde entonces, los gobernantes italianos se han cuidado mucho de que fracasos semejantes no volviesen a producirse cuando llegase el momento de reanudar el programa de la expansión colonial. Así hoy, el Instituto Colonial Fascista—creado como Instituto Colonial nada más, en 1906—tiene sucursales en cada una de las noventa y tres provincias italianas y un formidable centro de propaganda imperial, con cátedras de historia colonial, economía, administración, idiomas, etcétera, becas, pensiones, viajes, y así sucesivamente. Además, existe el Instituto Oriental de Nápoles, el Instituto Agrícola de Florencia, los cursos especiales sobre diversos temas coloniales en las Universidades, las subvenciones a profesores, propagandistas y a todo aquel a quien se considere capacitado para crear en el pueblo un espíritu y un estado de ánimo que haga posible el que, llegado el momento, salgan miles de italianos hacia las colonias a "llenar la misión que el destino les encomienda".

El escenario está dispuesto. Lo está desde hace tiempo. Pero las circunstancias no son del todo favorables. La posición política del Continente europeo es delicada y la posición financiera de Italia no parece recomendar la adopción inmediata de una empresa de la envergadura de la que se está gestando.

Mes y medio hace que se firmó en Roma un importante acuerdo francoitaliano. En él se han esbozado

soluciones a un engorroso problema imperial. Francia, a cambio de concesiones importantes, ha dejado a Italia con las manos bastante libres para actuar en el Africa oriental y, acaso, con la promesa de hacer lo posible para facilitarle algunos recursos financieros que hagan viable la realización de los sueños que Italia acaricia. Sin este acuerdo, que da a Italia un trozo más de áridas montañas en la Tripolitania—hoy Libia—, un pedazo pequeño, pero de enorme importancia estratégica, en Somalia, permitiéndole asomarse al golfo de Adén, y una participación minoritaria en el ferrocarril de Jibuti, en la Somalia francesa, a Addis Ababa, capital de Abisinia, no sería probable que nos hallásemos en vísperas de la iniciación de una tremenda guerra colonial en Africa.

Italia tenía las manos atadas en el Continente, consecuencia directa de la insistencia en una política que le hizo perder a Sonnino la ocasión de conseguir, en calidad de nación mandataria al menos, para su patria alguna de las colonias germanas en Africa. Por exigir demasiado, Italia estuvo a punto de perderlo todo. Los aliados no se hallaron dispuestos a dejarle el espacio que exigía para moverse a su gusto en el Adriático. Desde entonces viene la conocida enemistad italofrancesa, que alcanzó a todos los países centroeuropeos aliados de Francia, a Yugoslavia sobre todo. Pudo Italia conquistar Fiume, someter—por el favor y el soborno—Albania a sus dictados, apoderarse de Corfú y las Dodecanesas. Pero todo esto es poco. Tan poco, que a duras penas puede ser considerado como una compensación adecuada a los odios que Italia ha ganado en el Continente, que no han dejado de ser uno de los más serios motivos de preocupación para sus estadistas.

En condiciones semejantes, Italia no podía jamás emprender una labor de expansión colonizadora. Este es el resultado inmediato de las negociaciones franco-italianas, que han satisfecho a Italia de que no tiene, de momento, que preocuparse demasiado de lo que pudiera ocurrir de verse enredada en un serio conflicto colonial capaz de poner a prueba todas sus fuerzas como una potencia de primer orden. Basta observar la reorientación de la política italiana para comprender la profunda transformación operada, que le impulsa a moverse dentro de la órbita de la influencia francesa en Europa para poder lograr alguno de sus objetivos en Africa. Esto, que es un augurio promotor para la paz continental, es un indicio alarmante en otros sectores mundiales. Abisinia, el imperio que se satisface inconscientemente con su dilatada historia, que llena páginas de las crónicas de antiguas civilizaciones, como las que registran las andanzas y actividades de la reina de Sheba, está amenazado con la probabilidad de tener que abandonar nuevos trozos del escenario de una soberanía de dudosa autenticidad. Y con ello pudiera producirse el estallido de una nueva etapa en la historia agitada de los alzamientos de pueblos coloniales en todo el norte africano.

"No toleraré ni la coacción ni la intimidación. La actitud del Gobierno italiano, al movilizar sus tropas en Italia como una medida de precaución, me causa profundo dolor, ya que socava la confianza y no acalla los motivos de sospecha de mi pueblo." Estas palabras, con otras no menos significativas, han sido pronunciadas hace muy pocos días por el emperador de Abisinia. No menos concretas son las manifestaciones del ministro etíope en Roma, Jesús Akwork: "Si Italia intenta realmente hacerle guerra a Etiopía, los abisinios dependerán su país hasta el fin. Tenemos 800.000 bajo las armas, y podemos reclutar un millón más. Hemos comprado armas modernas de combate en Francia, Alemania y Suiza. Abisinia no quiere la guerra, pero si se nos ataca, lucharemos."

Desde fines del año pasado, cuando un grave incidente entre destacamentos coloniales mandados por un oficial italiano, por lo menos, y tropas abisinias, las relaciones entre las dos potencias han sido más tirantes cada día. El origen del conflicto es más remoto. Italia ansía modificar las fronteras trazadas, a vuelo

de pájaro, sobre el mapa, en 1896, entre Abisinia y la Somalia italiana. En lo que, al parecer, es suelo etíope existen algunos pozos, importantes en un país árido, de gentes nómadas dedicadas a la guerra y al pastoreo. Algunos de estos pozos—los de Ual-Ual—están ocupados, con derecho o sin él, por fuerzas coloniales y nativas italianas desde 1930. La publicación de unos mapas ingleses y el informe de un oficial que presidió la Comisión angloetíope que trazó la frontera entre Abisinia y la Somalia británica hace suponer que Inglaterra no ve con agrado el curso de la política italiana en aquel sector africano. La Prensa, susceptible siempre a recibir favorablemente las sugerencias oficiales cuando entran en juego factores imperiales, publica tratados, mapas, relatos de movimientos de tropas, compromisos, etc., que nos llevan a suponer que en la Gran Bretaña se sigue este asunto con interés y con cierta inquietud también.

Tres tratados importantes han negociado Italia y Abisinia en 1896, 1908 y 1928. El más importante es, sin duda, el último, llamado "Tratado de Amistad", en el que se expone que "habrá una paz durable y una amistad perpetua entre el reinado de Italia y el Imperio etíope". En este tratado, con una vida explícita de veinte años, aparece una cláusula que dice:

"Los dos Gobiernos se comprometen a someter al procedimiento de conciliación y arbitraje cualquier cuestión que pueda suscitarse entre sí y que no haya sido posible solucionar por los medios diplomáticos usuales, sin tener recurso a las armas."

Abisinia, en cumplimiento con lo pactado, ha solicitado repetidamente de la Sociedad de las Naciones el cumplimiento de esta cláusula y el sometimiento de las diferencias italoetíopes a procedimientos de arbitraje. Italia, con la misma insistencia, se niega a ello. Opta por los métodos directos, en los que se incluyen imposiciones que son tan onerosas como el pago de grandes indemnizaciones, la petición formal de excusas a Italia, el respeto al pabellón italiano y algunas condiciones más.

En 1906, Francia, Inglaterra e Italia negociaron un tratado secreto, sin el conocimiento de Abisinia, en el que se comprometían las tres potencias a respetar ciertos "derechos" e intereses mutuos. Inglaterra considera esfera directa de influencia la zona occidental, fronteriza con el Sudán angloegipcio y la cuenca del Nilo Azul, que nace en el lago Tana. Aquí se intenta llevar a cabo una vasta obra de irrigación. Para Francia, lo importante es la frontera con la Somalia francesa y el ferrocarril de Jibuti a la capital etíope. Y para Italia, toda la parte oriental y los derechos a la construcción de un ferrocarril que una la Eritrea con Benadir, en la costa sudeste de la Somalia italiana.

Este tratado secreto, del cual no se hizo más que enviar una copia, después de aprobado, al soberano de Abisinia, revela la variedad de los problemas y los intereses en juego.

Abisinia es miembro de la Sociedad de las Naciones desde 1923. El simple hecho de que sea el Estado más rudimentario que tercia oficialmente en los torneos de Ginebra y que la cuestión de la esclavitud—que Abisinia se comprometió acabar cuando se le dió ingreso en la Liga—continúe en pie, y que sea, por añadidura, uno de los Estados más corrompidos, le resta simpatías en más de una cancillería donde quizás le sean más necesarias en los momentos actuales. Sin que alguna potencia europea dé abiertamente la cara por Abisinia, la desmembración es inevitable, tarde o temprano. La presencia allí, desde fecha reciente, de fuertes intereses nipones, que buscan cimientos para una política de expansión comercial en el este africano, no hace más que complicar un cuadro ya de por sí harto complejo y bastante confuso. Pero todo esto puede, por la influencia fatal de los intereses en pugna, hacer que Abisinia no esté tan desamparada como pudiera desprenderse de un análisis superficial de la situación. Y que la empresa que Italia se propone llevar a cabo sea más difícil y costosa de lo que a simple vista se presenta.

I. LAS MÁSCARAS DEL TEATRO.

La máscara es, de antiguo, caracterización. Se trata de la máscara del rostro, no del disfraz del cuerpo. La máscara, que aún sigue figurando como representación del teatro. Máscaras de la risa y del llanto, de lo cómico y lo trágico.

Por ella existe el drama y la comedia; por ellas, las "personas" dramáticas, lo que seguimos aún llamando "personajes"; por ellas, el carácter, la caracterización. El actor ocultaba su persona, su fisonomía, tras la máscara; fingía ser otro distinto, adquiría los modales, y la voz, y el sentir de otro distinto, y resultaba con eso que la ficción se eternizaba en la verdad y eternizaba al actor por su perfección al fingir, por su gran arte de hipócrita.

Hipócrita llamaban al actor y se le immortalizaba por hipócrita. Le celebraban y honraban por llevar a perfección la hipocresía. Y es que no hay hipocresía que no deje de serlo si se siente y se practica. Cuando el hombre se hace uno con la máscara, identificándose con ella, con el alma de la máscara y con el carácter de ella, la máscara no es ya ni mentira, ni engaño, ni disimulo. Enmascararse es entonces como dar la cara nueva, la cara del nuevo ser, más hondo y verdadero que el ser nato, el que nació con nosotros. Son muy pocos los hombres que se piensan, que se estudian, que procuran a conciencia y en conciencia ser lo que son, ser personas, representarse de veras, volviéndose a presentar, con personalidad y con carácter.

Al nacer nos presentan en la vida; pero luego, al irnos nosotros formando, y cuajando, y madurando, nos vamos representando: aceptando el papel que nos incumbe y procurando desempeñarlo con personalidad: como persona dramática del drama de la vida que cumplimos.

La máscara se hace rostro. ¡Ay del hipócrita que escoge para sí una máscara innoble y mezquina!... ¡Será mezquino él!... ¡El alma se hace digna de la máscara!... El papel que aceptamos, el papel que representamos, acaba por rehacernos y acaba por definirnos... Sólo en el arte, en la concepción dramática, hay personas, y en la personalidad se da la veta verdadera y rediviva. La máscara del arte teatral, en vez de ocultar, revela; en vez de encubrir, nos crea.

II. ANTIFACES.

La máscara, en Carnaval, es encubridora, sin duda. Trata de ir a la locura y a la libertad de andanzas al amparo del disfraz, ocultándose. No hay duda. Pero lo que



ARTE
Y
VIDA

CUATRO MÁSCARAS

POR
MANUEL
ABRIL

La máscara... tema inagotable. ¿Qué de sugerencias y lecturas!... Y ¡qué etapas las suyas en la evolución de su historia y de sus significados!...

Meditación de Carnaval, sin duda alguna, pues que de Carnaval son las máscaras; pero meditación aún de Cuaresma.



oculta la máscara es algo sin entrañas y sin autenticidad: es la filiación, el nombre, el ser del registro civil: el hecho de que sea don Fulano, o su hija, o su señora los que van en pos del mundo, sin licencia y licenciosos.

En cambio, el ser humano queda bien al descubierto con la máscara; tanto más revelado y manifiesto cuanto mayor es el incógnito. En la noche del negro antifaz se atreve a salir al mundo la naturaleza secreta. La de ese doctor Freud, de los Austrias, ¿qué viene a ser sino el arte de llegar a lo secreto por el estudio sagaz de las máscaras que escojamos y con las que se encubren, por temor, nuestros afanes secretos? El doctor ha buscado el Carnaval para descubrir lo recóndito. La máscara, encubridora, se ve convertida en síntoma: en lo que induce y delata.

Lo mismo que en el teatro, en la vida: la máscara, en vez de encubrir, evidencia y descubre las verdades.

III. LA MÁSCARA PURA Y SOLA.

Pero hay máscaras también en grandes obras de arte: Longhi, Callot, Gavarni..., tantos y tantos llevan al dibujo, al óleo, a la escultura, las máscaras. El rostro con antifaz les parece más bello que el rostro. Ya no puede decirse, en estos casos, que sirve el antifaz para encubrimiento alguno. Tratándose de un dibujo, no hay persona real

bajo la máscara. De nuevo triunfa, pues, el valor de la máscara misma, y vale el antifaz no por lo que disimula, sino por lo que aparece: por él mismo.

No tratamos, al ver el antifaz, de averiguar quién pueda ir detrás de la careta, sino que es la careta por sí misma la que nos atrae la atención y nos produce el gozo suficiente. El hombre que intenta ocultarse no nos interesa para nada; en cambio, nos interesa el hombre que da la cara, aquella cara o careta que ha inventado y que nos maravilla. La ficción es la que acaba por triunfar y por suplantar al hombre, porque la ficción que es real no es tal ficción, es espíritu encorvado, y el espíritu es inmortal. Por eso, el hombre que va dentro del disfraz pasa al olvido y perece, en tanto que el disfraz mismo, y hasta el antifaz vistoso, y por sí mismo, consigue "pasar a la Historia". A los templos del arte eternizado pasan las máscaras solas, con su expresivo y enigmático valor de esfinges que revelan su secreto al que sabe mirar y sentir con alma de augur vidente.

El enmascarado muere, pasa por la vida, efímero, queriéndose ocultar tras de la máscara; y de tanto quererse ocultar y pasar desconocido, queda desconocido para siempre. En cambio, su antifaz le sobrevive y pasa a la eternidad sin enmascarado alguno.

IV. MASCARILLAS.

El hombre, mortal, muere. No mueren de él sus obras: aquella parte mínima—pero única eterna y esencial—en que el hombre consigue traducir en letra humana y sensible algún que otro atisbo de las leyes.

El antifaz sobrevive, la máscara perdura por los siglos. Y cuando el hombre mortal yace "de cuerpo presente", ya nada más presente que de cuerpo, se obtiene el vaciado de su rostro, al que llaman "mascarilla".

La máscara o mascarilla de aquel hombre, de todo ser humano, resulta que no es un antifaz, sino que es su faz misma... No ya la máscara a veces se hace rostro, sino el rostro de veras, ese que busca antifaces para no ser conocido, es la máscara del alma.

Y es máscara—mascarilla—cuando no hay nada detrás, cuando el alma de aquel rostro no está ya dándole vida. La cara es espejo del alma, cuando el alma está allí, detrás del rostro. El rostro, solo ya, queda convertido en máscara. Máscara sin alma de hombre, pero con alma mayor: la del Misterio. La muerte da la cara en la faz del cadáver humano. La Máscara es el rostro del Misterio.





La plaza de San Francisco, en Málaga.

DE TRIESTE HA LLEGADO UN BARCO...

TEXTO Y DIBUJOS DE SANCH A

La plaza de San Francisco, en Málaga, era una plaza de forma triangular; y en uno de los lados del triángulo, el sol pegaba desde que salía. La fachada de enfrente a ésta la ocupaba toda un caserón, que era almacén de vinos.

Por las ventanas, bajas y apaisadas, con barrotes de hierro, de este caserón salía un olor empalagoso a mosto, que mareaba.

Había una fuente en el centro de la plaza, y muy cerca de ella, un árbol tan frondoso, que su sombra parecía refrescar el agua y hasta hacerla más cristalina.

En el lado norte, siempre en sombra, se estacionaba una parada de coches de punto, hasta cuatro o cinco. Los caballos dormitaban, perezosos y cansinos, de no hacer nada, y tan sólo el ruido de sus coces, de vez en cuando, para espantarse una mosca, turbaba el silencio de siesta de la plaza de San Francisco.

En la fachada de esta plaza, al sol saliente, había una cada dos pisos: era el número 14. Tenía un gran portalón, siempre abierto, que daba a un zaguán con otra puerta de entrada a la casa. Para llamar había un cordón, que hacía sonar una campanilla en un patio interior. Y desde el primer piso, con galería de cristales que daba al patio, se abría la puerta tirando de un cordel. Entrando, a la derecha, estaba la sala baja—así la llamaban—, y tenía dos ventanas de reja a la calle, a tan poca altura del suelo, que los chiquillos podían encaramarse. ¡Qué de cosas había en aquella sala, que atraía la curiosidad de los chiquillos que pasaban!

A Málaga arribó, hacía muchos años de esto, no sabemos por qué causas, un marino italiano cargado de hijos. Y muerto hacía ya muchos años, sólo quedaba en Málaga el menor de sus descendientes, que habitaba en la actualidad de esta historia el número 14 de la plaza de San Francisco.

Se conservaba en la sala baja un retrato al óleo de este marino emigrado y otro de su esposa, pintados en Trieste en 1808. En el retrato, él está de uniforme, con una cascaca roja y verde, y un cuello muy alto con corbatín negro, que casi le estrangula, y dos anclas doradas a los lados del cuello. El de la esposa tiene la cintura debajo de los brazos y un escote muy pronunciado. ¡Cuántas veces, más tarde, sus descendientes, al saber mis aficiones artísticas, me pedían que le pintase una gasita para disimular el escote!

Había en la sala baja una fragata de madera, admirable obra de ingeniería naval. Un modelo a escala como de un metro de eslora, construido por el triestino. Y esta maravilla era lo que más atraía la curiosidad de los chiquillos que pasaban por la plaza de San Francisco. Y un nieto del inquilino del número 14, a quien sus abuelos mimaban invitándole a su casa, se complacía enseñando a la chiquillería encaramada en la reja, mostrándoles de cerca los cañones, con sus cureñas, de la fragata; los muebles

de la cámara de popa del capitán; subiendo y bajando las velas, que todo funcionaba a la perfección, como en un barco de verdad. Hasta que se había aglomerado tanta chiquillería, que tenían que cerrarse las maderas para despejar la calle.

El inquilino del número 14 de la plaza de San Francisco, el cabeza de familia, hijo del italiano y también nacido en Trieste, no era, pues, malagueño; pero ¡qué aclimatación tan grande no se había experimentado en su ser desde los ocho años de su llegada a Málaga, que sus íntimos no le llamaban D. Francisco, como era su nombre, sino Frasquito y Curro! Y era, en fin, un personaje popular.

Mas no era, hay que decirlo todo en la verdad de esta historia, lo que se dice un malagueño nativo: título de tal trascendencia, que requiere explicación más amplia.

En sus mocedades, el nieto de Frasquito tuvo una novia. Esa novia provinciana que todos hemos tenido, y que al despegar el vuelo del rincón nativo, con ansias de un más allá que nunca conseguimos, la dejamos abandonada al tedio de la ñoñez provinciana. Ella se casa siempre, más tarde, con un amigo íntimo nuestro que quedó rezagado. Y añorando en los años viejos, nos queda, a jirones, el recuerdo de nuestra vida en la ciudad natal.

Una tarde, esperando la salida de ella a la reja para pelar la pava, en un callejón estrecho donde vivía, un grupo de cocheros malagueños discutían en voz alta a la puerta de una cochera.

—¿Ese?—decía uno de ellos—. ¿Ese qué va a se malagueño nativo?... Malagueño nativo e el malagueño que su padre, su madre y toas sus generaciones, lo mismo pa alante que pa atrás, han nasío en Málaga.

Convengamos, pues, en que Frasquito no pudo nunca aspirar a este título: no era, pues, malagueño nativo. Pero ¡qué poder no habría ejercido Málaga en su espíritu, de qué cachaza andaluza no estaría poseído, que en sus años maduros empleaba el tiempo en bromas a los escasos transeúntes de la plaza de San Francisco!

Ponía en los barrotes del balcón, sujeta con sus patas de alambre, una perdiz disecada, mientras la jaula, con la puerta abierta, colgaba de un clavo al lado del balcón. El cordón que hacía sonar la campanilla del patio, lo hacía sonar estrepitosamente.

—Oiga osté, dígame osté a don Francisco que se la escapao la perdí.

—Muchas gracias—añadía la criada, que ya estaba en el ajo—, muchas gracias. Sierré osté la puerta payá.

Y Frasquito salía al balcón de puntillas, en medio de la expectación del público, que sin respirar estaba aglomerado en la calle. Cogía la perdiz y se la llevaba hacia dentro con la jaula, mientras el público aplaudía emocionado la habilidad de D. Francisco de coger perdices al vuelo.

También pintaba, y estaba especializado en retratos de fragatas, bergantines, goletas y faluchos. No había capitán que surcara el Mediterráneo que no llevase en su camarote un retrato de su barco, hecho por Frasquito con tanta minuciosidad y detalle real, que se contaban las cuerdas del aparejo. Hacía estas pinturas con una especie de temple en colores, como los que tantas veces hemos visto en las vistas de Nápoles con el Vesubio en erupción.

No había viajado nunca Frasquito; no había salido de Málaga, y aparte su viaje de Trieste, que no recordaba, no hizo en su vida más que el último que todos hacemos por la vía muerta a lo desconocido. Pero en el interregno de ochenta años que vivió, hizo muchas cosas en Málaga que dejaron recuerdo imperecedero.

Existió en Málaga una tienda de un inglés, que se llamaba Hockson, y traía de Londres cosas que allí no tenían aplicación alguna; pero que Frasquito las adquiría y las malagueñizaba, aplicándolas a los usos de la tierra. Muchos años he tardado yo en darme cuenta de lo que eran aquellas cosas por las que Frasquito pasaba por un ser tan original. He necesitado vivir en Londres, y cada vez que reconocía uno de aquellos objetos extraños que Frasquito usaba, no podía menos de reírme recordando el uso que él les dió.

Los chavales de la plaza admiraban la fragata.



El triestino y su esposa.

En Inglaterra, las cosas se hacen para algo, y no están sujetas a moda, como aquí. ¿Quién recuerda ya en Madrid, ni quién se ha vuelto a poner aquellos abrigos de hombre que hicieron furor por el 1900? Eran unos abrigos cortos, de color "beige", poco más largos que la americana, con dos largas aberturas al final por la espalda, rematados en las costuras con un borde de tela igual sobrepueta. Los elegantes de Cilla lo han llevado mucho. Pues bien: estos abrigos los siguen cortando los sastres ingleses, porque esos abrigos son para montar a caballo; moda que tampoco ha desaparecido en Inglaterra.

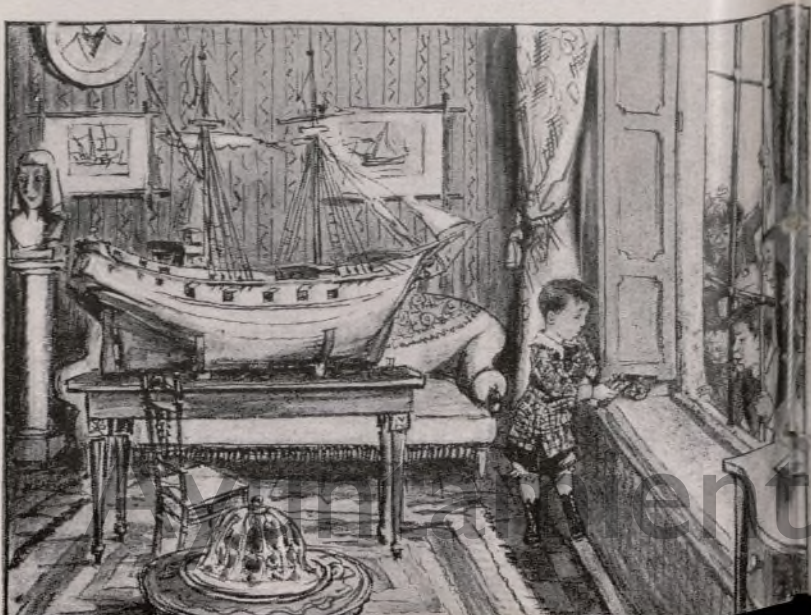
Tenía Frasquito un tenedor de metal dorado, con mango de unos setenta centímetros, adquirido a Hockson, y un paraguas de descomunal tamaño, también del mismo origen, y con estos elementos y una cesta bien provista de merienda iba a los toros en Málaga al tendido de sol. Rodeado de amigos y compinches, disfrutaban de sombra, y hasta donde alcanzaba el tenedor, repartía una rajita de salchichón, un pedazo de queso, etc., etc. Amén de una bota; eso era ya elemento completamente indígena.

Pues bien: esos tenedores se siguen usando en Inglaterra, porque son para hacer tostadas en la lumbre de leña de la habitación de estar a la hora del té, sin quemarse las manos, y su nombre es *toasting fork*. Y el paraguas monumental lo usan siempre los porteros de los grandes hoteles, de los teatros, en los días de lluvia, para acompañar a las señoras desde el coche al "hall", sin mojarse.

Tenía Frasquito en su casa, comprados en la tienda inglesa de Málaga, una infinidad de maletas magníficas: portamantas, estuches de aseo y otros muchos útiles de viaje, adquiridos cuando se inauguró en Málaga el ferrocarril. Y arriesgando todos los peligros de choques y descarrilamientos, llegó Frasquito en tren hasta Cártama. Después de este penoso éxodo, se pasó la vida, siempre que la ocasión venía a cuento, comentando la velocidad de los trenes, la poca parada en las estaciones con fonda, etcétera, etc.

Tenía también Frasquito en su cuarto de la plaza de San Francisco una cómoda, que era la delicia de su nieto cuando le visitaba. Había pañuelos de Manila, perfumes, ligas de señora, collares, medias, pulseras, bolsos, abanicos con las varillas de metal, de complicados calados, con chinos que tenían la cara en relieve de marfil; pañuelos de colorines, polveras..., y en fin, todo un arsenal de regalos para señoras, a las que Frasquito dedicaba la otra mitad de su vida que no estaba dando bromas a los transeúntes de la plaza de San Francisco.

Había también en la sala baja una mesa pequeña re-



Frasquito y sus compinches en los toros.

donda, con una especie de neumático todo alrededor, relleno de guata, y un bordado de croché, que lo cubría, para sujetar la costura y los bordados. Y sentada cerca de ella, todas las horas del día, trabajando en silencio, una mujer cosía, bordaba y disponía todo el arreglo de la casa: era doña Rosario, la esposa de Frasquito.

El matrimonio tenía dos descendientes, con gran diferencia de años en su nacimiento. El mayor, que era varón, vivía hacía muchos años en Madrid, triunfando como artista en la época del reinado de Alfonso XII, pintando infantas rodeadas de rosas, palomas que se daban el pico y titulaba *Romeo y Julieta*; un caracol seguido por un

Nunca se nos hubiera ocurrido pensar en la posibilidad de que la sencilla y natural compra de un automóvil pudiese ser causa de un estúpido negocio para el comprador. Lo lógico es que lo sea para el que lo vende, mucho más cuando se trata de un "auto" novecito, de esos que vemos expuestos para excitar nuestra envidia.

El marqués de Peña Rancia exhibe diariamente en un suntuoso salón-exposición los modelos de la acreditada marca de automóviles que representa.

Es el caso que un buen día penetra en el local de venta del marqués un señor de porte distinguido, vestido admirablemente, que manifiesta su deseo de adquirir el coche que ha observado desde la calle.

—¿Qué desea, señor?—le pregunta un dependiente.
—Quería saber el precio del coche que tienen en primera fila.
—Cien mil pesetas, señor.
—Bien; pero desearía cambiarle los faros, porque no me gustan los que lleva; además, la caja de herramientas es antieética.
—Sí, se pueden hacer las modificaciones que desee. Le advierto que es el último modelo, y en cuanto a perfeccionamiento, es una cosa seria. Entre los adelantados figuran los cristales inastillables, frenos hidráulicos...

—Bien. ¿Cuándo hacemos la prueba?
—Hoy, si el señor quiere.
—No, mejor mañana. Yo mandaré a mi mecánico para que él aprecie lo que el coche es.

Al día siguiente, sábado, a la hora fijada, se presentan el señor del porte distinguido y su mecánico. Sale el empleado del día anterior.

—Buenos días. El coche lo tienen preparado; el garaje está en...
—¿Pero no es éste el coche que llevo a prueba?
—Mire, señor: este es el modelo. Llevará otro exactamente igual; es molesto sacarle de aquí.
—¡Oh, no; ha de ser este mismo! Es un capricho de mi señora, y quiero que sea éste precisamente.
—Bien; en ese caso, se sacará. Con tal de vender, señor, como los tiempos están tan malos, se accede a todo.

Sale el coche de su vitrina y en él toman asiento el futuro dueño, su mecánico y el dependiente que tramita la venta. Dan unas vueltas por la población, suben la cuesta de las Perdices (prueba clave en la demostración de resistencia de un motor) y regresan al salón-exposición. El adquirente viene satisfechísimo del coche, que le parece el mejor que existe. Se reanuda, para cerrarle, el trato.

—Magnífico, es estupendo. Me quedo con él. Ya saboreo lo contenta que se va a poner mi señora con el regalo. Pero mire: como no es cosa de llevar una cantidad tan crecida en el bolsillo, le entregaré

saltamontes, titulado *Handicap*; frecuentando, además, los saraos de la duquesa de la Torre y siendo, en fin, un personaje de *La pequeña historia*, de Melchor Almagro. Hasta que en uno de esos estudios de la época, abarrotados



Frasquito caza pordices disecadas.



Doña Rosario, dedicada a sus labores.

dos de cosas, con columnas doradas, caballetes, tapices, plantas disecadas, platos, lanzas y cachivaches, donde no se podía uno mover, una mañana, tal vez él también *handicap* en la vida, se ahorcó de una reja en su taller.

En Málaga, en la plaza de San Francisco, sola con sus padres, vivía la hija menor del matrimonio.

Dejemos a doña Rosario en la sala baja, dedicada a sus labores, y puesto que el tren de Málaga a Madrid ya está inaugurado, corramos veloces, dejándonos atrás Campanilla, Cártama, Pizarra, El Chorro, Bobadilla, etcétera, etc., que en Madrid nos esperan otros personajes, también dignos de mención en esta verídica historia.

EL AUTO-CEPO

Por ATILANO GIL RUIZ DE ACEVEDO

diez mil pesetas que traigo en billetes y un talón contra mi cuenta corriente por el resto.

—Aceptado. Con tal de vender un coche...

Recibe el dependiente las diez mil del ala en papel, y allí mismo extiende el comprador un talón por noventa mil pesetas. La venta se ha efectuado, porque, a cambio del dinero, entregan al señor de porte distinguido el coche y la documentación que le acredita en la propiedad del mismo.

Cuando el cliente abandonó el establecimiento era pasada la hora del cierre, por lo que no pudieron comprobar la existencia en la cuenta corriente del comprador de las noventa mil pesetas... No desconfiaba mucho el agente de ventas de señor tan bien presentado, correcto y de aspecto honorable; pero, sin embargo, hay tantos timadores...

Por la tarde, a la hora acostumbrada, hizo su aparición el dueño del establecimiento, y el dependiente le puso al corriente de todos los pormenores de la operación. Ante la suspicacia del empleado, el marqués le disuadió. No había duda de que tenía fondos; al demonio se le ocurre pensar en un timo. Así nunca se harán buenos negocios. Un solo detalle abonaba la suposición del dependiente: que no había regateado el precio; pero eso, en personas de buen tono, resulta inelegante. Estando en estas disquisiciones, llaman al teléfono.

—¡...!
—Sí, señor; soy el propio marqués de Peña Rancia.
—¡...!
—¿Cómo dice?
—¡...!
—Sí, ese mismo lo he vendido esta mañana. Se cerró trato a las dos.
—¡...!
—A un señor que se apellida Garma, exacto; y vive donde dice.
—¡...!
—¿Cómo? ¿Que el talón es falso! ¡Que se marcha a París esta noche!

El marqués cae desplomado, se le escapa el micrófono de entre las manos y pierde la noción de cuanto le rodea. Su acompañante, que por la media conversación escuchada, viene en conocimiento de la trágica realidad, se pone amarillo, nervioso y próximo al ataque.

Repuestos de la primera impresión, acuerdan el plan a seguir, con tal de recuperar el coche o el fastuoso estafador. El marqués

de Peña Rancia, casi sin fuerzas, llega desolado y muerto, entre la fatiga y la incertidumbre, al domicilio de su burlador, don José Garma. Es un suntuoso hotelito en la calle de Velázquez, cuya puerta le franquea un criado ataviado con calzón corto y medias rojas. Le informa de no hallarse en casa ni el señor ni la señora, y que como a las diez de la noche salen para París, ya no vuelven por el hotelito.

La desesperación y el pesimismo acompañaron al marqués hasta llegar a su salón-exposición, donde le aguardaba impaciente su fiel empleado, tan inicuamente sorprendido en su buena fe. Allí determinaron no dejar escapar la pieza. Y, efectivamente, a las nueve y media estaban recorriendo el expreso que va a la frontera un policía, el marqués y el que verificó la venta del "auto". En un departamento de lujo hallaron al señor Garma, acompañado de su rubia esposa.

El marqués rogó a su comprador que le abonase las noventa mil pesetas, contra devolución del talón, o que le hiciese entrega del coche. Pero, impasible, se negó, porque su esposa estaba encantada con la adquisición, y no le devolvía por nada del mundo. Entonces el policía intervino para rogar al señor Garma que suspendiese su viaje hasta la noche del lunes, pues, por una confidencia, se sospechaba que no tenía fondos en su cuenta, y era preciso hacer efectivo el talón antes de dejarle partir.

El señor Garma protestó de la arbitrariedad de su detención, pues era imprescindible su presencia en París el lunes, a las diez de la mañana, para tomar parte en la subasta de un bosque de abetos, negocio para el que había depositado la fianza y cuya adjudicación esperaba se le hiciese. Pero todo en vano: el señor Garma quedó detenido.

Cuando el lunes fué a toda prisa el dependiente del señor marqués a hacer efectivo el talón de las noventa mil pesetas, sufrió una terrible decepción: le pagaron en noventa billetes de a mil, por lo que dedujo (¡oh manes del talento!) que tenía fondos la cuenta y que el señor Garma no había tratado de estafarle; en cambio, al pobre señor le habían irrogado un serio perjuicio. Marcharon el marqués y su agente a comunicar al detenido el cobro del talón, y a la vez a rogarle que perdonase el haber dudado; ¡La picara llamada por teléfono les había puesto en guardia; pero ellos no pensaron mal del buen señor y caballeroso adquirente de su modelo 1934!...

—¡Ah! Yo le perdono la ofensa que a mi honradez ha hecho; pero le exijo la indemnización por los perjuicios que mi detención me ocasionó. De haber llegado a París, yo habría ganado una millonada con mi negocio, y por su estúpida desconfianza he perdido todo. Por tanto...

La llamada telefónica, que fué hecha por el mismo Garma, ha sido la clave de este negocio: el marqués de Peña Rancia le ofreció dos millones de pesetas para que retire la demanda, y el señor Garma se niega...



"CLUB"

Rose Valois

Sombrero de jersey azul adornado con cuadrados de "gros grain" rojo y blanco, con forro azul



Modas

HE AQUÍ LOS NUEVOS SOMBREROS por Madeleine Millet

En su impaciencia por lo nuevo, las elegantes de todo tiempo no esperan jamás abril para inaugurar sus sombreros de verano; por eso éstos se muestran ya detrás de los escaparates y parecen contemplar irónicamente, ellos, que representan el alegre sol, los abrigo bajo los cuales se esconden las mujeres que los miran con curiosidad.

Las modistas, como las costureras, no cesan de crear nuevas cosas. Los sombreros de verano, esos sombreros que ponen en el ambiente gracia y alegría, son cada vez más variados. No puedo decir de ellos, queridas lectoras, lo que os decía de las excentricidades de los vestidos, que nunca eran aprobadas por mí. Son actualmente tan diversos, de forma que una mujer no tiene perdón si está tocada con uno que le quede mal. Deber de la modista es estudiar el rostro de su cliente y su fisonomía; de acuerdo con el talento que ponga en ello, se juzgará de su arte y podrá deducirse, en consecuencia, si es "buena" o "mala" modista, expresión empleada corrientemente cuando se trata de personas cuya misión es la de ataviarnos.

Repito, pues, que la más grande diversidad está permitida en estos momentos. El todo, y recalco esta afirmación, está en saber elegir lo que es sentador, lo que conviene a la cara, al porte y a la "toilette". Ciertas formas excéntricas no son chocantes cuando son llevadas por mujeres muy elegantes, a quienes toda audacia es permitida, cuando tienen buen gusto, desde luego.

Hablemos de las tendencias de esos nuevos sombreros.

No ignoráis, sin duda, que siempre se planteó una lucha testaruda entre las dos partes que integran un sombrero: la copa y el ala. Hoy por hoy, el ala es la que vence. Se desquita del último invierno y ¡hay que ver en qué estado más lamentable ha dejado a la alta "chechia", o gorro ruso, cuya copa triunfante había aniquilado al ala con su desdén! Pero ahora le llegó su turno. La copa ha quedado reducida a su mínima expresión, en tanto que el ala cobra a menudo una importancia exagerada.

El movimiento más característico de esta estación es el del ala, que avanza muy ampliamente hacia adelante. Y, sin embargo, la moda favorece las tendencias más opuestas, puesto que algunas grandes casas nos muestran un movimiento hacia atrás que deja libre la frente y el amplia ala forma una aureola encima de la cabeza. ¿Cuál llevará ventaja? La modista propone y la mujer dispone. La primera forma convendría más a un rostro alargado, y con la segunda se tocará exquisitamente un rostro fresco y travieso.

Son de notar igualmente algunos "trois-quarts", sea por delante, sea decididamente de costado.

Los bretones, tan adorablemente sentadores y jóvenes, son vistos por todas partes; están hechos a menudo de gruesa "paillason" brillante. Los "canotiers", blandos y elegantes, renacen en cada primavera.

No debo olvidarme de las "casquettes", que tienen su éxito a la entrada de casi todas las primaveras: "casquettes" de flores, de plumas, de hojas, de "tissú".

No omitiré hablaros—sin que por eso os aconseje que las copiéis—de esas audaces capotas de nuestras abuelas—del género "cabriolets" Directorio—proyectadas hacia adelante y cuya ala, en lugar de prolongarse hacia atrás, forma una brida bajo el mentón; ni del casco colonial, de cáñamo. No pretendo criticar todo esto, sino que registro las oscilaciones de la moda.

Es para nosotras, encantadoras lectoras de buen gusto, este travieso y original sombrero de Jean Patou, de panamá negro, audazmente calzado hacia adelante, levantado de un costado, muy cortito por detrás y adornado con flores.

Pasemos ahora a los materiales empleados en la confección de esos sombreros.

Veremos mucha "paillason"; elegantísimas pajas exóticas: Bengala, Bakú, "picot", "gros grain", tafetán, panamá de papel.

He notado un delicioso detalle: un vestido de "sport" había sido acompañado por un sombrero de paja escocesa y una corbata que hacía juego.

En cuanto a los adornos, sentiremos embarazosa la elección. A semejanza de nuestras abuelas, llevamos flores en profusión, y cintas, y "cousteaux" de cuero, y flores nacaradas, y borlas de seda que caen a un costado, y plumas de gallo y de paloma, y plumas de avestruz y de ave del paraíso, y "aigrettes".

Para las circunstancias campestres, tales como los "garden-parties" y las salidas al campo, tenemos las cerezas... y el trigo; pero—¡gracias a Dios!—hemos desechado las legumbres, que estuvieron a la moda entre 1785 y 1792.

Para aquellas que por la noche prefieran el sombrero a los peinados inspirados en la diadema o a los lujosos y elegantes peinados bizantinos, tan difíciles de llevar, se preparan pajizos muy de vestir, "toquets" drapeados en "lamé" de plata y oro y "coiffures" formadas de paraíso o de "aigrettes".

No quiero terminar sin decir, aunque sea una palabra, de la violeta, que desempeña un papel muy grande en muchos sombreros y que cuenta siempre con el favor que le han acordado las cabezas femeninas por la suavidad que da a los rasgos de la cara. Se la ve esparcida alrededor del ala o bien sombreando los ojos. Se la dispone según la expresión.

Guardemos para esta maravilla de gracia que es un sombrero de mujer, el gusto y la significación que han hecho de nuestros modistos parisenses, artistas únicos bajo el sol de ambos mundos.



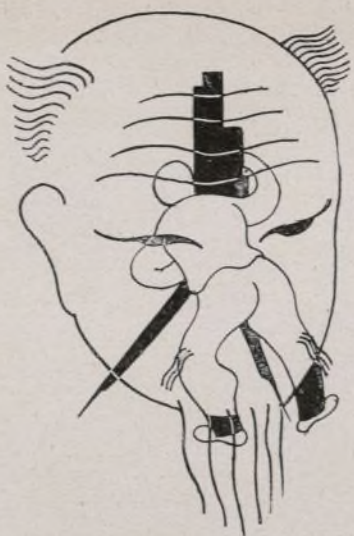
Madame Ostrowska luce este sombrero de panamá negro guarnecido de flores y con un velo coral

Modelo exclusivo para "CIUDAD" de JEAN PATOU

Foto Dorvyné



Ayuntamiento de Madrid



Film de Keyserling

Por M. ANGEL COLOMAR

CUARTA Y ÚLTIMA JORNADA

...me siento a un lado del camino, seco el sudor de mi frente, me restrego los ojos deslumbrados y dejo—¡resignadamente!—que descendán de nuevo las sombras eternas, cuyas alas corvinas siento batir, todavía lejanas.

¡A un lado del camino!... Ordenemos nuestros propios pensamientos, mágicamente sugeridos por el conde de Keyserling: a) Una síntesis histórica de la pintura. b) Una definición del ritmo. c) Una definición—una exaltación lírica, diríamos mejor—del Superrealismo. d) La tragedia del Superrealismo. e) Una reivindicación y una fórmula. Empecemos:

a) En el principio fué la Línea; el Color, en la libertad, advino luego; y, más tarde, la síntesis y el esquema: trayectorias del movimiento.—...y el Ritmo.—Nuestra época ensaya una pintura desnuda, abstracta, absoluta: sin cuerpo.

b) El ritmo es el movimiento sometido a una disciplina de orden superior que lo doma y subordina a una razón de estética. El concepto del ritmo, pues, no puede desligarse del de movimiento. Incluso cuando empleamos el término para expresar la armonía o el equilibrio de elementos puramente estáticos—escultura, pintura, arquitectura...—, lo hacemos obedeciendo a un impulso sensorial o intelectual que nos lleva a considerar un dinamismo de orden subjetivo, a veces imposible de relacionar con la realidad exterior. Movimiento inmóvil, podríamos decir, paradójica y exactamente. La expresada sensación de movimiento puede, incluso, percibirse en los más blancos y silentes—en los más quietos—poemas de Estéfano Mallarmé. Desconfiemos de aquellos cerebros que no la captan, de aquellas sensibilidades que no la gozan...

c) ...viva y desligada, la copa del árbol en el aire; sin raíces ni tronco: toda rama.

d) De las zonas de nuestro espíritu—consciente y subconsciente—la más pura es la más honda. Nada puede ser extraído de la subconsciencia sin que inevitablemente se impregne de luces de razón. La desesperanzada tragedia del Superrealismo—ideal tanto más remoto cuanto más intenta uno acercársele—es su exasperado objetivo de parir hijos sin carne; y

e) Entre David y Picasso—Picasso, 1921—existe un «no man's land», en donde quizás se encuentre, entre dos fuegos, el hipotético equilibrio: arte y naturaleza, cielo y tierra, fantasía y realidad. Quizás el sentido clásico sea eso... y quizás sea otra cosa.

No quisiera hablar de estética, pero... Un cuadro que tiene mi atención me estimula a ensayar una clasificación elemental de la Pintura. Creo que podría dividirse a la Pintura en dos grandes grupos: cuadros que saben guardar silencio discretamente cuando no se les interroga—sin ser por ello inocuos ni triviales—y cuadros que hablan y chillan, sin pausa ni resquicio. Y aún podrían señalarse otros grupos—mejor: subgrupos—: cuadros que no tienen nada que decirnos y cuadros que repiten incesantemente la misma cantilena. ¡Cuidado con unos y con otros!

Francis de Miomandre no es Francis de Miomandre: es su fantasma. La calidad lunática de su rostro y de sus manos es perfectamente irreal y fantasmagórica. Acciona untuosamente—salta a punta de pluma otro adjetivo: pálidamente—y el tono y el matiz sobrepasan perspectivamente al concepto y a la palabra. Lo que cuenta mayormente en Francis de Miomandre—como en Corot—es la gama de su mediatinta: la inapreciable riqueza de su gris plata.

...y volvamos al cuadro. (¡Cómo me obsesiona!) Cabe distinguir entre obras para nuestra casa y obras para un mu-

seo. La clasificación queda señalada por dos sentimientos distintos: la simpatía y la admiración. Los cuadros de museo—que pueden ser o no obras maestras—no se resignan a que nuestros ojos, en los instantes de laxitud, se limiten a resbalar apaciblemente por sus líneas o se detengan en sus colores, para beber en ellos en una fuente; exigen de nosotros una atención constante y un estado espiritual de predisposición que no pueden sostenerse cotidianamente. Las obras de arte para exornar nuestra casa pueden tener una aspiración más limitada—de orden inferior, subalterno, si se quiere—: la simpatía. (...pero, ¡qué encantadora!) Claro está que la simpatía varía con relación al temperamento de cada cual; pero todos coincidimos en considerar antipática la insistencia.

... (Otro ejemplo de lo expuesto: Hermann de Keyserling, la admiración; obra para un museo. Francis de Miomandre, la simpatía; obra para nuestra casa. Con dioses, nosotros, los hombres, no podemos ni debemos convivir...)

¡Qué rígido el conde de Kessler! Ideas en formación militar, dóciles a las voces de mando. Orden y disciplina. Anulación de todo amable individualismo para la exaltación de lo heroico colectivo. «Deutschland, Deutschland über alles!» Precisamente lo contrario, todo lo contrario de Francis de Miomandre.

Usted tiene un concepto erróneo del conde de Keyserling. Lo imagina usted un bonzo porque su conocimiento data de la estancia de ambos en el Extremo Oriente. ¿Ha olvidado usted que el hombre, zoológica e intelectualmente, es esencialmente mimético? El marco en que se desarrolla su vida absorbe a los hombres y los transforma hasta asimilarnos a su propia substancia. O, dicho con palabras del propio Keyserling: «El alma se acomoda a las circunstancias.»

Si. Pero la multiplicidad del conde de Keyserling es típicamente oriental. El filósofo livonio evoca, en cierto modo, al protagonista de «Hadji Baba of Ispahan», de James Morier. Cuando el conde de Keyserling creía ver algo específicamente oriental en dicha obra, era su propia imagen—su multiplicidad de pensamiento—lo que estaba mirando.

¿Keyserling es una ciudad? Un templo hindú. «El Templo de Rameshvaram, solitario, rodeado de mar y de palmeras, junto a cuyos muros las filas de los devotos, iluminadas a chorros intermitentes por las antorchas, se inclinan temblando de veneración». Salimos de Keyserling como se sale de un templo. Recordemos los «innumerables peregrinos, hierofantes y servidores del templo, que iban y venían entre elefantes adornados como iconos, carrozas y angarillas recubiertas de oro». El prestigio secular del templo—«... los fieles, a millares, cubren los ghâts; las oraciones, en olas de oro, ascienden hacia el sol saliente; la atmósfera toda parece penetrada de divinidad...»—cobrará una nueva magia en nuestro sueño. Y a las deslumbradoras palabras, escritas con áureas letras a la puerta del templo, ¡no las olvidemos jamás!

Aquí el ánimo crea la realidad y toda realidad se convierte en estado de ánimo.

Los despilfarros de "La Dama de las Camelias"

El Dr. Lucien Graux acaba de publicar un libro de gran emoción, en el que ha reunido, ordenado y comentado todas las facturas de María Duplessis, la inmortal Dama de las Camelias. Se puede analizar muy bien la vida, los gustos y casi el encanto de una persona por su contabilidad: cada factura encierra un capricho y cada capricho una revelación.

Así nos es posible enterarnos de todas las locuras de una muchachita alegre del siglo pasado, que gastó mucho porque así lo requería su oficio. «Los hombres se sienten atraídos por el lujo», decía ella. María gastaba y derrochaba un término medio de 500 francos diarios; la saqueaban, la robaban, pero las deudas formaban parte del tren de lujo de su casa.

Y, sin embargo, la encantadora Dama de las Camelias poseía un espíritu ordenado, un corazón buenísimo y las intenciones más honradas del mundo. Pagó cuanto pudo, y el día de su muerte sólo dejaba 20.000 francos de deudas. Como la venta de todos sus bienes alcanzó la cifra de 90.000 francos, sus acreedores no perdieron nada concediendo crédito a la más cándida de todas las «cocottes».

Las gentes de aquellos tiempos, escandalizadas, decían que llevaba un boato infernal. En 1840, «un boato de infierno» era el de María Duplessis, que pagaba 3.200 francos de alquiler por su entresuelo del Boule-

vard de la Magdalena, que invitaba a comer a sus amigos en Voisin, gastando 45 francos, que diariamente compraba un par de guantes y gastaba 20 francos en camelias.

Tenía un cochecito muy lujoso, el mobiliario de madera de rosa y una cama adornada con cariátides; viajaba por el Rin y se aloca en casa de sus modistas Henriette et Marie, que la cobraban 80 francos por un vestido de seda. ¡Pero cuántas chucherías necesitaba, además!... ¡Qué de encajes, qué de chales de India, qué de guantes, qué de flores y de productos de belleza! Releyendo esas facturas quedamos asombrados de la baratura de todas aquellas cosas y asustados de lo que suman en total.

Y el libro analiza en una progresión dramática el precio de la primera sonrisa hasta el precio de la muerte. Entre tantas facturas encontramos las del farmacéutico, después de la alarma de la factura de la leche de burra, comprada en casa de Rosset, cuya tienda lleva como rótulo «La vaca flamenca» (Alquiler de burras de leche para la ciudad y para el campo.) Las de la farmacia empiezan por los jarabes calmantes y termina con los preparados de morfina. Y más adelante disminuye el importe de las facturas ante la inutilidad de todos los cuidados. Es el final. La Dama de las Camelias agoniza en medio de la vanidad de su lujo, entre una niebla de lágrimas que vislumbraban ya claridades sobrenaturales.

MANUEL COELLO

UNA FÓRMULA

Eugenio Lautier nos había conservado esta concisa y exacta definición del periodismo, debida al viejo maestro Hébrard:

El periodismo debe tener por único programa estos tres puntos: 1), saber; 2), saber hacer, y 3), hacer saber.

Y, agregaba, con una punta de melancolía:

«Antiguamente, los periodistas sabían, pero no sabían hacer saber. Hoy hacen saber, pero ya no saben más.»

(«L'Ordre», París.)

El reloj de las horas de oro

¿Qué pensarían nuestros lectores si les dijéramos que existe en París un reloj que deja de utilidad al Estado más de dos millones de francos anuales? Es necesario convenir que, para tratarse de un simple mecanismo, este reloj es de una utilidad contra el cual tratarían en vano de competir los más concienzudos y laboriosos funcionarios del Estado, los más hábiles parlamentarios, los ministros más eficientes.

Pero expliquemos de qué se trata.

En el Observatorio de Astronomía se ha instalado un reloj parlante que, mediante un dispositivo especial, da la hora a cualquiera que lo pregunte por teléfono. Este maravilloso mecanismo parlante está controlado por los famosos «relojes madres», del mismo Observatorio, que se hallan instalados al abrigo de toda perturbación y de las variaciones de temperatura en el fondo de un pozo, al cual nadie penetra, porque la simple irradiación térmica y eléctrica del cuerpo humano bastaría para hacer alterar su marcha. Un «ojo eléctrico» colocado frente al péndulo vigila su movimiento y envía automáticamente la hora exacta a los puestos de radiotelefonía de los barcos que se encuentran en alta mar.

No menos de 12.000 personas consultan diariamente la hora al Observatorio. Cada comunicación cuesta 50 céntimos. Lo cual significa que un invento que parecía no tener ninguna aplicación práctica, reporta al Estado unos dos millones de francos.

El legionario no teme la muerte

El Dr. Péchin, que visita a menudo Marruecos, en su calidad de inspector general del Ejército, cuenta esta deliciosa historia:

—Un coronel, amigo de la temperancia, veía que sus soldados se «pillaban unas merluzas» descomunales, a pesar de las conferencias antialcohólicas mensuales. Durante una de sus licencias, compró en París un lote de máximas lapidarias impresas en cartón y las hizo fijar en todas las habitaciones.

Una de ellas decía así, en enormes caracteres:

«EL ALCOHOL MATA»

Poco tiempo después, el inspector hizo una inspección en los cuarteles. Y notó que la máxima sobre el alcohol que mata había merecido los honores de un inesperado autógrafo. El oficial se caló sus lentes y leyó:

«¡El legionario no teme a la muerte!»

(«Le Voltaire», París.)

COPPELIA - PERFUMERIA Y BISUTERIA

Manuel Valderrama - Barquillo, 12 - Teléfono 12321

Ayuntamiento de Madrid

Los escritores jóvenes, en su afán de encontrar semejanzas, imágenes, metáforas nuevas para establecer, por carambola, relaciones entre elementos disímiles, entre cosas antagónicas, se han tomado la libertad—ya se dijo: “Libertad, a cuántas prostituciones te prestas.”—de comparar al loro con el gramófono. Lo curioso es que el disco rueda sin una protesta. Y salta a la vista, cuando no al oído, que la comparación es un abuso de pluma más que un derecho de la libertad de pensamiento.

Porque el loro es un animal que, en primer término, luce y reluce. (Esto es de la copla de los andaluces en la calle de Alcalá.) Pero, aparte la cita, no cabe duda que el loro común es una esmeralda más interesante que todas las que encierran nuestros Museos. Esta esmeralda viva, con la alcayata de marfil del pico equiparable a muchas narices humanas y judías, no se limita a ofrecernos a la mirada las brillantes persianas de su plumaje para que la admiremos. Nos remeda, nos imita, devuelve, remontadas y colocadas, palabras y observaciones nuestras y hasta parece burlarse de nosotros para que estimemos más su fondo malicioso.

Así todo el mundo recordará alguna “lorada”, siempre ingeniosa. Por eso pretendo apuntar rápidamente tantos a favor de nuestro verde, jocundo, orondo, eufórico y amado animalito, desechando con argumentos, por ser de justicia, la comparación con el gramófono. El gramófono tose, carraspea, incuba constantes salibazos, que arroja al aire, convirtiendo al oído en una escupidera. Pone los nervios de punta. Se sabe, apenas se oye la voz que el aparato emite, que es un disco el que fatigosamente está dando a luz una canción merced al fórceps tenaz de la aguja. El loro no requiere que le pinchen para repetir, muchas veces corregido y aumentado, igual que las academias, aquello que con mayor cuidado decimos. ¡Y cómo nos sorprende retransmitiendo con voz clara y humana, con pronunciación exacta, cuanto por inveterado candor supusimos que no había sido oído por nadie. (Nunca le he visto las orejas al loro.) Por ello nos acoquina cuando en medio de una reunión de esas llamadas de cumplimiento o de etiqueta rompe la comedia de la charla trivial no imitando a la vieja impertinente, que introduce el senil hocico, mal llamado pico, sino jovial, alegre y cínico, cual pimpante golfillo, para soltar el impropio. la palabra “bomba” que reservamos para nuestro uso privado.

Ya sabéis que, debido a esta graciosa facultad, el loro suele mofarse de las visitas. Si el loro dice: “Las de Gómez son cursis”, confunde al ama de la casa, porque da la casualidad que lo dice cuando las de Gómez están de cuerpo presente, es decir, de visita. “¡Animal! ¡Idiota! ¡Imbécil! ¡Majadero!”, dirá el ama de la casa. Pero el loro, erre que erre, continuará, aun amenazado, aun papiroteado, aun martirizado: “Las de Gómez son cursis.” “Las de Gómez son cursis.” Naturalmente, las de Gómez se amoscan, y la dueña de la casa se ruboriza. Aquéllas piensan que el loro ha oído ese juicio a los de casa, y éstos, que al loro no se le pueden tolerar tales bribonadas.

Pero esta simple escena plantea un problema de honda y prolija investigación. ¿El loro piensa lo que dice? Que habla es un hecho. Si piensa lo que dice es algo que no han averiguado todavía los psicólogos. Sin embargo, no os llevéis ciegamente de la ciencia, casi siempre presuntuosa. Vamos a los hechos. El loro, cuando dispara su torpedo verbal, ¿sabe lo que dice o dice lo que sabe? Porque lo grave—repito—es que el loro suelta la palabra incomedida o destrozona con oportunidad y justeza, con puntería tan admirable, que ya la quisieran para sí muchos humoristas infructuosamente malévolos. Y lo mismo que cualquier agudo parlamentario, parece entrenado para las interrupciones desconcertantes. ¿No resulta asombroso?

Mientras tanto, el sabio “plumipedo”, en los días ordinarios, se hace el tonto o el “lorenzo” o el “longui”, para valerme de gráficos vocablos netamente madrileños. A diario, dentro de la vida normal, es cuando “vierte” cosas sin interés, sin ilación, paparruchas desensartadas, como si estuviera en estado “ton-timanideo”. Es que, sin duda, espera los días grandes para revelarse.

¿Podría hacer lo mismo un gramófono? ¿Es lo mismo siquiera? De ningún modo. Entonces ¿cómo es posible comparar una cosa viva y radiante, poseedora de entrañas efectivas, con una rodela tartajante a la quinta vez de su empleo, engendro de la química y de la artesanía, que no hace sino reproducir mecánicamente, mal espejo del sonido, cuanto nosotros gritamos? El loro, además, es elemento moralmente importante. Sin quererlo quizás, lo que no es obstáculo para nuestro reconocimiento, cobra reputación de maestro. Porque, devolviéndonos nuestras inconveniencias verbales en los instantes en que deben ruborizarnos, nos obliga a ser más discretos. Esta intención pedagógica



indiscutible, salida de los fondos misteriosos de un animalito, al parecer tonto, ¿la hallamos en los discos? Esa pequeña caja mortuoria que es un gramófono, donde se produce una falsa resurrección de la voz, no podrá compararse jamás con un ser que nace, crece, se desarrolla, habla y muere cumpliendo puntualmente su destino. Si a su larga existencia y fantásticos milagros hay algo paralelo, no cabe duda que es nuestra vida, con la ventaja para el loro de que habla mucho menos que nosotros, que no existiríamos materialmente sin hablar de alguien. Se calumnia al loro cuando a un hombre que habla mucho le decimos: “Hablas como un loro”. Nada más inexacto. El loro es, al contrario, el animal más avaro de su lengua. Son más, en efecto, las horas que pasa en pensativo silencio, enganchado

PSICOLOGIA DEL LORO

Por FELIX DEL VALLE

al paseo de su estaca o encerrado en jaula de anchos barrotes, que las que dedica a ponerse en relación oral con nosotros. También otra calumnia al loro: en Madrid, de toda mujer fea, suele decirse: es un loro. ¿Qué es lo feo y qué es lo guapo? En masculino, francamente, lo ignoro. Pero de la lora sí estoy en condiciones de afirmar, que tiene evidentes relieves de belleza natural: ojos sin rimel, puesto que ha suprimido las pestañas, aunque con ojeras tiernamente blanquecinas y coqueterías simpáticas, muy insinuantes y, desde luego, airoas, porque las loras, valiéndose de las alas, hacen llamadas al género contrario, dando el sí o el no, plegando aquéllas en el primer caso y desplegándolas en el segundo, lenguaje anterior al ya sepultado de los abanicos. Fíjese también el lector que a nadie se le pide más veces la mano—o la pata, para el caso es lo mismo—que al loro, que, avieso, la da preferentemente a las mujeres. En cambio, la lora se resiste a



dársela a los hombres. En ello, los empíricos, reconocemos su sexo. Y después, todavía alguien dirá que no tienen vista.

Son los loros tan variados en el timbre de su voz, en el tamaño y el “atuendo”, que un catálogo de la especie americana superaría los tomos del Espasa Calpe. Claro que al ser tan distintos cambian de nombres: guacamayo, pericos, cotorras, papagayos, etc. Sobre los colores de estos animales nada se ha dicho, tal vez porque se desconoce su intensa pluralidad. Son anteriores al cubismo, al futurismo y a todos los inventos pictóricos estrambóticos. Los hay con el pecho de acero y en las alas dos anchas líneas de oro que desparan su áurea pulverización por el resto del cuerpo, o con el pecho de un rosa de pétalo de ídem y las alas llenas de quebrados dibujos en cobalto, blanco luz, negro Josefina Baker, sobre un fondo delicado y romántico de violeta disecada.

Cuando el animalito se encoleriza, el pico es una garrá, no ya solamente de forma, sino de hecho. Las rabiéas del loro van acompañadas de un carraspeo insistente y desagradable, como si hiciera gárgaras con cristallitos molidos o con pedazos de lija. Pero su rabia, su furor, su protesta, no tiene la integral expresión descompuesta que adquiere en casos idénticos el rostro de otros animales. Proviene de infortunios de la garganta o del estómago, lo que le da un carácter biliosamente “lideresco”. El rostro permanece imperturbable, y la fiera no asoma a los ojos ni le frunce el gesto. Y esta ateniense singularidad distancia al loro del orador congestionado por la emoción, desecho de que sus palabras sean puñaladas, sinápsimos de mostaza para enardecer las heridas eternamente abiertas en la masa. Ciertamente, sobre todo el parlamentario, luego de haber dado su nota estridente e inflamada recibe las enhorabuenas, los abrazos, los apretones de manos con una sonrisa mixta de satisfacción personal y de esperanza en el ascenso. Su rostro recobra la felicidad, de sus ojos desaparece el fuego chisporroteante, sus brazos han dejado de ser molinos que molían las palabras y las tiraban a la indiferencia del aire, más que con la sagacidad de quien avienta semillas, imitando las detonaciones de los balazos. Toda esta sinfonía agitada, tumultuosa y terrible de un hombre, sólo con su palabra tiene su público y su prensa. Nadie, en cambio, le conoce mérito al enfurecimiento verbal y corporal del loro. Todos se ríen de sus rabiéas, que son, sin duda, más sinceras que las de nuestros oradores políticos, porque los loros no aparentan enfadarse por lo que les sucede a los demás—desconocen a sus partidarios—, sino por algo que a ellos ineludiblemente atañe. Así, siendo el loro el animal que más se acerca al político por su facilidad oratoria, lanzada sin porqué, es también el que más se separa de él. Le pierde, vuelvo a repetirlo, su sinceridad. El loro, en efecto, desconoce el disimulo, la cautela, la discreción, el cálculo, esas virtudes de confeti que suelen perfilar la grandeza, invisible muchas veces hasta para un microscópico generoso, de los personajes rutinariamente celebrados. Sin jactancia, sin guapeza física para el ojo vulgar, no es raro que el loro no sea un animal popular, cual el perro o el gato, que saben adular y someterse a los designios imperiales de la voluntad del amo. El loro mete la pata. Esto es evidente y no lo negamos. Y la pata en este caso no es la agelatinada y flexible extremidad, sino la matemática indiscreción de su palabra. Ya hemos comprobado cómo en lo mejor de una reunión dice lo que no es permitido, triza el protocolo, revela un secreto, indica algo monstruoso, repite con hábil impertinencia un juicio particularmente emitido, averiando farsas, agitando fiestas bizarramente sostenidas por la fragilidad de la educación y las buenas maneras. “Entonces—se me dirá—su palabra es una bomba.” ¡Ya lo creo! Y omnipotente. Sólo que a diferencia de la de los políticos, en vez de cargarse con aires patéticos se halla cargada de una verdad que proviene de lo más íntimo y honesto de la conciencia, porque el loro guarda en su memoria, para repetir, críticas y juicios auténticos, infalibles, que nos reservamos casi sólo para nosotros o para la confianza con los muy próximos a nosotros. Un animalito tan gigantesco francamente franco, aunque hablase a todas horas, no puede alcanzar la situación mimosa de otros. A lo sumo habrá que dejarlo en lo que es: un fiscal severo, honrado, insobornable, imponente. Si llevamos loros a los pasillos del Congreso, donde, según parece, se dice la verdad, y luego de un entrenamiento suficiente de pasillos, los plantáramos en los escanos, ¿quién desmentiría mejor que el loro a los oradores, quién apagaría más faroles, quién se atrevería a rectificar sus afirmaciones? Tendrían sus humanos contrincantes que retorcerles el cuello, porque el loro no admite réplicas ni polémicas. Aprende la verdad y la repite una y cien veces, como pensando: “Ahí va eso y con eso basta.” Y, seamos justos, la razón le sobra.

MUSEOS MONOGRAFICOS EN LAS CASAS DE LOS HOMBRES CELEBRES

Por SANTIAGO MASFERRER Y CANTÓ

Toda ciudad que se estima a sí misma debe rendir culto a su pasado conservando y restaurando los monumentos que se erigieron en otras épocas para perpetuar los hechos políticos, sociales y económicos acaecidos en ella, y que por su valor histórico y arquitectónico merecen ocupar un puesto en la múltiple antología de la ciudad.

Todo ciudadano que tenga consciencia de lo que representa la personalidad ciudadana en el mundo y sienta honda estima por su ciudad debe contribuir a que se perpetúen los valores de los que fueron sus antecesores moradores en ella y que por su obra y merecimientos su nombre debe aparecer nimbado en la inmortalidad de su historia.

Los valores inmortales tienen sus jerarquías según la estima que despierta su obra entre los que les postviven. Hay celebridades intermitentes que aparecen y desaparecen, privan durante un tiempo y luego se eclipsan en el olvido para luego aparecer nuevamente.

Son los que, a lo sumo, su nombre nombra el de una calle, su retrato se conserva semio olvidado en un centro cultural y su obra gráficamente inconsultada permanece cubierta de polvo, del polvo de los años que delatan el olvido. En cambio, hay celebridades cuya obra escrita en el pasado es presente para las generaciones que les suceden, y esto aumenta su estima y celebridad entre sus conciudadanos del presente, que se plasma en búsqueda de todo lo que les perteneció y hace referencia a ellos en todos sus aspectos. Y este agrupar y coleccionar los objetos en este sentido es el origen de la fundación de los museos monográficos de las casas de hombres célebres: recopilación de objetos de su pertenencia juntamente con otros que, sin serlo, lo fueron de su centuria. Unos y otros completan y complementan esta exposición heterogénea en objetos y homogénea en cuanto a la época.

En este sentido, actualmente, en Madrid, con motivo del centenario de la muerte del ilustre literato Fray Félix Lope de Vega Carpio se está restaurando la casa en que vivió y fué de su propiedad, para convertirla en museo; por lo tanto, pudo imprimirle la personalidad de sus gustos.

Esta casa, a través de los años, perteneció a distintos propietarios, siendo el último doña Antonia Cabrejo, quien, al morir, la cedió al Estado. Y el Estado, por conducto de la Academia Española, encargó la reforma a su prístina estructura al arquitecto D. Pedro Muguruza, quien, con gran cariño e inteligencia, está llevando a feliz término la obra que se le encomendara.

El caserón de Lope de Vega está instalado en la antigua calle de Francos, número 11, hoy llamada de Cer-



BERTA SINGERMAN

En cada una de sus visitas a España, Berta Singerman obtiene el mismo éxito de taquilla y de crítica. Pasa el tiempo y, por dilatado que sea el lapso que haya dejado transcurrir entre una y otra presentación al público madrileño, éste acude con idéntica simpatía, con el mismo deseo de comprobar si las interpretaciones de la recitadora argentina conservan aquella fidelidad y frescura que siempre había admirado. Y Berta es siempre la misma. Un poco renovada, más afinada su sensibilidad, mejor orientado y más ampliado su vasto repertorio, en el que ahora incluye a los poetas jóvenes. Y a los muy viejos, felizmente.

Porque ninguna colega suya había tenido hasta ahora la ocurrencia—la audacia—de acudir a los balbuceos de nuestra poesía. Apenas si se atrevían a extraer y traducir sin fervor alguna joya de nuestro inagotable romancero. Pero Berta sabe devolver su frescura al Marqués de Santillana, su tono sentencioso—sentencia de calaverón horaciano—al Arcipreste; su melancolía a Jorge Manrique; su encendida y reprimida pagania al fray Luis que vertió al español el Cantar de los Cantares; su dignidad a Inés de la Cruz.

Ningún autor parece inasequible a su temperamento, que vibra lo mismo con la prosa milimetrada de Juan Ramón Jiménez que con el chorro de palabras de Santos Chocano. La interpretación que el último sábado hiciera de "Los caballos de los conquistadores", del poeta peruano, fué de una belleza extraordinaria.

¿Cómo a continuación pudo emocionar al público del Español con algo tan distante como "La Voz Humana", esa honda y desgarradora tragedia de Cocteau? Es que la Singerman gusta confeccionar unos programas de voluntario eclecticismo, para dar a conocer toda la gama de su temperamento, como el violinista se presenta a su público con un difícil "pizzicato" y una elegía para demostrar su técnica.

No es de asombrarse, pues, que en estos momentos de crisis teatral, Berta Singerman, al sólo anuncio de un recital, pueda llenar ampliamente la vasta sala del Español.

E. P. M.

vantes, porque en ella vivió y murió el inmortal Don Miguel, en la casa señalada con el número 2.

La casita de Lope de Vega es un palacete de dos pisos con un desván. En el marco del dintel de granito de la puerta de entrada están esculpidas tres iniciales: "D. O. M.", y la inscripción latina: "Parva propria magna imagna alienara parva." En la planta baja hay tres aberturas correspondientes a tres ventanas con rejas de hierro forjado de muy sencilla labor; en el segundo, tres balcones con barandilla de elegante sobriedad. El maderamen de ventanas y balcones sin cristales tiene todo el sabor del siglo XVI, con los clásicos encasetonados de la época. Estas puertas y ventanas, de auténtica tracería de su tiempo, que se encontraron al derribar muros y tabiques, pues las exigencias del destino de la casa habían hecho levantar aquí y allá separaciones provisionales; estas puertas y ventanas antaño fueron innoblemente blanqueadas, ocultando el gracioso veteado de las aguas de la madera. Creemos que el buen gusto hasta ahora demos-

trado por el arquitecto que dirige las obras tendrá en cuenta este detalle y hará cepillar y raspar la pintura que las cubre para que la madera adquiriera nuevamente su color natural, y debidamente barnizada en tonalidad oscura, pueda guardar armonía con las vigas del techo, libres ya de los cielos rasos que las cubrían, que es un acierto del arquitecto, así como también el trazo sencillo y resuelto de las líneas del maderamen de la escalera que comunica con el piso superior, que es la primera evocación de la época que se percibe al entrar en la casa, pues la del personaje que lo habitara lo rememora una lápida de mármol surmontada con un medallón grabado con el busto enfrentado de Lope de Vega, al pie del cual se lee esta leyenda: "Al Fénix de los ingenios, Fray Lope Félix de Vega Carpio, que falleció el 27 de agosto de 1635, en esta casa de su propiedad. La Real Academia Española, año 1862."

Las distintas dependencias de la casa tienen una simpatía acogedora, por la amable sencillez de que ha sabido dotarlas el arquitecto, conservando e instituyendo a la par su primitiva estructura: estancias iluminadas por la luz, que entra a raudales por las ventanas, y que se hacen doblemente claras al chocar con el blanco estucado de las paredes. Todas las dependencias están caldeadas modernamente por radiadores ocultos en huecos de los muros trazados al efecto.

Para respetar la superficie de la antigua finca se han expropiado unas casas vecinas que invadieron lo que fué huerto. Se han derribado, así como también la crujía que las separaba, y en este terreno libre se cultivará como antaño un huerto como el que a diario contemplara el autor de "Fuenteovejuna", con un pozo, cuyo brocal se construirá con los mismos elementos del primitivo.

Y una vez remozado este antiguo caserón, de doble valor histórico y artístico, será destinado a Museo de Lope de Vega: amueblando las habitaciones con muebles que le pertenecieron y completándolo con otros de la época, a fin de que esta casa-museo sea una monografía histórica y artística del tiempo de Lope de Vega, y en ella puedan estudiarse con toda minuciosidad el mueble, los utensilios de cocina, la vajilla, las ropas de cama, la indumentaria, el complemento de la indumentaria: la joyería, en el interregno que marca la vida del autor de "Peribáñez".

Y para captar y penetrar en el espíritu de Lope de Vega se formará una biblioteca con los libros que le fueron dilectos, con los consultados con más frecuencia, cuya predilección puede adivinarse a través de sus escritos.

Y en amplia sala, para un público de minorías, la biblioteca libre para consulta de las obras completas de Lope de Vega en todas sus ediciones, traducciones de sus obras en todos los idiomas, estudios, ensayos, monografías dedicados a su biografía y bibliografía en español y lenguas extranjeras, para que el público, en sus diversas jerarquías, pueda leer y difundir las ideas contenidas en las obras de Lope de Vega, que algunas de ellas tienen actualidad presente.



Interior de la Casa Lope de Vega, en Madrid



Entrada de la Casa Lope de Vega

Las figuras más firmes del Teatro empiezan a vacilar

Con la comezón espiritual que produce toda preocupación auténtica, me atrevo a registrar el hecho; hecho angustioso para la historia del teatro contemporáneo, pero cuyos perfiles, de real antipatía, cuyos síntomas, de acusado relieve, han herido ya las retinas más sensibles, más reacias a la comprobación ingrata de toda verdad pura de artificio. Y el hecho es el siguiente: hasta hace muy poco tiempo—dos o tres temporadas, si se me apura para que concrete—, las cinco o seis compañías de comedias que actúan periódicamente en Madrid iban capeando el temporal de sus desventuras económicas con la vista fija siempre en el punto de luz de una esperanza que, cada año, de manera casi infalible, hacía acrecentar los fundamentos de su fe. Eran la esperanza de cada una de estas compañías la obra que tal o cual autor—santo milagroso de la devoción de este o de aquel empresario—entregaba invariablemente a la dirección del elenco, con la oportunidad, reiterada años y años, de bote salvavidas que se arroja al mar en el instante preciso en que unos naufragos van a ser arrastrados por las olas. Este salvamento de cada temporada revestía de tal confianza a los artistas y empresarios de esos cinco o seis negocios teatrales señalados, que infinidad de veces, ante la lamentación oficiosa de un amigo cualquiera que comprobaba la ausencia absoluta de público en la sala, el empresario, con un gesto prócer de indiferencia, con una firmeza pedante en el tono, decía: «¡Es igual! No tiene importancia. A últimos de mes estrenaremos lo de Fulano y ¡ya verá usted cómo entonces vendrá el público!... ¡Suplicarán butacas de la última fila!... ¡Si lo sabré yo!... ¡Llevo veinte años de empresario!»

No se equivocaban. Llegaba el estreno de Fulano y, efectivamente, si la obra gustaba, si en la primera representación el público aceptaba como buena y la sancionaba con sus aplausos, el empresario podía frotarse las manos, hincharse de optimismo, pensar alegremente que ya tenía los llenos de su teatro asegurados por lo que quedase de temporada; creerse, en definitiva, salvado durante aquel año de los horrores de un naufragio económico.

Naturalmente que si la obra era protestada la noche del estreno, si el autor «se equivocaba», como era la frase de ritual, se venían al suelo todos los palos del sombrero optimista. Entonces el empresario cambiaba el hábito de su alegría por el de la tristeza, se frotaba las manos, en vez de con desbordamiento eufórico, con rabia incontinente y enfocaba inmediatamente sus afanes a arrancarle a otro de los autores acreditados en el éxito la promesa solemne de hacerle una nueva comedia con la que buscar compensación próxima al descalabro sufrido.

Lo que no ocurría entonces y donde radica lo que yo llamaría fallo de la comodidad, es algo que, de poco tiempo a esta parte, va asomando su perfil espantoso por todos los escenarios durante las veladas de estreno, para tormento de los directores de compañías, que piensan, con sentido inconcebible de sus deberes, que su misión termina en el instante en que han logrado la promesa formal de un autor acreditado—crédito que, naturalmente, son ellos quienes lo disciernen—, de que les entregará una comedia para que la representen los actores de su elenco durante la temporada oficial de Ma-

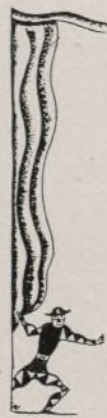
P o r A L F R E D O M U Ñ I Z

drid. Es decir, esa tranquilidad de los magnates de cualquier asunto de teatro que los hacía esperar alegres y confiados el cumplimiento de la promesa del dramaturgo X para ver llegar a su negocio la era de las vacas gordas y tumbarse a la bartola sin otra inquietud que la de contar cada noche la magnífica recaudación de sus taquillas, ha terminado. La experiencia triste de múltiples comprobaciones es como un alerta que debe repetirse constantemente en todos los escenarios de España, como un grito de previsión que ha de llegar a los oídos de los directores de compañías para despertarlos de un sueño dorado de otras épocas y abrir sus ojos a una realidad, que sería empeño vano tratar de apartarla del primer plano de toda actividad dramática. Los tiempos han cambiado notablemente, y si cada hora tiene sus afanes, ésta de ahora impone el rigor de sus prerrogativas, especialmente en este caso, a quienes, sin que nadie los fuerce, por voluntaria inclinación de sus actitudes—al menos así hemos de pensarlo—, se erigen nada menos que en inspiradores y conductores de empresas de arte. No basta hoy, cuando la sensibilidad media del público empieza a hacer distinguos acertados entre lo bueno y lo malo que se le sirve en materia dramática; cuando esas distinciones son, posiblemente, las que cortan en flor las insulas pseudoartísticas de muchos zotes literarios y deciden el resultado económico de muchas temporadas teatrales, disponer de un capital, más o menos cuantioso, tomar en arriendo un coliseo de la capital de España y hacerse, sin más ni más, numen de una empresa de esta monta. Bien está que el capital extienda el área de su inquietud hasta las zonas del arte; pero, naturalmente, sin traspasar los límites que establecen las reglas más elementales de la prudencia. Puede un ciudadano cualquiera, si cuenta con fortuna para ello, levantar un magnífico teatro y hasta encauzarlo admirablemente en su aspecto administrativo, que para eso están los genios de la contabilidad y de la ingeniería; pero, lo que no podrá hacer nunca ese ciudadano, si además de una fortuna no cuenta con una preparación sólida, es orientarlo en su aspecto artístico. Si para edificar el coliseo necesitó encomendarse a la pericia de un arquitecto y para administrarlo después hubo de valerse de una persona versada en contabilidad, no entiendo por qué razón puede pensar siquiera en regir sus destinos artísticos. De igual manera que para poner en marcha un negocio teatral hay necesidad de actores, de taquilleros, de acomodadores, de un administrador, de un representante, etc., etc., hay necesidad—y necesidad más apremiante por más responsable—de un comité de lectura, o, cuando menos, de un lector; de un lector... que ni siquiera tendría que ser un Shakespeare: con que fuese un hombre inteligente y culto bastaba.

Porque, de lo contrario, dejar encomendada, como hasta aquí, la dirección de las empresas teatrales a quien no cuenta con otros méritos que el de haber aportado las pesetas necesarias para «echar a andar el asunto», tiene, entre otros, el peligro de lo que apuntábamos al comienzo de estas líneas: que fallen los seis o siete autores que son los respectivos puntos luminosos de esperanza de otras tantas empresas. Y, naturalmente, se quiebre la línea cómoda de fiar el negocio a la comedia que ha de traer Fulano o Zutano, comedia que—no hay sino hacer un balance de la actual temporada—va fracasando ya con insistencia hartamente inquietante.

¡Hay que leer, señores míos! Y hay que leer a los jóvenes, que son los únicos que pueden vivificar la escena española con nuevos alicios. Y tiene que leer, no el animador económico de cada negocio teatral, si no quien sea garantía de solvencia literaria, que no es lo mismo.

TEATRO



ENTRE ACTO Y ACTO

DIALOGOS IRRESPONSABLES

—¿Pero qué es esto? ¿Usted ha visto cosa igual?

—Igual ¿a qué?

—A lo que ocurre esta temporada. Las figuras más eminentes de la escena estrenan una obra, y a los quince o veinte días, ¡zas!, desaparece de los carteles como si se tratara de la comedia de un novel cualquiera. ¡Esto no había ocurrido nunca!

—¡Naturalmente! Como que nunca, nunca se había llevado a los escenarios tanta majadería como en los días que corren. Las empresas, con la vista fija únicamente en tres o cuatro autores, los atosigan hasta el punto de someterlos a una superproducción, cuyos resultados saltan a la vista.

—¡Calamitosos, amigo, calamitosos! Repase usted el panorama de las carteleras madrileñas desde que dió comienzo la temporada de invierno. Que yo recuerde, han estrenado: los hermanos Quintero, dos comedias; don Jacinto Benavente, tres comedias; Muñoz Seca—con o sin Pérez Fernández—, tres; el poeta Eduardo Marquina, una; don Carlos Arniches, una; Serrano Anguita, tres. Total: trece comedias de autores de primera fila, en poco más de cuatro meses de temporada. De todas estas obras, se conservan en los carteles las estrenadas últimamente. ¿Es o no es así?

—Así es.

—Pues tome usted buena nota de esta estadística... y piense en los tiempos felices en que una comedia cualquiera de los mentados autores, estrenada con éxito, tenía vida próspera para ochenta o cien noches. Y no olvide que ninguna de las obras comprendidas entre esas trece fué protestada por el público. Que el dato también tiene su importancia.

—¿Qué me dice usted del desventurado matrimonio María Fernanda Ladrón de Guevara-Rafael Rivelles?

—¡Vaya, hombre, salió a relucir otra vez lo del divorcio! ¿Pero es que no está usted en el secreto?

—¿En qué secreto?

—En lo del divorcio. La señora Ladrón de Guevara ama a su esposo, el señor Rivelles, con apasionamiento. Piensa en él, sueña con él y vive por él y para él. Y él corresponde al amor de su esposa con lealtad admirable.

—¿Entonces por qué se han separado?

—Porque estuvieron en Hollywood.

—¿Nada más que por eso?

—Nada más.

—No me lo explique.

—Claro, como no ha estado usted en Hollywood...

—Y a propósito de María Fernanda Ladrón de Guevara y Rafael Rivelles: ¿formarán, al fin, cada uno compañía distinta?

—No. ¿Lo quiere usted más claro?... Seguirán trabajando juntos, mientras más juntos, mejor. Ella, como siempre, hará los papeles de dama, y él, como siempre también, hará los galanes. No hay tanto que agrade al público de provincias como oír decirse maridales de amor a un hombre y a una mujer que fueron matrimonio auténtico y que ya no lo son. Y es cosa sabida que no debe irse nunca contra los gustos del público. ¿Estamos?

—Estamos.

—¡Ea, pues, basta ya de asuntos de familia! A hacer comedias se ha dicho.

—Por mí, que las hagan. Y que las hagan bien, si es posible.

—¡Mal va la cosa en el teatro Eslava!

—Sí, señor, muy mal. Era de esperar: fallada la obra de don Jacinto...

—¿Pero falló lo de don Jacinto?

—Hombre, no es que fallara: la culpa de todo la tuvo el frío. Porque, compañero, ¡fué mucho el frío de aquellas noches! Con una temperatura semejante, no hay negocio teatral posible.

—Sí, claro; es la consideración que se ha hecho todo el mundo... ¿Y qué piensan hacer?

—Ir tirando con la obrita estrenada últimamente hasta ver si llega lo de Marquina.

—¿Comedia en verso, naturalmente?

—No, en prosa. Esta vez el poeta ha querido escribir en prosa.

—¿Qué extraño!

—¿Por qué?... ¿No escriben en verso algunas veces Quintero y Guillén? ¿Pues por qué razón no ha de poder él escribir en prosa?

—Sí, claro, el ejemplo es atinado.

—¿De manera que hoy...?

—Hoy, a las diez y media para más detalles, se presenta la eminente actriz Lola Membrives en el teatro Coliseum.

—¿Con «Bodas de Sangre»?

—Con «Bodas de Sangre», esa magnífica comedia de Federico García Lorca, que el público madrileño apenas conoce.

—¿Planes artísticos?

—Muchos y muy interesantes.

—Pues ya era hora de que una actriz nos ofreciese planes inteligentes. ¡Porque hay por ahí cada programita!...

—Dicen que Antonio Vico va a terminar su temporada en el teatro Muñoz Seca.

—Sí, eso dicen, y la verdad es que no me extrañaría, porque su actuación no ha sido muy afortunada que digamos.

—Sin embargo.

—¿Qué?

—Que también está dentro de lo posible que continúe su campaña.

—¿Usted cree...?

—Sé que hay unas negociaciones entre Vico y la empresa del teatro, y pienso que tal vez cristalicen en una prórroga del contrato.

—¿Cuenta la compañía con alguna obra interesante?

—Cuando desean continuar la temporada...

—Pues haga Dios que todo les salga a pedir de boca.

—Una noticia de positivo interés: Ernesto Vilches—así, sin adjetivos—va a llegar a España dentro de poco tiempo.

—¿De verdad?

—Auténtico; yo no miento nunca. Ernesto Vilches embarca dentro de cinco o seis días, en un puerto de Centroamérica, rumbo a España.

—¿A trabajar?

—Naturalmente. Llegado a Madrid, formará compañía con los elementos más valiosos que encuentre disponibles; gestionará teatro—que no ha de faltarle—y dará comienzo a su temporada. Después marchará a provincias, donde realizará una larga jira. ¿Qué le parece?

—¡Magnífico! Ahora que permítame usted que lo dude.

—¿El que venga a España?

—Sí.

—¿Pero no le digo que embarcará dentro de cinco o seis días?

—¿Y qué? Conozco de sobra a Vilches, y sé que es capaz de arrojarle del vapor en alta mar.

—Parece que el negocio del Cervantes va un poco así así...

—¿Un poco, dice? ¡Un mucho! «Así es la vida» no tuvo en Madrid la misma fortuna que en Buenos Aires; el repertorio, ¡bueno!, el repertorio ya sabemos todos lo que da de sí. Total, que va muy poca gente.

—Pero ¿y el actor? ¿Y el público de Valeriano León?

—¡Ríase usted del público de los actores! Para que la gente vaya a un teatro, es necesario que en él se represente una comedia que le interese. Lo del actor viene a ser algo así como una añadidura, un atractivo más en los carteles, pero nunca el elemento primordial. Un mal actor puede llenar su teatro si la obra que interpreta es buena; un buen actor no logrará jamás realizar un magnífico negocio representando comedias deleznales.

F E I T O



Una expedición a la estratósfera

Por J. RUSSELL

(Conclusión)

UN DESGARRON INQUIETANTE

Yo me dedicaba en ese momento a comunicar por radio algunas observaciones registradas por los aparatos. De pronto oímos el ruido de un golpe recio en el techo de la góndola. Miramos por el ventanillo superior, de tres pulgadas, y nos dimos cuenta de que el golpe había sido ocasionado por la caída de una cuerda corta llamada de apéndice. Era inexplicable el desprendimiento de ese trozo de cuerda. Volviendo a observar, descubrimos, con sorpresa y alarma, un gran desgarrón en la superficie inferior del globo. Eran pocos minutos después de la una de la tarde. El gas no se había dilatado hasta llenar por completo el globo. En este último caso la enorme bolsa habría adquirido una forma esférica al acercarse a los 65.000 pies de altura. El hidrógeno habría salido por el apéndice de ocho pies de diámetro (una manga de lona abierta en el fondo del globo) y el "Explorer" hubiera cesado, automáticamente, de ascender. Descargando lastre desde esa altura podíamos continuar subiendo y alcanzar los 75.000 pies.

Pero continuar elevándonos después de producida esa rotura no era prudente. Recalentado por los rayos del sol, el hidrógeno se expandía tan rápidamente, que la válvula de escape apenas podía soltar el exceso. Transcurrieron veinte minutos antes de que el globo comenzara a descender. En efecto, al principio se elevó algo más.

Es de imaginar nuestra ansiedad durante algunos minutos. Parecía que el caño de la válvula neumática se hubiese desprendido con la tela rota. En este caso la situación no tenía remedio. Pero la válvula nos respondió. Hicimos funcionar esa válvula no menos de 150 veces durante la ascensión. No falló ni una sola vez, aunque no la veíamos ni la oíamos funcionar.

A través del ventanillo superior vimos que el desgarrón de la lona se hacía cada vez más ancho. Los minutos transcurrían con angustiosa lentitud. Continuaba el repiqueteo de los magnetos de los aparatos de rayos cósmicos, en la caja del barómetro, y se repetía con regularidad el tic-tac de los demás aparatos.

En la parte superior de la góndola había cinco recipientes de vidrio, cada uno de más de un pie de diámetro, en los cuales se había hecho el vacío. Teníamos la intención de abrirlos a los 75.000 pies de altura para recoger muestras del aire de la estratósfera. Resolvimos abrirlos a los 60.000 pies. Oímos el débil silbido de cada válvula; poco después las cerramos, sellando así las muestras.

En ese momento el mayor Kepner apoyaba la mano en la palanca que podía abrir el gran paracaídas, de 80 pies de diámetro, instalado por el mayor E. L. Hoffman, que lo había proyectado. Estaba listo para bajar la palanca en el caso de que el globo amenazase destrozarse. Sin embargo, cuando más tarde, a altura mucho menor, el globo reventó en varias partes, ninguno tenía a su alcance la palanca que soltara el paracaídas.

El mayor Kepner y el capitán Anderson miraban alternativamente el globo y el marcador de la velocidad de ascenso (que por entonces era descenso), así como los estatóscopos, que también indicaban dicha velocidad. De rato en rato hablabamos por radio lo más brevemente posible, pues toda nuestra atención se concentraba en percibir los ruidos alarmantes que provenían del globo. Los débiles sonidos sibilantes que nos llegaban eran indicio de que se había producido un nuevo desgarrón o alargado el primero. Más de una vez experimentamos la tentación de parar todos los instrumentos. El zumbido de los tubos del barómetro era particularmente irritante. Pero existía la posibilidad de salvar los registros de las observaciones y dejamos que los mecanismos siguieran funcionando.

Allá abajo divisábamos el suelo pardo bajo el sol, pero tan lejano, que no se distinguían caminos ni casas. Evidentemente, el globo cambiaba de dirección, pero en esos momentos la cuestión carecía de importancia. No nos interesaba saber dónde bajaríamos, sino cómo.

CIELO NEGRO DE DIA

En la altura máxima de nuestra ascensión nos fué dado contemplar un fenómeno extraordinario. Por los ventanillos que se hallaban a 45 grados de la vertical veíamos el cielo de ese color azul profundo con que se le observa en las montañas más altas; pero visto por el ventanillo situado en la parte superior de la góndola, es decir, en la vertical misma, el cielo se presentaba como un terciopelo negro, con leve tonalidad azul. Pare-

cía tan obscuro como durante un eclipse de sol, que permite ver las estrellas en pleno día. Pero no se nos ocurrió contemplar las estrellas. Nos importaba mucho más prestar atención a las desgarraduras, cada vez mayores, que sufría el globo. Sin embargo, no dejamos de notar otro fenómeno: el extraordinario brillo de la luz del sol reflejada en los aparejos del globo. Algunas cuerdas brillaban como si fueran fosforescentes y parecían más gruesas. Probablemente era un simple efecto de contraste entre el fondo obscuro del cielo y la superficie iluminada del globo. Desde luego que esperábamos encontrar poca luz en las grandes alturas, porque el aire de la estratósfera está tan extenso de partículas de polvo y de humedad, que los rayos luminosos no encuentran dónde reflejarse y dispersarse como cerca del suelo.

TEMPERATURAS BAJO CERO

Nuestros instrumentos indicaban que fuera de la góndola reinaba una temperatura de cerca de 80 grados Fahrenheit bajo cero. Dentro de la góndola la temperatura era de 10 grados sobre cero, pero descendía rápidamente. Ya se había formado en la pared una angosta banda de hielo, congelándose la humedad del ambiente, que se había condensado en las superficies. Siguió acumulándose hielo, hasta formar en algunas partes una capa de una pulgada de espesor. Cosa curiosa: el metal del fondo de la góndola se mantenía entretanto a una temperatura relativamente alta. Si nuestra ascensión hubiese continuado algunas horas más, como teníamos proyectado, la temperatura dentro de la góndola habría ascendido a 20 ó 30 grados Fahrenheit bajo cero.

Por supuesto que en esos momentos alarmantes seguíamos atendiendo el funcionamiento de todos los aparatos como si la situación fuera normal. Era constante la vigilancia de la provisión de aire líquido, hacerlo evaporar en la proporción requerida y expulsar de rato en rato de la esfera un poco de aire, a fin de mantener en ella la presión interna, que debía ser de menos de nueve libras por pulgada cuadrada.

Transcurrieron tres cuartos de hora. Habíamos descendido a 40.000 pies. Aumentaba la velocidad de descenso, y así fué como media hora más tarde nos hallábamos a 20.000 pies. Mis dos compañeros se decidieron a abrir una escotilla. Sólo entonces experimentamos relativo alivio, pues pudiendo salir de la esfera, nos hallábamos en condiciones de emplear el paracaídas para salvarnos, si llegaba el caso de hacerlo.

SE DESPRENDE LA BASE DEL GLOBO

Salimos todos y nos instalamos en el techo de la góndola para examinar mejor el globo. Se hallaba seriamente averiado. Habían aparecido más desgarraduras. ¿Cuánto tiempo podría resistir? De pronto, se desprendió la parte inferior del globo casi en un tercio de su longitud total. Por la enorme abertura veíamos todo el interior del globo, que semejava entonces un paracaídas semiesférico y bien proporcionado. Pero dudamos de la eficacia de ese nuevo tipo de paracaídas...

Era urgente aliviar el enorme peso de la góndola. Mis compañeros cortaron la cuerda del espectógrafo colgante, y el aparato descendió a tierra con su propio paracaídas.

Yo volví a la góndola y comencé a descargar lastre. Primero di escape al aire líquido, que ya no necesitábamos, y arrojé por la borda, con paracaídas, los recipientes vacíos. Enseguida eché centenares de libras de munición de plomo, no con su bolsa, sino suelta, a fin de que no lastimase a nadie allá abajo.

Teníamos puestos los paracaídas individuales, pero no nos decidíamos a lanzarnos al espacio, como debimos hacerlo a los 10.000 pies, por no abandonar los aparatos científicos. A los 6.000 pies resolvimos arrojarlos. La última lectura del altímetro indicaba 5.000 pies sobre el nivel del mar, pero como nos encontrábamos sobre una región de Nebraska situada a 2.000 pies sobre ese nivel, en realidad, la distancia que nos separaba del suelo era de poco más de media milla.

Anderson, de pie sobre la góndola, acababa de experimentar una dificultad desconcertante en esos momentos: la manivela de suelta del paracaídas había tropezado con algo y la tela se había abierto. Sin perder la serenidad, Anderson la recogió debajo del brazo, y un momento después vi desaparecer sus pies, que obstruían la escotilla. ¡Anderson había saltado! Casi al instante el globo reventó simultáneamente en centenares de partes. La góndola comenzó a caer como una piedra. Dos veces intenté precipitarme por la escotilla, pero la presión del viento en torno de la esfera en rápida caída era tan fuerte, que me echó atrás. Cobré impulso, y me lancé de cabeza hacia la abertura, y salí horizontalmente, con los brazos y las piernas extendidos como un sapo que salta. Entretanto habíamos descendido 1.500 pies. La presión del viento me mantuvo como pegado a la góndola. En otros términos, no saltaba de ella, sino que bajaba junto a ella. Conseguí dar media vuelta en el aire, enderezarme y aplicar un tirón a la cuerda de suelta. El paracaídas se abrió instantáneamente, y casi enseguida un trozo de lona del globo cayó sobre el centro de mi paracaídas. Por un segundo creí que el globo me arrastraría consigo. De pronto, el paracaídas resbaló por debajo de la masa de lona, se apartó y me vi libre. Divisé en el aire otros dos paracaídas. Eran mis compañeros Kepner y Anderson. ¡Estaban en salvo!

LA GONDOLA SE ESTRELLA EN EL SUELO

Casi directamente debajo de mí, la góndola dió en el suelo con estruendo tremendo y vi surgir un ancho anillo de polvo. Cuarenta segundos después toqué tierra con buena suerte. El paracaídas me arrastró corto trecho, de bruces en un maizal. A los pocos minutos, Kepner, Anderson y yo recogimos los paracaídas y corrimos hacia el sitio donde había caído la góndola. Ya había una veintena de personas junto a las ruinas de la góndola, y no tardaron en congregarse centenares de curiosos. En un campo vecino aterrizó, un momento después, el teniente Phillips, que, con el sargento Gilbert, había seguido en un aeroplano nuestra ascensión hasta la altura de 25.000 pies, tomando numerosas fotografías, entre ellas algunas que muestran impresionantes fases de la caída.

Habíamos aterrizado en un sembrado no lejos de la ciudad de Holdrege, Nebraska. Después de pasar breves momentos en una granja vecina, para comunicarnos por teléfono y quitarnos la ropa de abrigo, nos apresuramos a regresar al lugar del desastre. Nuestra magnífica góndola yacía aplastada como una cáscara de huevo. Arrancamos algunos pedazos de su



Peinado ejecutado por el Sr. Molina, que obtuvo el primer premio en el Concurso Nacional de Permanente y al Agua.

PELUQUERIA DE SEÑORAS

MOLINA

Rosalía de Castro, 40. Teléfono 20972

gruesa cubierta de metal y, como lo temíamos, comprobamos que la mayoría de los instrumentos no eran más que un montón de piezas retorcidas o hechas pedazos. Sin embargo, nos quedaba la esperanza de salvar parte de las películas fotográficas. Las envolvimos cuidadosamente y las remitimos al laboratorio. Nos enteramos más tarde que, en efecto, mucha de esa información fotográfica era utilizable.

El único aparato que no sufrió nada fué el espectógrafo, que mis compañeros soltaron poco antes de que reventara el globo. Cayó con su paracaídas, y una vez en el suelo, su delicado mecanismo continuó funcionando.

ALGUNOS RESULTADOS CIENTIFICOS SALVADOS DEL DESASTRE.

La góndola llevaba otros dos espectógrafos, y uno de ellos contenía en tubos de hierro gérmenes, que después fueron cultivados con buen éxito en un laboratorio de Washington. Transportaba también tres electrógrafos, que sólo pudieron ser llevados en un globo de las dimensiones del "Explorer", pues uno solo de esos aparatos pesaba 600 libras, en razón de estar recubierto de una capa de munición de plomo de seis pulgadas de espesor. Resultaron seriamente dañados, pero se salvó una parte de su registro gráfico. Lo mismo se puede decir del complicado aparato Geiger para los rayos cósmicos: se salvó la parte que registraba ese fenómeno mientras el globo se hallaba inmóvil a 40.000 pies de altura. Mejor suerte tuvieron los barógrafos, que apenas sufrieron daños, por hallarse dentro de una cubierta de madera de pita y esponja de caucho. Sus gráficos demuestran que el globo alcanzó una altura en la cual la presión barométrica era de 51 milímetros. La presión normal al nivel del mar es de 760 milímetros. Aquella presión de 51 milímetros corresponde a una altura de 60.613 pies sobre el nivel del mar. El record mundial de altura es de 61.237 pies, es decir, sólo 624 pies más. De no haberse producido el accidente, es probable que el "Explorer" se hubiese elevado a 15.000 pies más.

Otro de los documentos salvados registra la temperatura exterior a diversas alturas. La temperatura desciende con bastante rapidez alejándose de la superficie de la tierra, al punto de que entre los 20.000 y los 25.000 pies de altura es de menos de cero Fahrenheit aun en verano. A mayor altura desciende más rápidamente, hasta llegar a 75 grados Fahrenheit bajo cero; pero cuando se alcanza cierta zona, alrededor de los 50.000 pies de altura, se produce un fenómeno curioso: la inversión de la temperatura. El frío disminuye gradualmente y vuelve el aire a adquirir el calor de las capas inmediatas al suelo.

Sería largo detallar aquí otros resultados científicos obtenidos, no obstante el desastre, y la importante experiencia personal que nos proporcionó la ascensión. Terminaré, pues, con un reconocimiento de la ayuda y la cooperación que nos permitió realizar la empresa. El globo, la góndola y la mayoría de los aparatos fueron obtenidos casi a precio de costo, y, en total, ese precio no alcanzó a 60.000 dólares, en gran parte sufragados por la Sociedad Geográfica Nacional, y el resto, por particulares, corporaciones y laboratorios interesados por el progreso de los conocimientos científicos. El ejército y la aviación militar nos prestaron generosamente sus elementos de hombres y material. La Cámara de Comercio de Rapid City facilitó elementos para instalar el campamento, donde centenares de personas trabajaron animosamente y con armonía ejemplar.

Es satisfactorio pensar que en la reciente ascensión hemos resuelto, por lo menos, el problema de permanecer y trabajar eficazmente en la estratósfera, y no menos satisfactorio declarar que todos los instrumentos empleados funcionaron perfectamente y tal como lo habíamos previsto. En cuanto al globo, se puede construir otro que, sin duda, alcanzará sin contratiempos la altura máxima calculada.

TRIUMPH

Las insuperables máquinas de escribir "Triumph" y coser "Wertheim", de fama mundial, a nuevos precios. Cintas "ROS". Reparaciones, piezas de recambio y alquiler de todas las marcas.

CONTADO - PLAZOS

CASA HERNANDO

Avenida Peñalver, 3 MADRID Teléfono 16057

RESTAURANT AMAYA

SERVIDO POR COCINERAS Y CAMARERAS

VASCAS

CUBIERTO SELECTO:

Ptas. 6

AMAYA

C. S. Jerónimo, 7 y 9
Teléfono 13617

Ayuntamiento de Madrid

Amigo, eso es ya por demás. Sé que gustas en las cartas del banderín concreto del membrete. Sé que tus cartas te interesan escritas en un papel que su procedencia, sin proponérselo, acusen. Sé que tu especialidad, desde hace tiempo, es suprimir el membrete en tus cartas y escribir ingenuos anónimos, sin pensar que es papel sellado en blanco el anónimo donde siempre, sin quererlo, Bruto figura. Yo he recibido de ti, indudablemente, estos días uno... Y eso es ya por demás. En ello no habíamos quedado.

No darte por aludido, Bruto, amigo, era tu papel. No herirte jamás por los dardos que yo dirigiera, firmaste en nuestro implícito contrato. Resulta, sin embargo, que, decidido y cobarde, te has dignado escribirme unas letras. Parece, por lo que en mis manos, recién despojado del sobre—que es el vulgar sobreto do prudente y blanco con cremallera de goma—, una carta dice que has visitado la Exposición colectiva de Renlliure, Garnelo, Blay, etc. Es indudable, por la alegría de tus líneas, que la de Moreno Carbonero no dejaste tampoco de visitar. ¡Y arriesgado tu empeño! Porque excesiva creo tu pretensión obstinada en persuadirme—dejas de antemano a un lado los primeros señores y te dedicas al panegírico del autor de “La fundación de Buenos Aires”—de que la Exposición de José Moreno Carbonero demuestra, una vez más, que pintura...

Por otro lado, y no considerando en absoluto el exceso postal, me remites las declaraciones que en la crónica de un crítico has repasado, y que el Sr. Moreno Carbonero prestó a un diario de la mañana. Pegadas en tu delicada cartulina, en esa cartulina en que creo coleccionas también graciosas fototipias que ilustran las pastillas de chocolate, las palabras del señor Moreno Carbonero no son, en verdad, extrañas mariposas. Más parecen “manías” sin limpieza autocrítica. Más parecen ideas sin raíces, que creyeron algún día que estar en línea muerta es circular a gran velocidad por el espacio que enlaza dos naciones. Pero a lo que nunca se asemejan—pese a tu alborozo—son a opiniones sencillas. Tú siempre has creído que una cantidad prudencial o impertinente de palabras, una opinión lograba. Tú, Bruto simpático, has deseado que hablar fuera opinar. Y en tu ingenuidad me envías las siguientes palabras, según afirmas, del distinguido maestro José Moreno Carbonero: “Yo acostumbro—se dice en ellas—, cuando entrego una obra, a acompañar el lienzo con una explicación detallada de cuanto se contiene en él. En éste faltaba—y se refiere, según aseguras, a su notable “Fundación de Buenos Aires”—un detalle que representase a la tierra argentina, y, pensando, pensando, di con él: sobre un cielo azul, unas nubes blancas rematarían la obra con los colores nacionales de aquel país.”

Creo yo, amigo Bruto, que eso es ya un abuso de confianza. La opinión—las palabras, perdón—del señor Moreno Carbonero, que, como te empeñas, con su pintura tendremos levemente que comentar, y tu obstinación. ¿A qué remover más el barro? ¿A qué intranquilizar mi labor, remitiéndome semejantes anónimos “para que aprenda”? ¿Por qué te empeñas en imponerme un gusto—tu gusto—sin hablar de la verdad, sin a la verdad referirlo?

Pero perdona. Te preguntaba creyéndote un hombre normal, con verdad y todo, olvidándome de tu capacidad y, por lo tanto, de tu buena mala fe. Te preguntaba muy lejos de pensar que la estética para ti, como las tartas, se mide y aplaude en virtud del guir-lache, del chantilly, de las peladillas, del gorro azul que a un muñequito el pastelero ha colocado para tranquilizar el frío en los poros del bollo y del hojaldre. Te preguntaba, olvidándome de que tú eres de los que necesitan los “folletos explicativos”, en los que, ya que no en su pintura, es maestro José Moreno Carbonero. Sin preocuparme de que eras un incondicional del suceso. Exigiéndote—bruto de mí—hasta que no obstrucionaras mi labor.

Si no me hubieras escrito, yo no lo hubiera dicho nunca. Si tantos como tú no visitaran las exposiciones de individuos, que pintar como José Moreno Carbonero—y perdona que no los jerarquicemos por un quitame allá esas pajas—, jamás se me hubiera ocurrido arremeter contra tan viejo pintor. Es ya muy viejo—y están escritas con consideración a sus canas estas palabras—para que el río impetuoso de la pintura interesante estorbe. Pero son muchos los que, como tú, nos envían, a los que de estas cosas nos preocupamos, anónimos y cartas igual a la tuya. Son excesivos los que en sus ratos de ocio acuden a ver las espumas con brillo, pero sin fuerza de pintores como José Moreno Carbonero. Mientras que los pintores mejores cuidan el cauce de sus aguas, calculan atentamente los desniveles, se preocupan de la clarificación de su líquido caudal, pero sin ser por ninguno, como tú, en su afanosa labor contemplados.



CARTAS A BRUTO

A propósito de José Moreno Carbonero

Por ENRIQUE AZCOAGA

¿Cuál es la causa? ¿El que los pintores mejores no añadan folletos a sus obras de arte? ¿El que los pintores mejores, sumamente explícitos en su obra, no acudan a cantar la claridad de sus representaciones? No. La causa es que nunca se haya gritado con bastante fuerza, que pintores como José Moreno Carbonero, no es que no interesen, sino que no son pintores. Puedes decirme: y si tan poco te interesa, si para ti, como pintor, no existe, ¿por qué preocuparte de que sea fantasma inexistente para los demás?

Muy tuya esta pregunta, Bruto, amigo. Nunca podrías comprender mi movimiento. Tu verdad, para ti, es algo caro. La verdad, para mí, como no es mía, como sólo es mía en cuanto de ella me aprovecho, desea por sí imponerse. Y aunque no lo comprendas, fíjate en estas palabras. Puesto que, ¿por qué no partir de ellas para deternos unas líneas ante la obra de José Moreno Carbonero? ¿Por qué—preguntándonos de nuevo—la obra de José Moreno Carbonero no tiene interés ni existencia? Te remito, para contestarte, a su “Reconquista de Málaga”, que dices tanto te sorprendió. Allí, dos reyes, un séquito abundante, abundantes guerreros, cautivos encadenados suplicantes, puertas a quienes no perdonamos la gentileza de brindarnos exteriores un poco tristes, quieren ser algo de verdad. Yo te garantizo, sin embargo—y me dolería equivocarme—, que José Moreno Carbonero pinta con maniqués. Yo te garantizo que aquella coraza del rey católico, reluciente y brillante, debió de tener José Moreno Carbonero que construirla de hojalata y ponerla, para más tarde mirarse a un espejo y retratarla. Yo te invito a que comiences a pensar que todo lo que te brinda en su cuadro José Moreno Carbonero—sin dudar por un momento de sus honestas intenciones—es mentira. Inartística mentira. Y de lo que se trata en pintura es de hacer una mentira verdad.

De hacer una mentira verdad, pero no de plasmar una mentira, amigo. El pintor no es un cuerpo (a un rey católico, a una mujer, a una flor, a un pájaro, a un contorno), a lo que tiene que dar forma plástica. Es—y parece tan sencillo!—a una forma plástica a lo que tiene que dar cuerpo. Unos pintores pueden crear plástica forma un brazo. Otros plástica forma una línea, una mancha, un grano, una hendidura, un alambre, una huella, casi un soplo. Pero ningún cuadro se-



rá, existirá, de no poseer la fuerza de un brazo limpio y desnudo en el aire.

Yo no sé si tú sabes lo que ha supuesto el esfuerzo plástico lleno de vida—de vida en la más profunda muerte del mundo—de la postguerra. Yo no sé si de vez en cuando te apoyas en el balcón de los Pirineos—siempre lleno de flores blancas—para que te escalofríe un viento extranjero, aunque lo dudo. Pues ese movimiento, lo que tantos brutos como tú creen locura, en su magnífica locura—que no es loco banal un loco magnífico—, intentó, aparte otras cosas que enriquecieron las corrientes plásticas y literarias, hacer la mejor mentira, la verdad virgen, la verdad que se dice sola, auténtica verdad. No lo logró por completo. Pero por ahí lanzó a rodar una verdad más fuerte y de aquella consecuencia—verdad primigenia, elemental, en nuestro tiempo necesaria—que pretende frente a los Moreno Carbonero antaños y modernos, imponerse. Que pretendan partir del supuesto—y no es verdad que pueda llamarse de otro modo que como la verdad que ha regido la mejor pintura—de que no es trasladar, ni reproducir lo que importa, ni en lo imaginado encajar viejas realidades, sino en unos límites contruídos crear la magia de una flora múltiple y estructurada.

Se trata—frente a esos Reyes Católicos de Carbonero—, si se tiene la coraza, no de llenar con brillo, con grises débiles, con blancos nada interesantes su superficie, sino de estructurar—y no de manera caprichosa—la entraña que para que pueda figurar plásticamente toda apariencia, toda presencia, mejor ha de poseer. Me dirás que ciertos pintores actuales no son Reyes Católicos lo que tratan de entrañar. Me dirás que muchos pintores modernos la forma humana es precisamente lo que desprecian. Pero observa las cánones. Observa que al pintor interesante—de formas humanas o de formas abstractas—de nuestra época, no le pueden parecer “verdad plástica” las carnes de los cautivos de Moreno Carbonero, sin dibujar, sin apretar, sin estructurar. Y no digas que el no interés se origina también por una manía, que ahí están el Greco, el Bosco y Giotto preocupándose en su originalidad sobremañera.

¿Crees que es tolerable que José Moreno Carbonero y tantos como él crean que la verdad es cerrarse en una habitación con hojalatas, rodajas, trapos, terciopelos, cotas, explicaciones marginales e historias universales de Bachillerato, mientras que los pintores llamados desordenados se preocupan, ante todo, por un orden de cosas nuevo? ¿Crees que es admisible que los desordenados pasen por ordenados—y tú me hablabas de ellos al hablarme no sólo de Moreno Carbonero, sino de Benlliure, Garnelo, Blay, etc., etc.—mientras que los que a las leyes permanentes se someten son juzgados por tantos como algo menos que desalmados?

Reflexiona y no escribas anónimos, ni plantees gestos o hagas florecer dichos más o menos locos, amigo Bruto. Detente ante la obra de Moreno Carbonero y observa que un puñado de cintas de serpentina—que este efecto producen ciertos trozos de su famoso cuadro—no es algo que pueda llamarse nunca sólido. Observa que no hay un rasgo, porque no hay un rasgo acusado. Advierte que no hay un color, porque no hay color con raíz. Y dime luego. Escríbeme luego. Repasa algún impresionista, y te convencerás que hasta su fosforescencia, su no caprichosa efervescencia de apariencia inconsciente, es algo meditado en parte. Y pregúntate: “¿Cómo José Moreno Carbonero, que parece de este movimiento tan distante, logra de un modo arbitrario e inconcreto resultados inferiores a los que los pertenecientes a aquel movimiento lograban?”

Después, desencantado, no mires con recelo a la pintura, ni la complementes con marginalias explicativas. Escúdate en unas cuantas tablas de buena ley. Comprende que el hueso de las cosas no se enguanta en la plástica, sino que se justifica al lograr un plástico, fuerte interior, y dime más tarde lo que parecen esas “estampas” del Quijote de nuestro viejo artista. Comprende que en pintura no hay nada accesorio, y contempla “Los regulares de Alhucemas” y el “Asalto y toma de Morro Nuevo”, en donde todo, hasta los rostros muertos—no angustiados—de los soldados, sobran. Comprende que pintar es brindar a un aire un eje, una sólida referencia, y dime el aire que es capaz de pasar por el “Templete imperio” del maestro laureado. Más tarde, sin querer, definirás toscamente, pero exactamente como pintura, aquello “que logra suceso la exactitud”. Lo que arranca luz, gracia que no rezuma, a lo escueto, a lo justo. Volverás los ojos a un retablo primitivo y te encantará que conscientemente comience en nuestros días la pintura a regenerarse, y que con todo respeto llame fantasma inactual a D. José Moreno Carbonero, tachando sus lienzos con tiza esperanzada y emborronándolos con gotas de cal viva.

T O R O S

LAS ESCUELAS DEL TOREO

Por "DON QUIJOTE"

Hay quien niega—Sassone, gran aficionado, entre otros—lo de las diferentes "escuelas" del toreo, sosteniendo que todo eso de toreo rondeño y escuela sevillana es pura entelequia. Que sólo existe el estilo, la personalidad, el modo individual de interpretar el arte y los secretos de la lidia.

Yo no estoy enteramente conforme; creo en la fundamental diferencia antigua y tradicional de las dos escuelas básicas: sevillana y rondeña. Lo que no admito es la supremacía axiomática y exclusivista de cualesquiera de ellas. Las dos son necesarias para la mejor armonía del arte, evitando su monotonía. Las dos completan el toreo: son como el sol y sombra de la fiesta.

En teoría podemos preferir esta o la otra escuela. Pero es peligroso pronunciarse por una de ellas, porque luego surge en la otra el toreo nuevo que nos peta, que nos cautiva y apasiona—por lo que sea, por subconsciente fuerza simpática—y pone en evidencia nuestro dogmatismo. A todos nos ha sucedido. Todos nos hemos visto y nos hemos deseado para explicar satisfactoriamente por qué, habiendo sido guerristas o bombistas, por ejemplo, fuimos luego belmontistas; o habiendo sido gallistas (de Rafael) y antibombistas, fuimos a renglón seguido gallistas (de Joselito); o por qué, habiendo sido belmontista, frente al joselismo, somos ahora bienvenidistas, etc.

A través de tales aparentes incongruencias y cambios caprichosos en nuestras preferencias toreriles, hace tiempo que yo saqué la recta deducción de que no hay escuela mejor y peor en el toreo, aunque no se puede negar que hay distintas escuelas. Lo que hay es toreros buenos y malos y toreros que nos gustan y que no nos gustan. No es que nos guste la escuela rondeña y nos desagrade la sevillana, o viceversa, sino que hoy nos gusta el torero equis, que pertenece a esta escuela, y mañana el torero zeda, que practica la otra. Es decir, que nos gusta este o aquel torero, no por pertenecer a determinada escuela, sino por el buen estilo con que la practica. Lo cual nos lleva lógicamente a admitir que las dos escuelas pueden gustarnos.

Sucede hoy que, al agrandarse el repertorio técnico y estético del toreo, al evolucionar y perfeccionarse el arte de la lidia con nuevas y constantes bellas conquistas, los toreros no caben en el campo estrecho y limitado de una sola escuela, ateniéndose dentro de ella a puras normas incontaminadas, e invaden el campo opuesto; es decir, los paladines de él—de uno y otro campo, de una y otra escuela—se influyen mutuamente y se benefician con las aportaciones de los representantes del campo contrario.

Y de ahí la deducción, sólo cierta en apariencia, de que no existen las dos escuelas fundamentales, o, mejor dicho, las diferencias que las separan y definen.

Sí; la realidad remota es ésa: rondeñismo y sevillanismo, y el hecho actual es éste: que no hay toreros sevillanos puros, y puros rondeños. Porque todos tienen algo de una y otra escuela. Pero el participar de las características de las dos, no puede llevarnos a negar la existencia de ambas.

Ni tal dualidad de esencias, de modos y de matices en el estilo y en la técnica de los toreros actuales consigue casi nunca tan exacto equilibrio, que no prevalezca en la personalidad de cada cual una característica definida decisiva, que permita clasificarlo—dejando margen, cuan amplio se quiera, a influencias opuestas—dentro de una de las dos grandes demarcaciones tradicionales de la técnica y de la estética taurinas. Que eso son, en definitiva, las dos escuelas.

Antes preponderaba, en cantidad de secuaces, el toreo sevillano. De Belmonte acá se ha impuesto el rondeñismo.

Pero no por eso deja de haber toreros de la escuela sevillana. Los que pertenecen a ella han adoptado el modo de torear a la rondeña y lo alternan con el suyo ingénito. Y viceversa. Es decir, que el torero sevillano procura parar y templar. Y el torero rondeño procura adornarse y darle variedad y vistosi-

dad a su toreo. Pero la esencia, lo que da fisonomía y peculiaridad al estilo de torear es algo ingénito, indefinible, y que no depende de la voluntad ni de la práctica de esta o aquella suerte. Belmonte, por mucho que se adorne, por muchos molinetes o faroles que intercale en sus faenas, siempre será un torero rondeño, y Manolo Bienvenida, por mucho que toree sobriamente al natural, quieto y templado, siempre será un torero de la escuela sevillana.

Rafael el Gallo, en sus años gloriosos, hacía, junto a faenas llenas de alegrías y de improvisaciones geniales, pura escuela sevillana, otras bien clásicas—como aquella de los siete naturales—, pero jamás pudo considerarse como torero rondeño.

¿Y Cagancho? Por más que sus faenas hayan derivado casi exclusivamente al adorno, su estilo es rondeño puro, bien que tan gitano, que es uno de los casos en que resulta más difícil una clasificación categorica. No obstante, lo que quedará de la personalidad de Cagancho, como característica definidora de un estilo egregio, serán aquellas verónicas lentas, sobrias, eminentemente rondeñas, con que se reveló, y que tan rara vez ejecuta ya.

Ortega, seco, duro, monótono en su estilo, es uno de los toreros que más abusan del adorno. ¿En qué escuela lo clasificamos? Es otro caso difícil. Quizá porque, de esa mutua influencia de las dos escuelas tradicionales, básicas, se haya derivado otra—la castellana—, más eficaz que artística, pero con reminiscencias de las otras dos.



Juanita Cruz, en un lance de capa.

En general, tanto más genial sea el torero, más fácil será su clasificación en una u otra escuela.

Pensad en las verdaderas cumbres del toreo, y veréis cómo no se titubea en su clasificación: Pedro Romero, Montes, Cayetano, Lagartijo, Guerrita, Joselito, Belmonte, Rafael...

Toreros de clara estirpe son los que quiero yo. Esos son los verdaderos valores. Arquetipos.

Aquellos que, aunque practiquen todas las suertes propias de la escuela sevillana, sean por el estilo, por ese algo indefinible que es el marchamo de una personalidad, inconfundiblemente rondeños. O al revés.

No esos otros con los cuales no sabe uno a qué carta quedarse ni en qué casillero meterlos. Malo, cuando ello es así. Por muy ases que sean.

Toreros de puro estilo (no quiero decir "estilistas", ¡cuidado!, que esto del "estilismo"—preciosismo—ha degenerado en corruptela y en limitación del toreo); toreros de clara escuela. Entre los modernos, post-belmontinos, Chicuelo, Márquez, Gitanillo, Bienvenida...

Gracia, suprema gracia sevillana de la chicuelina (creación de ese torero que ha toreado, no obstante, clásicamente al natural como pocos); rondeñismos de Márquez; belmontismo—dos veces Ronda—de Curro Puya; salero sevillano de Manolo Mejías. Ahí están las buenas ejecutorias toreras.

De los "híbridos", por grandes que sean su poderío, su sapiencia, sus recursos y hasta sus méritos de lidiadores, hay que ocuparse... después. Sólo después.

POR SER DE JUSTICIA

En nuestro artículo anterior sobre "Los novilleros", equivocadamente titulado "Los novillos", una omisión involuntaria dejaba de nombrar a Venturita, citado en primer término entre los novilleros punteros de este año, y de quien decíamos que es "acaso el más cuajado y de muy puro estilo".

Conste así.—D. Q.



CAMISERIA

"Samaral"

NOVEDADES

Av. Conde Peñalver, 16
MADRID

CON EL MEDICO

Por el Dr. FERNANDEZ-CUESTA

Preguntas y respuestas

¡Nada en el mundo tan difícil como afirmar la relación de los hechos clínicos más sencillos!

Unas de las cosas que más comprometen el buen juicio que se tenga de un médico son las inevitables equivocaciones en que puede incurrir al querer responder, como demanda el natural interés familiar, a las diferentes y muchas veces incontestables preguntas que se le hacen, tan pronto hay en la casa un enfermo a quien se cree de algún cuidado.

Lógico es el deseo de inquirir la importancia del mal y los ulteriores alcances de la enfermedad. Justificada también la impaciencia por conocer un fijo diagnóstico, de cuyo exacto conocimiento puede deducirse un pronóstico favorable o adverso. Evidente el disculpable anhelo porque el médico marque de manera fija y exacta los días que ha de durar el caso patológico.

Todo ello podrá juzgarse lógico, evidente y justificado; pero es el hecho verdadero que a todos nos alcanza una grave responsabilidad que se contrae al querer satisfacer esas zozobras, que podrán ser y son todo lo justas que se quiera, pero que por parte del médico no pueden ser resueltas con la rapidez que demanda el interés por la suerte del enfermo.

Todos lo hemos padecido, lo padecemos y, lo que es peor, lo seguiremos padeciendo, porque la humanidad es eternamente la misma, y la vida y la historia se repiten con rítmica monotonía. Y las preguntas, las más de las veces impertinentes, asaltan nuestro cerebro en desencadenado ataque a fondo, sin tiempo casi para preparar una defensa y meditar la respuesta, que se demanda siempre inmediata, exacta, concluyente.

Pocos serán—seremos—los médicos que a lo largo de su ejercicio profesional no hayan incurrido en algún error de este género, fruto del buen deseo en satisfacer esa inquietud.

No olvide quien pregunta que muchas enfermedades tienen idéntico comienzo; que existen complicaciones que de un modo brusco podrán presentarse, y de todo punto imposible evitar la más urgente y adecuada terapéutica; que una misma afección será grave o leve según el individuo que la padezca; que los más intrascendentes padecimientos pueden transformarse, a consecuencia de bruscas y repentinas complicaciones, en importantes dolencias, de curación larga y difícil.

Y como el médico sabe de estas cosas y muchas más, se expone a error si, con excesiva antelación, intenta responder a lo que no debe preguntarse, en evitación del compromiso que adquiere con su respuesta, doble de modo constante al fallo y la equivocación.

Y "adivino" lo que estará pensando quien haga la merced de leer: "Si el médico no sirve para contestar a mis preguntas, si no aclara mis dudas ni resuelve mis inquietudes, ¿para qué me sirve?"

El médico sirve para corregir en lo posible las anomalías; para aplazar, con la curación de una dolencia, el fatal vencimiento de esa "letra"—protestada siempre—que estamos obligados a liquidar desde el momento mismo del nacimiento. Pero nunca más allá de donde la ciencia puede llegar, que, aunque mucho corre, como es resultado del trabajo de humanos, no camina jamás a gusto de todos.

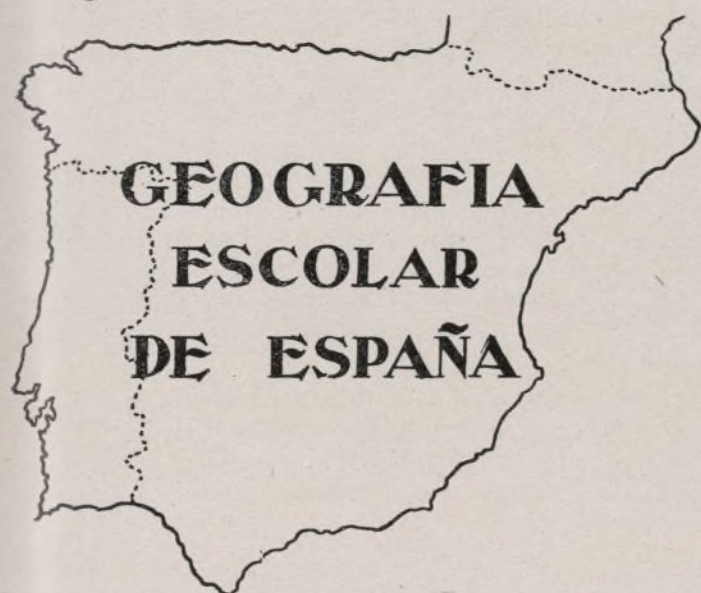
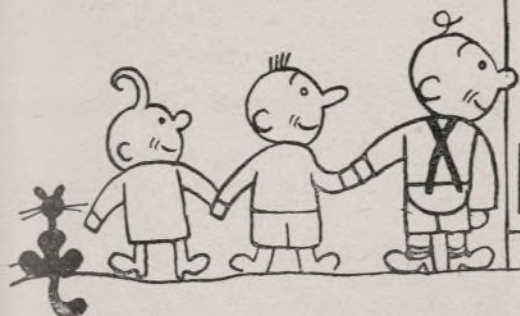
Deben, pues, las familias abstenerse de formular preguntas que al médico le pongan en el enorme compromiso de responderlas. Téngase en cuenta que aquél, al echar sobre sí la trascendente responsabilidad de la dirección técnica de un tratamiento, tiene que ser delicado en todo, en palabra, en obra, en tacto, en precaución; no puede—porque nunca podrá conocer con certeza los inesperados apogones de la ley de nuestro organismo—responder sin probabilidades de equivocarse a lo que tantas veces reclama la curiosidad por averiguar cosas que ni el propio médico sabe, o que, en ocasiones, estima medida de atinado juicio silenciar.

Obligarle a que violenta una medida de conducta; imponerle la respuesta, coaccionarle con interrogantes inadecuados es entorpecer la obra facultativa, movida en una dirección concreta, y que sólo ha de sufrir las variaciones que el médico, en su discernimiento, estime convenientes. Esperad, pues, que éste hable. Cuando lo haga, escuchadle atentos, obedecedle y creedle con fe de convencimiento; pero mientras el médico calle, no le hagáis, con preguntas impertinentes, que descifre misterios ni acierte las derivaciones del caso clínico, y menos querer que, sin errar un solo día, adivine la fecha en que el enfermito saldrá a la calle.

Que siendo la enfermedad función del hombre y del mundo, es obligación del médico conocer las personas que se mueven dentro del orbe, y, hombre en todos los aspectos, si ha de elevar sus funciones a la altura de su responsabilidad y como hombre, no pasará, por vasto y extenso que sea el caudal de sus conocimientos, del límite factible en que la humanidad puede desenvolverse.

Exigir más es sencillamente cerrar los ojos a la auténtica realidad de los hechos patológicos y creer en la verosimilitud de los milagros.

EL PAIS DE LAS HADAS PAGINA PARA TODOS LOS NIÑOS



(Continuación)

VALENCIA

La región valenciana es rica y productora, por lo cual se le llama "El Jardín de España"; es una región culta, comercial e industrial en grado sumo. La fertilidad de su suelo produce frutos abundantes y deliciosos, la naranja sobre todo, que tiene renombre en toda Europa; cereales, arroz, legumbres, vino excelente, maíz, cáñamo, cacahuetes, etc. Su fabricación es abundante y variada.

La región de Valencia comprende tres provincias: Valencia, Alicante y Castellón de la Plana, cuyas capitales llevan, respectivamente, el nombre mismo de su provincia.

Valencia.

La provincia de Valencia tiene clima muy bueno; es rica, alegre, culta, y su puerto tiene gran importancia comercial. Guarda la inmortal Sagunto, y sus poblaciones más importantes son: Gandía, Játiba, Liria, Alcira, Carcagente, Cullera, etc.

Alicante.

La provincia de Alicante tiene agricultura floreciente en alto grado, y su huerta, regada por el pantano de Tibi, es rica y próspera. Tiene mucha industria, singularmente de tejidos, y sus poblaciones notables son, además de la capital, Elche, con sus bosques de palmeras; Alcoy, con sus renombradas fábricas de paños; Denia, Orihuela, Vellena, Torreveja, con sus ricas salinas, y Villajoyosa, etc.

Castellón.

La provincia de Castellón de la Plana posee llanuras extensas y fértiles, pobladas de naranjos, limoneros y granados, donde la agricultura y la ganadería se desarrollan progresivamente. Tiene fábricas de tejidos de lana, algodón, lino, seda, y también fábrica de aguardientes y papel. Sus poblaciones notables son: la capital, Segorbe, Morella, Vinaroz, Villarreal, Burriana, etc.

VALENCIA.—Hechos históricos.

Castellón fué rescatado de los árabes en 1309. Jaime I de Aragón conquista Valencia en 1238. Se funda en 1500 la Universidad de Valencia. Orihuela, en la provincia de Alicante, se constituyó en reino en el año 713.

MURCIA Y ANDALUCIA

Murcia.

La región de Murcia comprende dos provincias: Murcia y Albacete, cuyas capitales llevan el mismo nombre que sus provincias respectivas.

Aspecto del suelo y riqueza.

El suelo de esta región es montañoso, y tiene vegas, valles y llanuras bien regadas y feraces; sus ríos principales son el Júcar y el Segura. La agricultura y la ganadería son sus fuentes de riqueza, aunque abundan los minerales y las aguas medicinales, sobre todo las de Archena y Fortuna.

Murcia.

La provincia de Murcia descuella en el cultivo de la tierra, singularmente en sus feraces huertas. Vino, aceite, seda, todos los cereales, pimienta, azafrán, etcétera, se cosechan en abundancia. Poblaciones importantes: Murcia, Cartagena, Lorca, La Unión, Yecla, Mazarrón, Jumillas, etc.

Albacete.

La provincia de Albacete forma una extensa meseta de suelo montañoso y accidentado, con vegas fértiles, extensas y bien regadas; es agrícola, y cría mucho ga-

NIÑOS DE ESPAÑA



Francisco Antonio Garrido Bautista

nado. Sus poblaciones más importantes son Albacete, Almansa, Hellín, Chinchilla, Alcaraz, etc.

MURCIA.—Datos históricos.

Escipión, general romano, se apodera de Cartagena, ciudad cartaginesa, en el año 208 antes de Jesucristo. El reino moro de Murcia pasa a poder de Castilla en 1266. En tierras de Albacete tuvo lugar, en 1707, la batalla de Almansa.

ANDALUCIA

Andalucía es una extensa y pintoresca región que puede compararse a un jardín inmenso, a un amplio vergel, donde la agricultura y la ganadería florecen en sus fértiles vegas y planicies, y el comercio y la industria se desarrollan en no pocas poblaciones.

Se cosecha vino, aceite, cáñamo, frutos y algodón.

Provincias que comprende.

Comprende las provincias de Almería, Granada, Málaga, Cádiz, Sevilla, Huelva, Córdoba y Jaén.

Almería.

Almería es una provincia de clima delicioso, donde los naranjos, los limoneros, los granados, las palmeras y demás frutales producen mucho; abundan las minas de hierro, plata, cobre, plomo, etc. Son poblaciones notables: la capital, Adra, Cuevas de Vera, Berja, Huércal-Overa, Dalías, etc.

Granada.

La provincia de Granada tiene suelo muy feraz y bien regado, que produce cereales, legumbres, lino, cáñamo, vino, remolacha, caña-miel, aceite y frutos abundantes. Son ciudades importantes: la capital, que guarda la maravillosa Alhambra; Alhama, Guadix, Baza, Loja, Santafé, Motril, etc.

Málaga.

Málaga es una provincia muy montañosa y de clima excelente; produce todos los frutos en abundancia, caña de azúcar, vino y pasas, de fama europea. Son ciudades principales: la capital, Ronda, Antequera, Marbella, Vélez-Málaga, Archidona, etc.

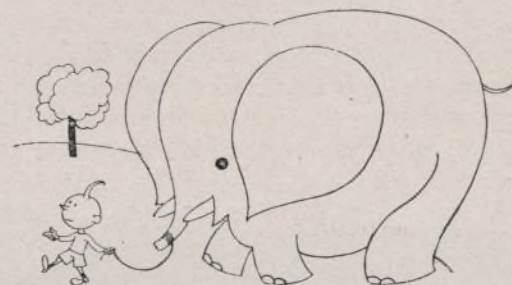
Cádiz.

La provincia de Cádiz tiene clima primaveral, suelo muy fértil, abundantes pastos, mucho ganado, extensos olivares, vino abundante y bueno, y puertos de mucho comercio, sobre todo el de la capital. Sus poblaciones principales son: la capital, Jerez de la Frontera, San Fernando, San Lúcar de Barrameda, Puerto de Santa María, Tarifa, Algeciras, etc.

Huelva.

Huelva es una provincia montañosa; tiene muchos y variados frutales, ganadería, vinos, aceites, gran riqueza minera (como la de Riotinto), salazones, astilleros, fundiciones, etc. Son poblaciones notables, además de la capital, Moguer, Tharcis, Palos Ayamonte, Niebla, etc.

(Continuará)



BAILE PARA NIÑOS

¡Niños, asistir al baile que para vosotros ha organizado la "Unión de Dibujantes españoles" en la Sala de Fiestas del Cine Metropolitano, el día 4 de marzo a las 5 de la tarde! Se premiarán los mejores disfraces y habrá juguetes para todos, que serán repartidos por Caperucita Roja, Pipo y Pipa, Pinocho, etc. ¡No dejéis de ir! ==

Vuestros amigos los Dibujantes



Ayuntamiento de Madrid

EL OJO VIAJERO

EL CARNAVAL POR EL MUNDO

Por RAMON MUÑIZ LAVALLE



La entrada triunfal de "Momo" por Canal Street. En círculo, un detalle del desfile nocturno.

Fué hace un siglo, en las callejuelas escasamente iluminadas de Vieux Carre... Una banda de "creoles", mestizos franceses, hijos y nietos de los conquistadores que llegaron con Sieur de Bienville, acabados de llegar de París, adonde fueran a completar sus estudios, hicieron su aparición en la hora de más movimiento de la vieja Nueva Orleáns, trajeados grotescamente y dando tumbos y brincos al compás de platillos, cornetas y redoblar de tambores. Iban precedidos por un alto negro vestido de ángel que, con el trueno de su trombón, hacía temblar a las asombradas gentes de la villa. Porque villa era entonces la hoy poderosa ciudad norteamericana, cuando por vez primera en sus calles se vieron más caras, quedando establecido desde entonces el "Mardi-Gras".

El Carnaval se festeja en pocas ciudades. Y en pocos pueblos, porque los hay poco afectos a la alegría descompuesta de la semana de francachelas. En los Estados Unidos, el Carnaval no tiene ambiente; pueblo jovial que le juega bromas pesadas a la crisis desde las páginas del "Life", "Judge", "New Yorker", etcétera, no necesita una determinada época del año para sacar a pasear su buen humor. Y para disfrazarse tampoco reclaman fechas fijas. Lo hacen muchos para el "Valentine Day", pero más son los que aprovechan un motivo familiar para convocar a las amistades a un "fancy-dress-ball".

Pero Estados Unidos, nación de lo portentoso, no podía permitir que Niza, un rincón de la Costa Azul, proclamara en la propaganda turística del mundo: "¡Vengan al Carnaval de Niza, el mejor del mundo!"...

"No, señores!... 'Lo mejor del mundo' es patrimonio de los Estados Unidos..., las mejores mujeres..., los mejores trenes..., los mejores hoteles..., los mejores asaltos..., los mejores bandidos..."

Y para taparle la boca a Niza, Estados Unidos coloca a comienzo de todos los años en la puerta de sus 48 Estados un gran cartel anunciador: "¡Asistan al 'Mardi-Gras', el Carnaval de un siglo de éxitos, en New Orleans, la más romántica ciudad de América!"...

Tal es la razón por la cual los caminos del Norte, Oeste y Este y de los estados vecinos de Florida y Tejas introducen millares de personas en la próspera ciudad de la Louisiana.

New Orleans—lo dicen las estadísticas—recibe la visita de 100.000 niños y 50.000 personas mayores durante los festejos de "Mardi-Gras".

Vienen de todo el país en trenes especiales, aeroplanos, automóviles, autobuses de excursión. Baján por el Mississippi vapores fletados a tal efecto con turistas de St. Louis y Pittsburgh. El puerto los recibe con sus fastuosos adornos de arcos de triunfo, banderas, gallardetes, guirnaldas, banderines; todo un mundo de co-

lor para dar la bienvenida al turismo intercontinental que viene a dejarle a la ciudad muchos millones de dólares y a llevarse en las retinas los desfiles funambulescos del "Mardi-Gras".

Y, cosa de los norteamericanos, gran espectáculo montado a lo grande, a "lo mejor del mundo", estas fiestas singulares del "Mardi-Gras" no se conforman con durar una semana, como en todas partes: comienzan en la primera semana de enero y se remontan hasta fines de marzo.

El 6 de enero, cuando nuestros tres Reyes Magos se vuelven a Oriente por la ruta de la estrella, la Sociedad "Los Calaveras de la Víspera de Reyes" declaran abierta solemnemente la temporada carnavalesca con un banquete y baile de extraordinaria importancia, a los cuales siguen los dados por las Sociedades "Aglia", "Nereus", "Les Danseurs", "Osiris", "Iris", "Prophets of Persia" y varias decenas más de clubs, cuya vida gira en torno de sus bailes y comparsas para el "Mardi-Gras".

Para cada uno de estos banquetes y bailes, las Sociedades eligen, tras reñidas elecciones, la corte de honor, con su Reina y seis damas de honor, a quienes acompañan un par de Duques. A estas elecciones particulares de cada Sociedad sigue luego la que apasiona a toda la ciudad, y que siguen los grandes periódicos con titulares a toda plana y vastísima información gráfica: es la elección de la Reina y el Rey del "Mardi-Gras", que consiguen de las multitudes una atención mayor que las de una elección política.

La elección de "Momo", Rey del Carnaval, sólo se conoce horas antes de dar comienzo la semana de festejos públicos. Han transcurrido acaloradas manifestaciones y concábulos secretos; todas las Sociedades puján por que el miembro selecto de cada una de ellas alcance el magno nombramiento. Pero siempre se va la suerte con las más ricas.

Una vez que "Momo" ha sido elegido, comienzan las fiestas sensacionales. En la víspera se ha celebrado el baile de honor que la Sociedad "Krewe of Proteus" ofrece al Monarca carnavalesco. Al día siguiente, siempre un martes, sigue un desfile militar y civil, en el cual intervienen todos los turistas que han llegado a presenciar las fiestas. El desfile de millares y millares de automóviles de toda la nación, adornados con flores, banderas, guirnaldas, etc., ocupa varias horas. Toda esta multitud se dirige al río Mississippi a recibir con toda clase de estridencias la llegada de "Momo", que baja con su corte, abandonando por unos días su reclusión sobre el monte Olimpo.

Miles de embarcaciones engalanadas toman parte en estas fiestas iniciales. Al ruido ensordecedor de las sirenas y pitos de los barcos se unen las bocinas de los automóviles y el agitar de incalculables matracas; mientras tanto, bombas de estruendo se elevan hacia las nubes, para explotar con potente estampido a 100 metros de altura. Desde el embarcadero, "Momo", al frente de su corte, toma por Canal Street (la calle más ancha del mundo: 80 metros), escoltado por las Sociedades que desfilan por entre abigarradas filas, donde más de 300.000 personas se estrujan y golpean en procura de visualidad. "Momo" atraviesa este radio de la ciudad para dirigirse al centro bursátil, que es donde se encuentra el Ayuntamiento. En éste se han instalado tribunas y palcos, en donde el Alcalde de New Orleans espera al Rey del Carnaval para entregarle las llaves de la ciudad. Por una semana, el Alcalde pierde su investidura, y la poderosa ciudad norteamericana queda en manos de "Momo".

Por la noche prosiguen los bailes, mientras que para la gran masa de espectadores, celébrase el desfile de antorchas.

Este espectáculo es único. Sólo en los Estados Unidos puede darse un desfile monstruo como el de las carrozas de "Mardi-Gras", que avanzan por Canal Street, llevando en su interior a la Reina y corte de cada Sociedad carnavalesca. Van escoltadas por los miembros de honor y simples asociados que llevan inmensas antorchas. Muchos van a caballo, con vistosas monturas y riquísimos disfraces; de la variedad de éstos dará una idea el decir que cada Sociedad carnavalesca tiene por lo menos 100 disfraces distintos.

Durante todo el año, artistas especializados en esta clase de figurines preparan para los clubs del "Mardi-Gras" modelos estrafalarios, nunca vistos. Existe una rivalidad que se paga en premios de varios miles de dólares entre las Sociedades por la presentación más original y lujosa de disfraces. Y también entran en esta competencia las carrozas de la procesión.

Cada uno de estos carruajes cuesta alrededor de 35.000 pesetas, y en su construcción trabaja durante todo el año la firma Soulie y Crassons, dueña de instalaciones gigantes, donde varios cientos de obreros especializados preparan los carromatos del "Mardi-Gras".

Con los últimos ruidos del Carnaval que termina, en los locales de Soulie y Crassons se inician los preparativos para el próximo "Mardi-Gras".

Así es que la ciudad goza, vive y prospera en torno a una fiesta que hace un siglo instaurara un grupo de jóvenes criollos admiradores de Gavarni.

El "Mardi-Gras" es el único Carnaval que se celebra en los Estados Unidos. Pero no hace falta otro. Cada procesión de "Momo" cuesta 50.000 dólares, o sea aproximadamente unas 400.000 pesetas. A ese gasto de una sola de las fiestas hay que agregarle los de los adornos de la ciudad, que aparece engalanada desde el puerto hasta las últimas barriadas de los negros. Y ya que de negros hablamos, no se puede hablar del "Mardi-Gras" sin mencionar el papel descolante de la población negra. Las mulatitas elásticas, las matronas oscuras, la chiquillería desvergonzada, los negros estibadores del puerto, los negros de las plantaciones, los negros de todas partes de la ciudad, van apareciendo por entre las calles de Vieux Carré con grandes bandas, magníficas orquestas y trajes rojos, verdes,

azules, amarillos... Colores chocantes, colores de negros, colores tan estridentes como las músicas de candombe o "voo-doo" de sus endiabladas bandas.

Y la multitud negra aplaude, grita, se descoyunta en mil gestos y piruetas al paso de sus comparsas, que van a sumarse a la multitud de máscaras de Canal Street.



En la primera República de América..., en la primera por fecha de origen e importancia, los títulos gozan de favores públicos. Así, en estas fiestas de "Mardi-Gras" abundan los Reyes y las Reinas, los Duques y las Princesas consortes. Barones, Condesas, Vizcondes y un Rey, "Momo", es dueño de la ciudad durante toda una semana.

Pero cuando los "autos" vuelven a sus Estados y los empleados municipales barren de las calles los últimos restos de serpentinas, los Reyes, Duques o Barones o las Reinas, Duquesas o Condesas, vuelven a ser banqueros, periodistas, pintores o taquimecas, vendedoras, modelos...

En los Estados Unidos los títulos no engañan más que con carácter de "cosa rara"... Por eso están bien los "reyes" para el Carnaval..

Allí está en un extremo la exposición de "babuys", cerca de las hortalizas o las doscientas clases diferentes de plátanos. Más allá están los dulces y los productos de las centrales azucareras; quioscos que enseñan sandalias, sombreros de paja, machetes de los "moros" del Sur. Todas las islas de Filipinas envían sus productos a esta gran feria, equivocadamente llamada Carnaval.

Es cosa de los norteamericanos y de los nuevos filipinos, que quieren ser más norteamericanos que aquéllos. Por eso no se diferencia nada la organización de este Carnaval con cualesquiera de las ferias de pueblo de los Estados Unidos, con sus "tíos-vivos", sus calesitas, ruedas giratorias, toboganes, discos de la risa, mujeres barbudas, enanos, prestidigitadores, magos y rateros, pero muchos rateros.

En tiempos de España, el buen filipino era un hombre que sabía hacer las cosas sin alardes ni gestos vanos. Trabajaba poco, ganaba poco y vivía feliz mirando al cielo tirado a la sombra de los cocoteros. Tocaba la guitarra, montaba en su "carabao" y, cuando se acordaba que necesitaba comer, se ponía a sembrar "palay". Y comiendo arroz, divirtiéndose con la riña de gallos y mirando al cielo, dejaba correr los años.

Hoy, bajo la bandera de los Estados Unidos, el archipiélago filipino quiere poseer una fisonomía de máquina. Sus habitantes se esfuerzan por tener automóvil, llevar siempre un traje bien planchado, leer en los periódicos las cotizaciones, llenar todo hueco en las Universidades y poner como título de sus prospectos de propaganda: "Manila, el centro comercial del Pacífico".

Y para ese cambio, los filipinos han perdido su bonhomía de entonces, su amor a la tierra y su pasión del cielo. Eso no es óbice para que ganen tan poco como antes y trabajen tanto o menos que por entonces.

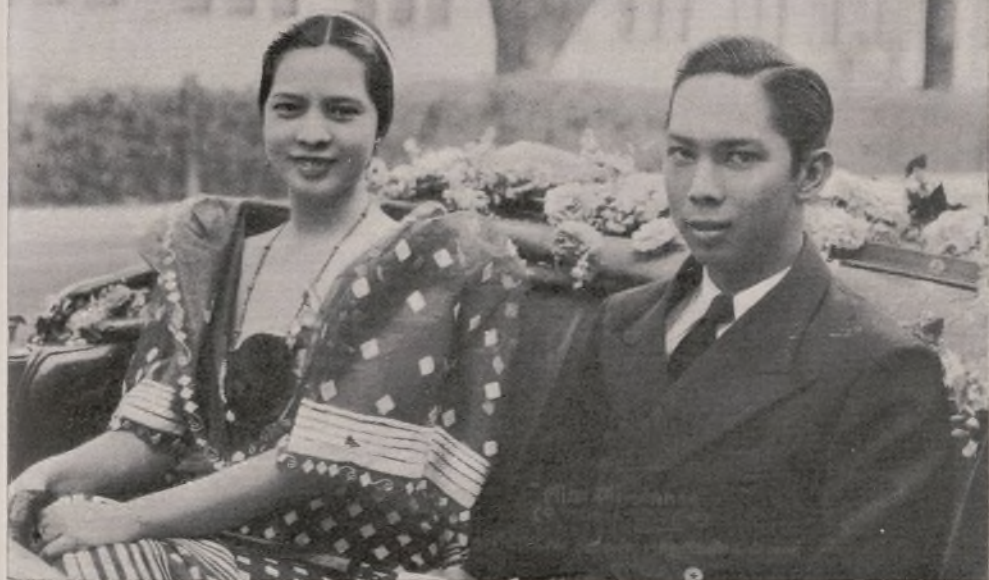
Pero son un pueblo comerciante e industrial, y para convencerse de ambas fuerzas, todos los años, en un gran descampado, conocido por Wallace Fields, celebran su Carnaval, un Carnaval sin máscaras ni alegría, pero con mucho artículo comercial y muchas pretensiones de gran cosa.

Desde 1909 vienen haciendo esto.

Desde 1909 creen que "Carnaval" es exponer mostradores con materias primas y artículos manufacturados en todas sus islas.

Y para darle aspecto de algazara, jolgorio y diversión, van tendiendo un círculo de diversiones populares donde dejar los cuartos y salir tan aburrido como antes.

el "manila carnival"



La reina de Mindanao y el príncipe consorte en el desfile de las reinas de las islas Filipinas.

No es "el Carnaval de Manila" sino el "Manila Carnival". La diferencia no estriba sólo en ello, sino en el carácter de las fiestas. Si en Manila aún existiese el predominio de los hispanos, los festejos no tendrían la fisonomía industrial-comercial, de gran feria interinsular, con que hoy día se presenta el Carnaval en la bella ciudad filipina.

Es el Carnaval menos Carnaval del mundo. No se trata de la ausencia casi total de máscaras o de la ausencia completa de las serpentinas; se debe a que el acontecimiento, que en otras ciudades tiende desfile de coches, abre bailes y vuelca en las calles la ingenuidad de grandes y chicos, se troca en el semblante adusto de un recinto inmenso en que se venden los productos de la tierra.

Pero no todo es del mismo tono.

También, en una tregua de la feria comercial-industrial, el gran "auditorium", que todos los años se construye, recibe a un público selecto, que acude a presenciar la coronación de la Reina del Carnaval.

La elección de esta Reina da lugar, al igual que en Nueva Orleans, a lucidas competencias, aunque en estas elecciones prima el dinero particular.

Todos los periódicos traen cupones; eligen sus candidatas a Reinas, y las proclaman en sus columnas, solicitando el apoyo de los lectores. Y poco a poco van creciendo las listas de las privilegiadas, hasta que un mes antes de dar comienzo las fiestas quedan seleccionadas por gran ventaja de votos sobre las demás comitadoras el grupo de "las candidatas serias". Y entonces viene el correr del dinero, la compra de votos, las mil combinaciones para la consagración de Fulanita o Menganita como reina del Carnaval.

Y entre la Corte, que componen las representantes de cada una de las islas importantes de Filipinas, la Reina del Carnaval aparece en el "auditorium" para presidir todas las noches las fiestas de bailes y cantos regionales que se celebran en el mismo.

Y luego de esto, todo a lo anterior: exhibiciones de hortalizas, animales o artículos preparados por las habilidosas manos de los artesanos e indígenas.

Al lado de este grotesco y falso "Manila Carnival", el verdadero Carnaval de Filipinas tiene lugar en los bailes íntimos del Club Alemán y el Casino Español, donde todas las colectividades extranjeras de Manila hacen su aparición en grupos de máscaras, que animan durante toda la noche los amplios salones y jardines de las dos instituciones.



La reina del Carnaval de 1934 y su corte de honor.

Karlsbad, en los Estados Unidos

El famoso balneario de Bohemia-Karlsbad tiene un homónimo en los Estados Unidos, que también ha conseguido una fama, cada día mayor, de manera inesperada. Situado al sudeste del Estado de Nuevo México, posee igualmente un manantial de agua medicinal, que sólo es conocido por la gente de los alrededores. Pero un buen día un convoy que recorría la comarca observó unas nubes extrañas que salían del monte próximo. Como este mismo espectáculo se repitiese varias tardes seguidas, al acercarse se dió cuenta que se tra-

taba, no de nubes, sino de enormes cantidades de murciélagos gigantes que salían de las hendiduras de unas rocas. Con la esperanza de hallar guano en dichos agujeros, logró penetrar con grandes esfuerzos en la

cueva y, con enorme sorpresa, se halló ante la gruta de estalactitas más grande e importante que existe hoy día en los Estados Unidos.

Entretanto, las grutas de Karlsbad han sido declaradas monumento nacional, y una enorme muchedumbre las visita constantemente, pues en belleza y extensión no tienen rival. El descubridor de ellas sirve de guía y acompaña a los visitantes a lo largo de seis millas de salones inmensos y fantásticos en su belleza, que hace resaltar la instalación eléctrica, cual nuevo cuento de las "Mil y una noches". De esta forma se ha convertido Karlsbad en uno de los lugares más visitados de los Estados Unidos.

CARNIVAL
CONFETTI Y SERPENTINAS
BOLAS DE NIEVE

GALVEZ - Abtao, 4. Teléf. 73774 - MADRID.



Artista de la Metro, luciendo un original y elegante vestido "de cóctel".

Escaparate de películas nuevas

El Dictador.

Los estudios ingleses acaban de lanzar al mercado su última gran película, *El Dictador*, dirigida por Victor Saville, con Clive Brook, sobrio y expresivo, en el papel de protagonista. Helen Hayes hace una reina madre viva, agria y extravagante. El rey Christian está incorporado por Emelyn Williams, con una gran propiedad en su papel de loco. Y Madeleine Carroll es una deliciosa compañera para Brook.

No puede uno por menos de maravillarse ante el buen gusto que derrochan los directores del otro lado del Canal de la Mancha cuando componen grandes escenarios históricos. Hay en esta continuación de estampas una opulencia tan natural, un lujo tan mesurado y una soltura tan admirable en actores y figurantes, que producen insospechados efectos para el cinema.

Los fotogramas son lienzo en los que la sombra y la luz se proyectan sobre los escenarios o los vestidos con una delicadeza perfecta. Es difícil ver decorados ni trajes de un arte más acabado.

Desde luego, esta perfección de conjunto es lo que da su carácter irreal a la aventura romántica de Struensee, aquel médico de Hamburgo que llegó a ser primer ministro de Dinamarca, amante de la reina y reformador atrevido, y que pagó con su cabeza, en 1772, esa triple locura política, sentimental y social.

El viejo y el joven rey.

El último film, que acaba de rodar el gran actor alemán Emil Jannings bajo la dirección de Hans Steinhoff, nos presenta un tema sobre la vida de Federico el Grande de Prusia y de su padre, Federico Guillermo (Emil Jannings), llamado «el rey de los soldados», porque formó su guardia con los soldados más altos de Prusia, a los que denominaba el pueblo con el apodo de «los gigantes». Hace mucho tiempo que el gran actor alemán deseaba encarnar este personaje. Lo estudió durante meses, y tan a fondo, que se observa claramente, al contemplar la película, con cuán íntima comprensión ha sabido hacer revivir la figura sencilla y recta del gran Federico Guillermo en sus dos aspectos, físico y moral.

TRUDE MARLEN



Una de las mejores estrellas de la U. F. A.

Cine

Por

GABRIEL

GARCIA

ESPINA

El film refleja los conflictos más o menos bruscos y sentimentales que existieron siempre entre el padre y el hijo. El papel de Federico de Prusia está interpretado por Werner Hinz; la reina, por Leopoldine Konstantin, y la princesa Guillermina, por María Luisa Claudius. La «mise-en-scène» ha sido dispuesta con admirable propiedad.

El próximo film de Katharine Hepburn.

Según las últimas noticias que nos llegan de Hollywood, el próximo film de esta admirable actriz, que se ha revelado como una de las más grandes figuras de la pantalla americana, será *Break of hearts* («Corazones rotos»). *Quality Street*, que debía filmar primeramente, ha sido pospuesto, y será rodado a continuación.

En *Break of hearts*, el compañero de Katharine Hepburn debía ser John Barrymore; pero acaban de hacer la elección definitiva, y el actor elegido es el checoslovaco Francis Lederer, que ha sido contratado especialmente para este papel. El talento de ambos artis-

MARION DAVIES



En una escena del "film" "Una fiesta en Hollywood".

tas asegura un gran éxito para este film, que dirigirá Philip Muller.

Los hermanos Lumière.

Próximamente se empezará a rodar un gran film sobre la vida laboriosa y los trabajos llevados a cabo por estos ilustres hermanos, inventores del cinematógrafo.



CONTROL

CINEMATOGRAFICO

- "ALTO" Deténgase usted y lea: la película merece la pena.
- ⊕ "CUIDADO" Un film con determinadas debilidades artísticas.
- "SIGA" Obra deficiente que no merece ni que usted se detenga a considerar su título.

○ *Deslices*.—Edmund Gouldin apuró en esta película las admirables condiciones mímicas de Norma Shearer, Herbert Marshall y Robert Montgomery. Toda la bondad del film se reduce a la estupenda interpretación de estos tres actores, sobre todo de la dama. Por lo demás, el argumento es endeble, falso y poco cinematográfico. Gouldin ha hecho en su historia profesional cinema bastante mejor que éste. En gracia a aquellos tres nombres, la película es recomendable.

○ *El crimen del Vanities*.—Un excelente film, espléndido en coreografía, del tipo de aquel *Broadway por dentro*, que admiramos aún no hace mucho. Decididamente, Hollywood no tiene rival en el manejo asombroso de esos espectaculares y disciplinados conjuntos femeninos. El proceso dramático que se desarrolla

entre bastidores, hábilmente hilvanado con los números de revista, tiene interés suficiente para producir en el espectador un fácil contraste de interés y de asombro. Victor Mac Laglen y Jack Oackie, rodeados de innumerales y bellísimas mujeres, hacen los principales papeles, con gran acierto.

⊕ *Caballeros de capa y espada*.—Película para reír a base de los populares cómicos Wheeler y Woolsey. Parece que estos dos caballeros quieren seguir la próspera huella de Laurel y Hardy. Mirando el film únicamente bajo este matiz hilarante, es aceptable.

○ *Guillermo Tell*.—Un magnífico documental fotográfico y una buena lección interpretativa. A pesar de ello, esta biografía cinegráfica de la popular figura histórica ha resultado densa y agobiante por su lentitud. El suceso puramente cinematográfico se ha malogrado; pero siempre permanecerán con magnífica expresión estética los aciertos exactos del «cameraman» y el trabajo de Hans Marr y Conrad Veidt como actores. Film digno de verse, sobre todo para los buenos conocedores del cinema.

○ *Chu-Chin-Chow*.—Walter Forde ha llevado a la pantalla, con plausible acierto, unas páginas luminosas de *Las mil y una noches*. El film es muy bueno, y ha sido vestido y escenografiado con la esplendidez necesaria a una obra de este tipo. Los estudios ingleses, al lanzar este nuevo film, honran al cinema europeo, que se enorgullece por estos felices logros de la joven y ya ilustre producción británica. La interpretación es magnífica también. Fritz Kortner y Ana May Wong llevan con impecable acierto sus legendarios papeles.

⊕ *El fiscal vengador*.—Un nuevo film de misterio, proyectado en la sala que se dedica habitualmente a este género cinematográfico. Vamos a elogiar este criterio de la empresa, aunque la calidad del celuloide exhibido no corresponda, la mayor parte de las veces, al mejor sentido cinematográfico puro. Esta película de ahora no es tan mala como alguna de sus antecesoras, pero tampoco llega a la bondad definida. ¡Está tan trillado ya el concepto policíaco en el cinema! Ralph Forbes y Adrienne Ames figuran decorosamente a la cabeza del reparto.

○ *Señora casada necesita marido*.—Catalina Bárcena, con una nueva juventud de maravilla, vuelve a asomarse a las pantallas madrileñas. En esta película, a la que encuadra muy bien el calificativo de amable, la acompaña, en un papel de galán algo maduro, Antonio Moreno, que mejora pasados tropiezos interpretativos. La presencia en la pantalla de José Crespo y Valentín Parera acaba de sumirnos en un recuerdo de apacible ambiente castellano. Muy gracioso y entonado el diálogo de López Rubio, que es, acaso, lo mejor del film. La película, sin ningún matiz extraordinario, es siempre grata de ver.

● *Madrid se divorcia*.—Otro tropiezo del cinema nacional. ¡Tenemos un ansia de ver buen cine español!

Concurso de argumentos para películas cortas

CIFESA (Compañía Industrial Film Española, S. A.) abre un concurso de argumentos cinematográficos para películas cortas, con arreglo a las siguientes condiciones:

- 1.ª Los argumentos deberán ser originales e inéditos.
- 2.ª Se enviarán, bajo sobre cerrado, a las siguientes señas: «CIFESA. Sección Publicidad. Avenida de Eduardo Dato, 34.» En un mar-

CAPITOL PRESENTA A



Un canto a la fraternidad Una lección de energía humana

gen se hará la siguiente indicación: «Para el concurso de argumentos.»

3.ª Las cuartillas deberán venir escritas a máquina, por una sola cara y a doble espacio. Se firmarán con un lema, y se enviará, además, otro sobre, marcado con el mismo lema, conteniendo el nombre y domicilio del autor.

4.ª Los argumentos serán a propósito para filmar películas cortas o «sketches» musicales de dos partes.

5.ª Un Jurado compuesto por directores, cuyos nombres se harán públicos oportunamente, designará el argumento que, a su juicio, reúna mejores condiciones para ser llevado a la pantalla.

6.ª Al autor de dicho argumento se le entregará un premio de 500 pesetas, quedando el argumento propiedad de Cifesa y comprometiéndose ésta a su realización cinematográfica.

7.ª El Jurado designará también los argumentos que entre los presentados merezcan ser llevados a la pantalla, por si a Cifesa le interesara la adquisición de todos los propuestos o algunos de ellos, en cuyo caso tratará directamente con los autores.

8.ª El plazo de admisión queda abierto desde la fecha de publicación de estas bases, y se cerrará el día 10 de abril de 1935, a las doce de la mañana. Los envíos de provincias que lleguen después de esa fecha serán admitidos, siempre que por el matasello de Correos se compruebe que han sido depositados antes de expirar el plazo de admisión.

9.ª Una vez que el Jurado dicte su fallo, se procederá a la apertura de los sobres con los lemas correspondientes al argumento premiado y a los recomendados para su adquisición. Los restantes argumentos estarán a disposición de sus autores, previa justificación de su personalidad, hasta treinta días después de hacerse público el fallo del Jurado. Los concursantes de provincias deberán incluir, al solicitar la devolución, los sellos para el franqueo.

NORMA SHEARER Y HERBERT MARSHALL



En una escena de "Deslices", que alcanzó reciente éxito en el cine Capitol.



"Montmorency", el mejor de los caballos últimamente comprados.

HIPISMO

La próxima selección española para el Concurso hípico de Niza

Por "EL PAJARO"

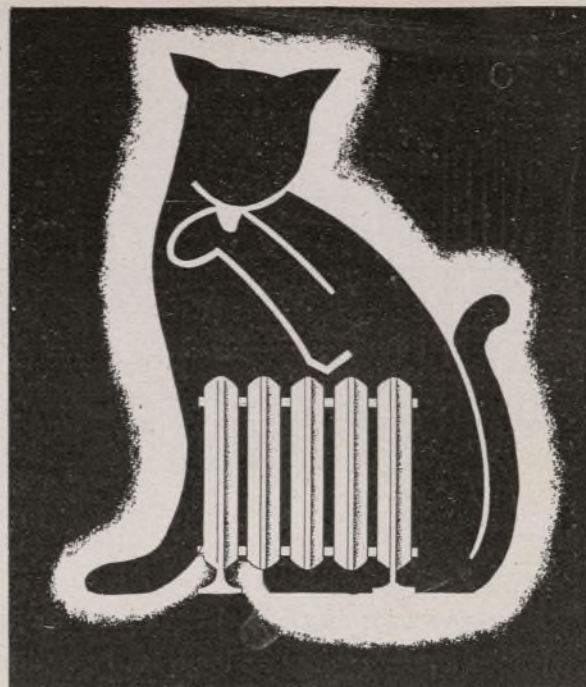
Entre la afición hípica madrileña despertaron curiosidad las pruebas anunciadas en el *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra* para seleccionar los jinetes y caballos que han de formar nuestra representación en el Concurso hípico militar internacional de Niza.

El 19 del corriente, en la pista de la Escuela de Equitación, tuvo lugar la primera exhibición de los jinetes que acudieron a la invitación del órgano ministerial. Fueron los concurrentes a las pruebas los capitanes Cavanillas, García Fernández, Notalejo, Turrión, Silió, y los tenientes Torres, Notalejo y De Luis.

La prueba resultó de escaso interés para los numerosos aficionados que la presenciaron, pues se saltó poco y mal. No es de extrañar que así ocurriera, pues ni en una prueba ni en dos pueden obtenerse los datos necesarios para hacer una acertada elección; por ello, sin duda, los jinetes se montaron faltos de fe, y la prueba careció de interés y emoción.

Creemos que esta prueba, tal como se anuncia y como se practica, no sirve para nada más que para ver quiénes son los que se consideran con fuerzas y deseos de asistir al concurso objeto de la selección, y esto es poco. Se necesita que haya una cabeza visible y responsable de la confección de estos equipos internacionales, que, por estar en contacto con los jinetes y tener un prestigio hípico reconocido entre ellos, facilite la formación de los mismos y haga fácil el acoplamiento de caballos. Con ello, en pocas ocasiones necesitará intervenir a «mano militar», sino que sus indicaciones serán gustosamente aceptadas por todos, y si hay algunas faltas de disciplina deportiva, en ese caso, tampoco le faltarán medios ni recursos para imponer su criterio, que será, además, el de la mayoría de los jinetes. Ejemplo de lo que

CALEFACCION, REFRIGERACION Y VENTILACION Boetticher y Navarro S. A. Zurbano, 67.-Teléf. 40070 MADRID



decimos fué el acoplamiento que se hizo el año 1928 para concurrir a la Olimpiada de Amsterdam, procedimiento que dió como resultado el gran triunfo alcanzado.

En aquella ocasión había formado un equipo internacional compuesto por un jefe y siete oficiales. Solamente tres habían de tomar parte en la prueba de obstáculos, y, con las indicaciones del jefe y el buen deseo de todos, se llegó, sin que surgieran discrepancias, a inscribir para saltos a «Zalamero», «Revistada» y «Zapatazo», que, con sus habi-



"Le jeune ami", otro de los caballos últimamente comprados.

tuales jinetes, alcanzaron el campeonato mundial de saltos de obstáculos.

Mejores resultados que quedar los primeros, no creo que vayan a buscar ahora, y si esto es tan lógico, ¿por qué cambiar aquel procedimiento de selección? Si aquel jefe, que, por cierto, está en la Escuela de Equitación Militar, lo hizo tan acertadamente, ¿por qué no nombrarlo mientras nos siga llevando al triunfo?

En España no es fácil encontrar la lógica de las cosas, pero en el ambiente que se respiraba entre los jinetes durante la celebración de las pruebas de selección que nos ocupa se notaba el deseo de que hubiera un jefe prestigioso

que fuera permanentemente el que designara los equipos, dándole determinadas atribuciones y dejando un margen a los jinetes para recurrir contra sus decisiones cuando las creyeran injustas o lesivas contra sus intereses o derechos de jinete.

Lo que no conviene es abandonar la afición hípica a los egoísmos y las intrigas; el que designe los equipos debe salir responsable de su actuación; y de esa manera, el jinete que no gane una vez no será nombrado nuevamente, ni será posible el caso de que, amparándose en la sombra, se quite un caballo a un jinete campeón, sin que haya quien tenga la valentía de dar la cara y responder de sus actos, como ocurrió en los años del célebre bienio. Los jinetes, como la mayoría de los españoles, no quieren ni reclaman más que justicia y ser gobernados.

En la selección de que nos ocupamos no había, por parte de todos, más que el mejor deseo de acertar; pero se presentaron ocho jinetes, y hay que elegir cuatro. La dificultad para designarlos es grande, pero esta dificultad aumenta cuando no se ponen los medios para poder acertar y se dejan resquicios para que la desconfianza tome pie, sobre todo en asuntos en que tan fácil es herir susceptibilidades de caballistas.

Las fotografías que acompañan dan idea de algunos momentos de la prueba. En ella demostraron todos los caballos estar faltos de entrenamiento; pero creemos que con los que saltaron allí no se puede sacar número suficiente para formar un equipo mediano para Niza: hacen falta más caballos. Sabemos que hay más de treinta asignados especialmente para concursos del extranjero a jefes y oficiales; ¿por qué no se presentaron a las pruebas?

Convendría que el Excmo. Sr. General D. Eduardo Au-



La famosa "Revistada".

gustin, que presidió el Jurado para esta selección, se manifieste enérgico ante esta egoísta reserva de los caballos, para que nuestro equipo internacional lleve, no sólo lo mejor de lo que buenamente quiera presentarse, sino de lo que el Estado tiene adquirido para este fin. Ello redundará en prestigio de España en el extranjero y en bien del deporte hípico.

Terminadas las pruebas, se hizo presentación, ante el numeroso público que había acudido a presenciarlas, de los cuatro caballos saltadores adquiridos en Francia recientemente para reforzar nuestro equipo de internacionales con miras a la próxima Olimpiada de Berlín.

Los ejemplares gustaron a la concurrencia, pues todos ellos son de lucida presentación, y figuran sus méritos en las listas de los ganadores de obstáculos de la vecina República francesa.

Merece el Teniente coronel Gete, jefe de la remonta de Caballería del Ministerio de la Guerra, por su celo y previsión, toda clase de elogios, pues por él dispondrán nuestros jinetes de los elementos necesarios para poder defender en buenas condiciones su título de campeones olímpicos de saltos de obstáculos, cuando llegue el momento de ponerlo en juego.

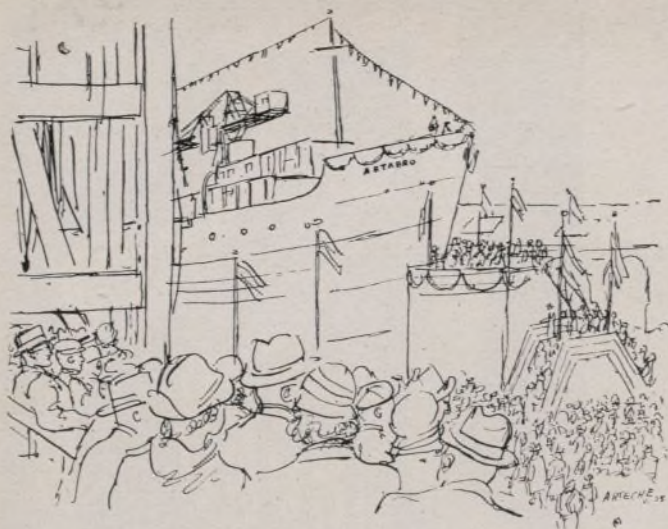
estómago intestinos

Una buena digestión asegura la salud y equivale, en la mayoría de los casos, a robustez y bienestar físico e intelectual. El ELIXIR ESTOMACAL SAIZ DE CARLOS ayuda a las digestiones, tonifica y abre el apetito; cura el dolor de estómago, acidez, vómitos, dispepsia, diarreas en niños y adultos, dilatación y úlcera de estómago, etc., etc. La confianza que goza entre la clase médica este específico y su éxito mundial durante cerca de medio siglo, garantizan su eficacia.

ELIXIR ESTOMACAL SAIZ DE CARLOS

Ayuntamiento de Madrid

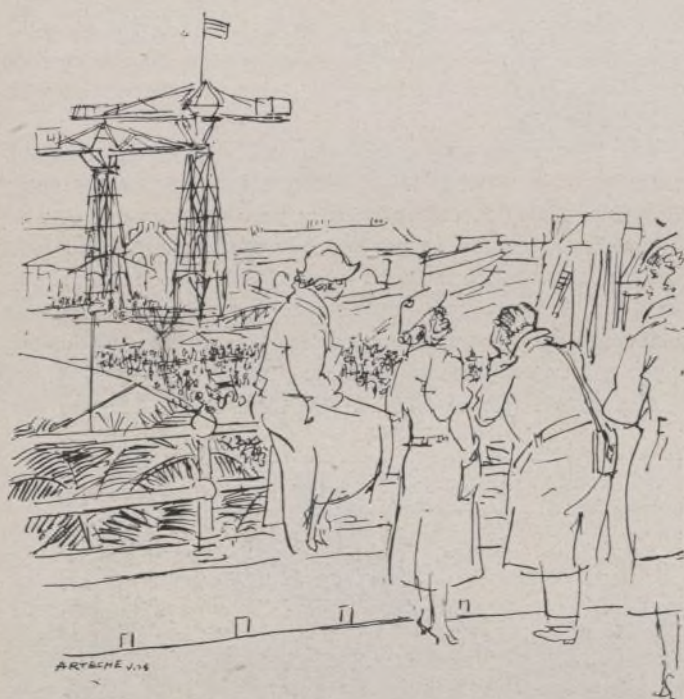
VENTA EN
FARMACIAS
PRECIO: 5.85 PTS.
INCLUIDO TIMBRE



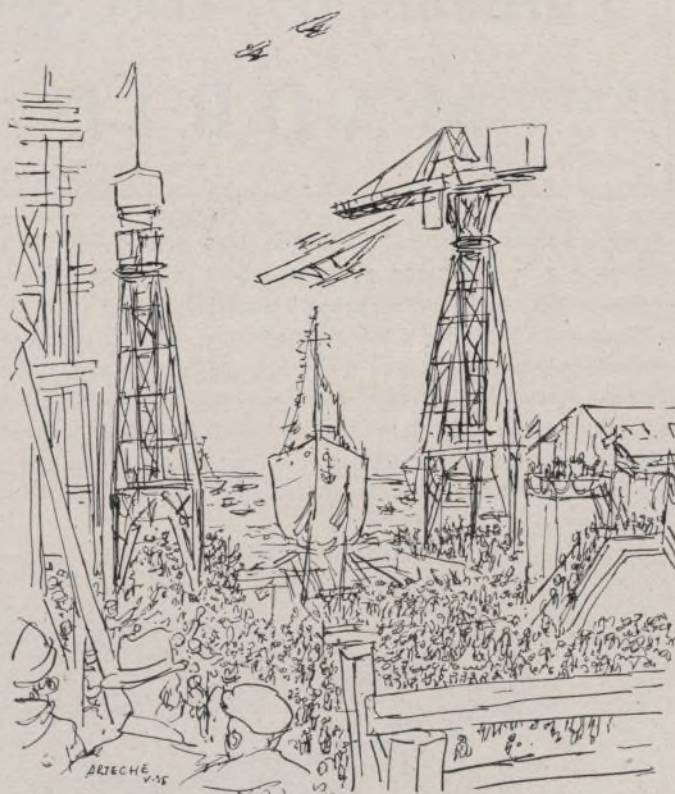
Hace ya varios días que el agua luminosa del Mediterráneo aguanta sobre su lomo las leves dimensiones del "Artabro". Este hecho mínimo, pero rebotante de prietas sugerencias nacionales, tiene un valor comparativo de enorme alcance espiritual.

El proceso lento y meditado de la expedición Iglesias al Amazonas, conducido con esa despaçiosa firmeza necesaria a cualquier aventura de análogo volumen, recibe, con el lanzamiento de este maravilloso vehículo-laboratorio, un bautismo definitivo, lleno de promesas y de vientos marineros.

Una muchedumbre ávida agrupaba sus fervores en el astillero. La gente, llegada desde los más dispersos límites españoles, se daba cuenta intuitivamente de la



EL "ARTABRO" EN EL MAR



importancia enorme del suceso. Es posible que nunca se haya visto un entusiasmo parecido alrededor del hecho vulgar del lanzamiento de un buque. Una dignificación oficial, máxima en prestigio por la presencia del Presidente de la República, apadrinó con su aureola el histórico momento. Y el "Artabro", teñido de rojo en una valiente pintura provisional, abandonó su seco lecho nativo—toda aquella apretada maleza de hierro y de madera—para hundirse en el agua verde y fría de la dársena.

Música, aplausos, banderines agitados por el viento, todo ello bien abrigado en la tibia luminosidad del levante español. Ruido de motores en el espacio; navíos de la Armada atracados al muelle, con protectora y reverente mansedumbre para el pequeño barco aven-



turero que iniciaba animoso su epopeya... Hasta un buque mercante de alto porte, al embocar el puerto, le rindió al "Artabro" su mejor saludo con una sonriente maniobra rebosante de alborotada espuma.

Ahora la nave expedicionaria vuelve a un reposo paradójicamente preñado de actividades. Arrimada a la costa que la vio nacer, sujeta a ella todavía por fuertes lazos nutritivos, seguirá recibiendo en sus bodegas todo el enorme caudal de maravillas que necesita para su noble empeño científico. Hasta que un fuerte soplo de España la separe de la encendida playa levantina con fuerte impulso incontenible.

Nuestro dibujante Arteché recogió en su cuaderno, con apremiante maestría, los apuntes que acompañan en reverencia para el histórico momento español a estas brevísimas palabras.



El lujo en las cocinas de los grandes potentados

La sencillez que preside en general las cocinas de la mayoría de los hogares halla un enorme contraste en el lujo fabuloso con que los grandes potentados del mundo derrochan en sus casas para ese mismo lugar. La cocina de los reyes de Inglaterra, en su palacio de Windsor, encierra solamente en utensilios de cobre por valor de 120.000 pesetas, mientras que los utensilios de plata y plateados se remontan a 450.000. El mobiliario de cocina, sin contar vasos ni porcelanas, y que es todo de magnífica madera de roble, tallada artísticamente, costó en la época de Jorge III (1738-1820), cuando se construyó, nada menos que 600.000 pesetas.

Mucho más valiosa era la cocina del último zar, Nicolás II. Apenas subió al trono, el Zar dió cuatro millones y medio de pesetas para la instalación y reforma de la misma en su palacio de invierno de San Petersburgo. Todos los objetos eran de plata maciza. Las cajas de especias eran de oro cincelado, con el escudo imperial grabado. El fogón y los hornos estaban adornados con incrustaciones de plata, y el mármol negro se empleó con un derroche sin igual en toda la pieza. Entre otros muchos objetos, la cocina poseía nada menos que 3.000 cucharillas de plata y una parrilla de oro, que se

empleaba ya en tiempos de la emperatriz Catalina II. Dignos de tal cocina eran los sueldos que recibían los cocineros imperiales. El jefe mayor tenía 480.000 pesetas anuales, sus seis pinches recibían de 60.000 a 90.000 pesetas. El total anual de los sueldos de todo el personal de la cocina se elevaba a 7.500.000 pesetas.

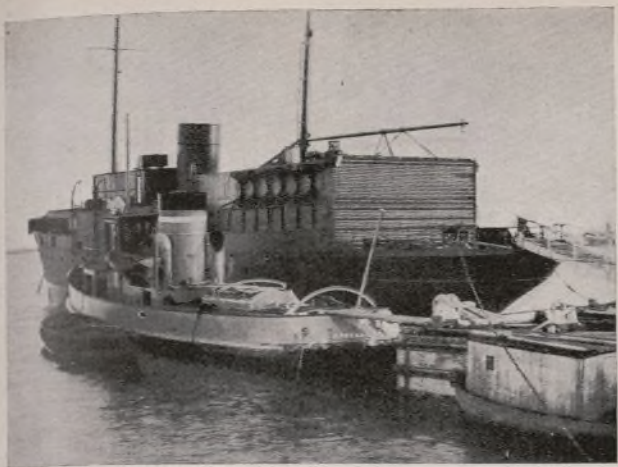
Pero la cocina más valiosa la poseía el antiguo Zar de Persia en Teheran. Hasta los cacharros de guisar tenían una cubierta de oro, y los platos y fuentes que se presentaban a la mesa del soberano eran de oro, adornado con piedras preciosas. Ya en tiempos de la paz se tasaba el valor de todos los utensilios de la cocina y mesa en más de 60 millones de pesetas.

Al lado de esas cocinas principescas no pueden mencionarse, si acaso, más que alguna cocina de los multimillonarios americanos. La cocina del famoso Vanderbilt costó seis millones de pesetas, y la mitad de esa suma se empleó tan sólo para fogones y el menaje. Ese despilfarro fué superado por el multimillonario californiano John Ashbury, pues solamente para la cocina del palacio inmenso que se hizo edificar en los alrededores de California dió la suma de 18 millones de pesetas.

¡¡¡Y pensar que hay tantos millares de personas que no tienen ni que comer!!!

Pájaros incendiarios

En los últimos tiempos se ha hecho en varios sitios la observación de que muchos incendios han tenido lugar porque pájaros que anidaban bajo los tejados de las casas llevaban al nido colillas de cigarrillos todavía encendidas, produciendo el incendio del nido y de las vigas del tejado. Es lo que ha sucedido en el teatro de la ciudad de Rochwood, que hacía tiempo estaba desalojado. Un gorrión, al que varias personas vieron con una colilla encendida y humeante en el pico, la llevó al nido, y se produjo el incendio que redujo el teatro a cenizas. Un caso semejante observó un maquinista de la ciudad de Knoxville, que vió volar un pájaro con una colilla encendida en el pico y penetrar en una casa. Cuando pasó unos días después por el mismo lugar, la casa estaba en ruinas, y por las investigaciones policíacas se sacó el resultado de que el incendio había sido producido por haberse quemado un nido. Las Sociedades de Seguros de incendios advierten al público tenga cuidado de no arrojar al suelo colillas encendidas, porque a menudo son recogidas por los pájaros, y no tan sólo provocan incendios en las casas, sino, en verano, también en los campos y en los bosques.



**FABRICACION
NACIONAL DE
BASCULAS, CA-
JAS, CIERRES
METALICOS** ≡

Cierre "ACORAZADA"

===== P A T E N T E =====

"TALLERES SANZ"

VALENCIA.-Puerto. (España)

Instalado a bordo del barco
"ARTABRO"
Expedición Iglesias al Amazonas

EFFECTOS NAVALES

Pinturas :: Aceites :: Esmaltes :: Barnices
Cordelería de todas clases :: Ferretería

**ARTICULOS PARA
ALMACENES DE VINOS**

Cables de acero para
la pesca y maniobras
HILOS y REDES

Patentes para fondos
de hierro y madera
de marcas acreditadas

José Valls (antes) **TOVACABO**
Muelle, núm. 12.-GRAO **VALENCIA**

MANUEL GARCIA DEL MORAL

Esta importantísima casa valenciana representa uno de los nombres más prestigiosos en el desenvolvimiento comercial de la gran ciudad levantina.

Establecida en el negocio de carbones desde el año 1921, y en el de maderas desde 1925, lleva en todo este lapso una marcha fuerte y próspera, de cuya firmeza son la mejor muestra el gran volumen de difusión práctica que ostenta.

Es proveedora del ferrocarril de Alcoy a Gandía y a otras importantes empresas del Levante español. Surte igualmente de carbones a la Marina de Guerra y a innumerables buques de cabotaje y de navegación de altura.

Para estos suministros marítimos, de excepcional importancia en la ciudad valenciana, como puerto de mar, se sirve la Casa MANUEL GARCIA DEL MORAL del magnífico depósito flotante que posee el buque "Roger de Flor".

El Sr. GARCIA DEL MORAL, Cónsul de Suecia en Valencia, que lleva personalmente y con gran eficacia la marcha de su firma comercial, tiene Agencias de su Casa establecidas en Alicante y Gandía.

MANUEL GARCIA DEL MORAL

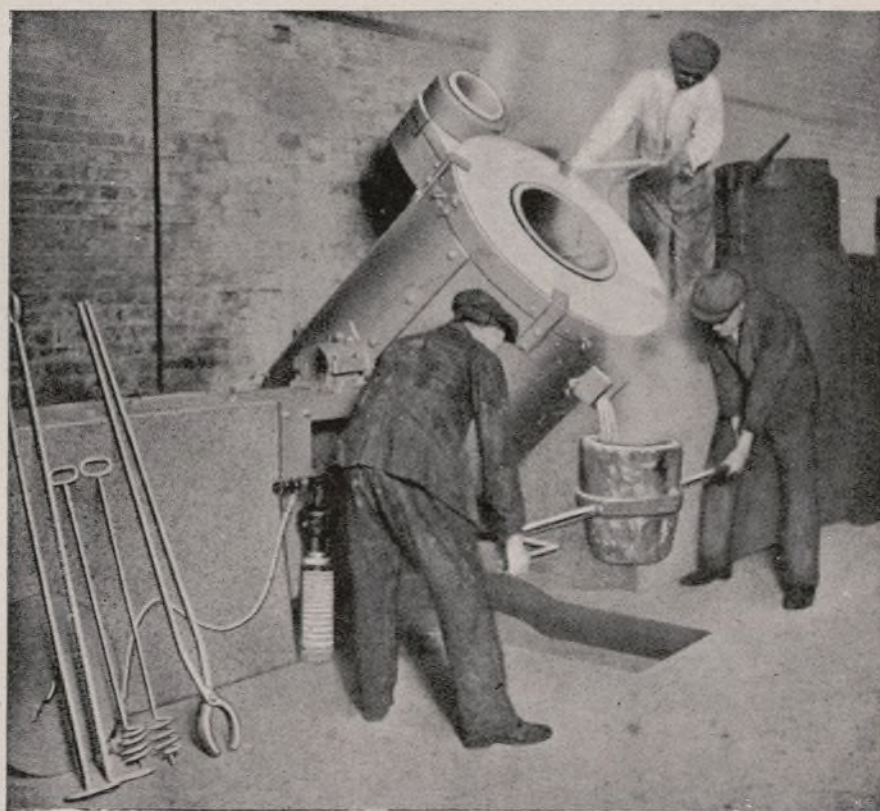
**CARBONES MINERALES NACIONALES Y EXTRANJEROS
DEPOSITO FLOTANTE**

Casa Central: VALENCIA.
Despacho: Cirilo Amorós, 48, bajo.—Teléfono 17265.
Almacén: Camino del Grao, 207.—Teléfono 30148.

AGENCIA DE GANDIA
Despacho y Almacén:
Calle de San Vicente, letra "A".
Teléfono 134.

AGENCIA DE ALICANTE
Despacho y Almacén:
Calle General Lacy, 2, 4 y 6.
Teléfono 1120.

TELEGRAMAS Y TELEFONEMAS: "CAMPROA"



Horno tipo "CA" Colocación del tubo "B", de hormigón, sobre terreno plano para ser vaciado en cazos manuales

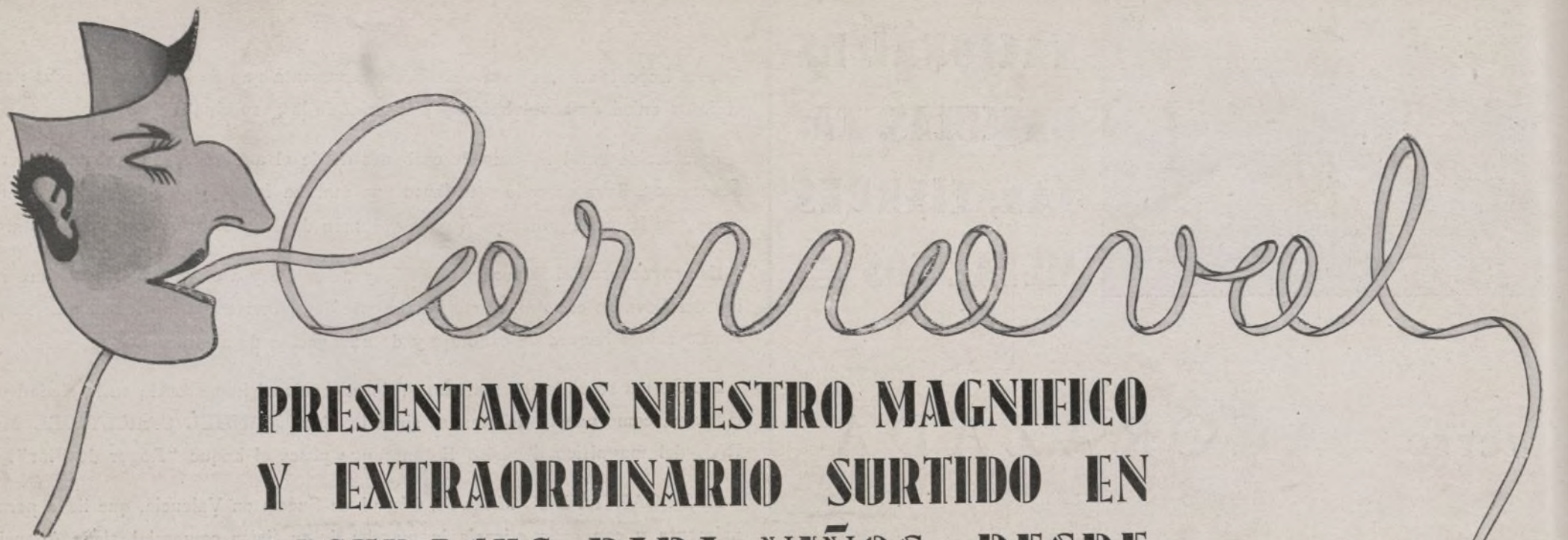
La firma valenciana L. GALLEGO Y COMPAÑIA es una de las más sólidas muestras de la economía española en la región levantina.

Proveedora de la Unión Naval de Levante, ha contribuido a la construcción del "Artabro" con materiales de fundición, crisoles, lingotes de cobre, plumbaginas, etcétera.

Representa en Valencia, con carácter de exclusiva, a la importantísima Casa inglesa "The Morgan Crucible Company Limited Battersea Works, London, S. W. 11", y extiende su sólido prestigio comercial a la sección de maquinaria en general, herramientas de precisión, metales, tubos de acero, accesorios y, en general, a todo lo relacionado con las instalaciones de agua, gas y vapor.

También ostenta la representación de la "S. A. E. de Tubos Meuse"

L. GALLEGO Y CIA.
Félix Pizcueta, 6 **VALENCIA**



**PRESENTAMOS NUESTRO MAGNIFICO
Y EXTRAORDINARIO SURTIDO EN
DISFRACES PARA NIÑOS, DESDE
DIEZ PESETAS**



**Tisús-glacés, moirées y gasas
para vestidos de noche**



GRANDES ALMACENES

**Eleuterio
FUENCARRAL. 14**

F. ADÁN